

01069

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

1

Invención e intervención
Epistolario Enrique González Martínez / Alfonso Reyes
Una lectura de la edición de la revista *Ábside*

Tesis que para obtener el grado de maestro en letras mexicanas
presenta

José Leonardo Martínez Carrizales



México D. F., junio de 2000

1

27 98 10



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Advertencia 4

Parte primera **La problematización crítica del texto epistolar**

Capítulo primero

Hacia una "lectura textual" de los epistolarios modernos 15

Parte segunda **La sedimentación de un texto en el campo de los intercambios simbólicos de una comunidad**

Capítulo segundo. La articulación social del testimonio

Dos testimonios textuales 43

Las intervenciones de Alfonso Reyes 51

Los actores en la escena del sentido 58

El conflicto 66

Capítulo tercero. Una amistad en el contexto del clacisimo

Una tradición cívica	74
El recurso ideológico de la tradición	78
Alfonso Reyes en el partido de los católicos	84
Una amistad horaciana	92

Parte tercera
El movimiento de los agentes en el campo social

Capítulo cuarto. La construcción social del epistolario

La administración de los archivos personales	100
La entrega del epistolario	107
El arbitraje de la amistad	113
El resto de los comensales	121

Capítulo quinto. El sentido social de las exequias

La divergencia de las normas literarias	129
La resonancia periodística del deceso	132
Elogio del pasado arcádico	143
La culminación del ejemplo	149

Introducción

Esta investigación tuvo como origen el compromiso de anotar, editar y estudiar el epistolario Enrique González Martínez/Alfonso Reyes, con base en la edición periodística que hiciera el padre Alfonso Méndez Plancarte de los documentos proporcionados al respecto por Alfonso Reyes en 1953 y 1954. Yo había tenido noticia de dicha edición en la revista Ábside gracias a ciertas pesquisas en torno a la vejez de José Vasconcelos llevadas al cabo en 1987 y 1988 para el historiador Enrique Krauze. Recuerdo aquí el nombre de Krauze porque compartió conmigo el respeto que entonces él tenía por ciertas manifestaciones culturales del catolicismo; respeto necesario para comprender la jornada final de Vasconcelos, reconciliado con la fe de Cristo. Todavía recuerdo con emoción la entrevista larguísima que sostuve --y registré como fuente documental para el proyecto de Krauze-- con Miguel Palacios Macedo sobre el vasconcelismo; recuerdo especialmente la admiración que caracterizó el análisis de Krauze en torno a las opiniones de Palacios Macedo consignadas en la entrevista. Una admiración dirigida, al margen de asuntos históricos, hacia la entereza moral de ese católico próximo a la muerte, testigo y constructor de algunas de las instituciones más

perdurables del México contemporáneo (la Escuela Nacional de Economía, la Ley Orgánica del Banco de México...). Yo, atareado aprendiz, asimilé la lección: detrás de aquel hombre yacían las raíces de una cultura tradicional que se advierte, cuando se mira con sensibilidad y profundidad, en ciertas manifestaciones de nuestra vida pública.

Recuerdo en estas páginas ese asunto ya que allí se alimentó mi consideración por la revista Ábside y por la gestión pública de los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Señalo que esta consideración no tiene un carácter militante, mucho menos confesional; mi propósito radica en comprender ciertos aspectos de la vida social que no suelen ser incorporados en la explicación de la cultura mexicana moderna, aun cuando su concurso en este proceso fue constante y estimable. El catolicismo de los animadores de Ábside no vendría a ser sino un caso específico de esos “aspectos de la vida social” desarticulados con respecto de los relatos historiográficos dominantes en lo que se refiere a la historia moderna de México. Un catolicismo que, por lo demás, como se advertirá a lo largo de esta investigación, aquí cobra importancia sólo en tanto síntoma de matrices literarias de carácter tradicional y conservador, tales como el respeto por la cultura grecolatina, la perspectiva latina e hispanista de la lengua y el nacionalismo en materia de expresión literaria.

En cuanto al epistolario Enrique González Martínez/Alfonso Reyes, al testimonio de Ábside vinieron a sumarse nuevos documentos que provenían de los acervos de la Capilla Alfonsina, El Colegio de México y los familiares del poeta González Martínez, particularmente la amabilísima señora Ana Rosa Matute de González. Actualmente, el epistolario dista mucho de adecuarse a la edición de Ábside; por lo tanto, las estrategias de anotación y edición no pueden circunscribirse al hecho de que los editores de una revista

católica hayan decidido reunir y divulgar la conversación postal entre González Martínez y Reyes. Este epistolario aguardará mejor ocasión para darse a conocer.

Aquí he querido preservar como objeto de trabajo las relaciones que vinculan a la revista de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte con una primera versión editorial de la correspondencia aludida. Un objeto de trabajo del cual no queda apartada la investigación de documentos inéditos (y una problematización de los mismos con base en las orientaciones de la crítica textual, tal y como podrá leerse en el capítulo primero de esta investigación), además de la serie publicada por Ábside. Sin embargo, han entrado en juego dos puntos dignos de consideración.

El primero implica un modo de leer los documentos relativos a la literatura, tales como diarios, memorias y epistolarios; en fin, parte de los bienes parafernales de las letras, como quería José Bianco; el segundo comporta una restitución, o al menos un cambio de perspectiva a la hora de examinar la historia de las letras mexicanas en el siglo XX. En rigor, estos puntos no son sino fases sucesivas de una lectura crítica de los testimonios documentales.

Documentos de la índole de un epistolario no sólo son portadores de datos; hasta ahora, las diversas correspondencias de escritores mexicanos ya editadas sólo han merecido una lectura de carácter documental: instrumentos al servicio de la precisión y determinación de información, al margen de todo carácter textual. Por el contrario, considero que esta clase de documentos poseen una dimensión estrictamente textual; esto es, una dimensión relacionada con su constitución como formas verbales. En este sentido, el establecimiento y la situación del texto en un horizonte social definido adquiere pertinencia con respecto de su lectura y su comprensión,

además de cobrar el estatuto de un problema de estudio digno de consideración metódica. Por consecuencia, el concurso de una lectura textual de documentos paraliterarios es determinante en la explicación de un tiempo y un espacio determinados en el proceso de una cultura, toda vez que incorpora al análisis asuntos profundos de la configuración de una estructura histórica.

En este sentido, la revista Ábside ocupa el primer plano de mis intereses como manifestación de la gestión pública de un círculo de escritores que se consideró heredero del humanismo mexicano, y se empeñó en hacer valer este patrimonio cultural en los años 40 y 50 del siglo XX. La lectura textual del epistolario Enrique González Martínez/Alfonso Reyes publicado por Ábside restituye al estudio de la literatura mexicana contemporánea matrices tradicionales que se creían, de acuerdo con discursos configurados por los intereses de los protagonistas de la hora, extinguidas, irrelevantes con respecto de la nueva norma de creación verbal imperante en la segunda mitad de nuestro siglo.

Por todo lo anterior, esta investigación comienza por desentrañar una historia, para luego explicar su sentido en el marco de la cultura mexicana. Esa historia comporta el deceso de un gran poeta, las exequias propias del caso y la publicación póstuma de una correspondencia. El poeta se llamaba Enrique González Martínez; entre los actos funerarios, merece una atención especial la corona de misivas que los amigos del poeta reunieron y depositaron sobre el sepulcro de éste gracias a una iniciativa del director de la revista Ábside, Alfonso Méndez Plancarte; entre las misivas, se destacan las que el poeta intercambió con Alfonso Reyes: las más numerosas, las más constantes en ese homenaje luctuoso. En esta serie de acontecimientos y papeles se condensan varios gestos sociales que caracterizan el campo

literario de México en la época. Todavía más: esos gestos sociales han dejado marcas de carácter textual en la construcción del epistolario dado a conocer por Ábside como un texto pertinente para una comunidad literaria. Se entenderá que nuestro interés al estudiar la historia que siguió al fallecimiento de González Martínez poco tiene que ver con la crónica de un deceso, sino con el proceso de construcción de sentido social propio del epistolario de referencia.

El 19 de febrero de 1952, en su domicilio de la calle Adolfo Prieto de la ciudad de México, murió Enrique González Martínez, un escritor nacido en 1871, alimentado en la dieta del simbolismo francés y del modernismo hispanoamericano, tal y como estos alimentos fueron sazonados en la mesa de los círculos literarios de provincia en el México porfirista. González Martínez publicaría su primer libro en 1903 (Preludios) y, poco después, conseguiría su ansiada incorporación al grupo compacto del modernismo metropolitano, acaudillado por Jesús E. Valenzuela en torno a las páginas de la Revista Moderna. En lo sucesivo, González Martínez no se apartaría del sistema literario implantado por el modernismo, por más que, luego de ser uno de los representantes más distinguidos de esta fase de la literatura hispánica, llegara a ser considerado su reformador. Bien mirado el punto, gracias a las modificaciones practicadas en el proyecto original del modernismo, González Martínez aseguró a esta corriente una vigencia prolongada en pleno siglo XX. La muerte asaltó al hombre del búho en posesión de este reino tradicional de la cultura mexicana.

Hacia la fecha del deceso de Enrique González Martínez, el país parecía dispuesto a entregarse incondicionalmente a las manifestaciones más novedosas de la cultura occidental. El discurso de los partidarios de esta renovación entusiasta duplicaba, en el terreno de los intercambios simbólicos

de una comunidad, la nueva orientación del gobierno mexicano; un gobierno convencido de poder asegurar la industrialización del país, confiado en el crecimiento de las ciudades y comprometido con el auge de los sectores medios de la población como instrumento de desarrollo. Por lo tanto, el reino que rodeaba a Enrique González Martínez se antojaba agotado; un predio venerable en la historia de México, cierto, pero destinado irremediablemente al retiro.

Si nos atenemos al testimonio de los escritores, artistas e intelectuales que en breve dominarían el escenario de la cultura mexicana, los años 50 y 60 abren un nuevo ciclo en nuestra cultura, marcan un nuevo ritmo, imponen un nuevo temperamento a la creación y al pensamiento. Los vocablos que se repiten en ese testimonio colectivo son modernidad, renovación, ruptura, crisis, cosmopolitismo... Pareciera que la cultura de México se parte en dos, sometida a fuertes tensiones renovadoras, y se presume, en consecuencia, que un nuevo grupo está llamado a administrar los bienes culturales del nuevo ciclo, en sustitución del pasado tradicional. Así se construye el lugar de la Generación de Medio Siglo en nuestra memoria colectiva, la leyenda renovadora de Medio Siglo sostenida por los protagonistas de la época en busca de su legitimación.

A contrapelo de esta voluntad por acusar las inclinaciones renovadoras y críticas de los personajes en el discurso público, la muerte de González Martínez cobró una significación social inusitada. Una significación de tal magnitud que nos obliga a reconsiderar la vigencia del patrimonio tradicional de la cultura mexicana en el campo literario de los años 50.

A manera de ejemplo, recordemos que el cuerpo del poeta fue honrado en el Palacio de Bellas Artes, de donde salió con rumbo de la Rotonda de los Hombres Ilustres conducido sobre los hombros de las personalidades del más

alto rango de la política y la cultura mexicanas. Las exequias fueron tan aparatosas como concurridas por los representantes de diversos sectores de las letras y la administración pública. De acuerdo con uno de los testigos, sólo Amado Nervo había gozado de semejante distinción. La prensa no quedó al margen de estas manifestaciones ni los escritores dejaron de comparecer al respecto en suplementos y revistas culturales.

De un momento a otro, un viejo poeta, emisario del pasado tradicional de México, príncipe del modernismo hispanoamericano, se destacó en el centro de la conversación que sostenían entre sí los escritores mexicanos en los años 50. Junto con él, sus amigos y sus partidarios elevaron la voz en el foro que se había preparado a propósito. En esta investigación me he demorado en la historia de estos funerales con el objetivo de establecer los alcances y las características del patrimonio tradicional de la cultura mexicana en la literatura del periodo. Estoy convencido de que este patrimonio debe tomarse en cuenta en la explicación de la institución literaria vigente luego del medio siglo, y en la articulación de los discursos que emanan de dicha institución. Los hechos concernientes a la muerte de Enrique González Martínez son un síntoma de este estado de cosas.

El padre Alfonso Méndez Plancarte, director de la revista Ábside, cuya orientación católica, hispanista, latina y tradicionalista alimentaba sus manifestaciones editoriales, propició la ocasión más perdurable para celebrar a Enrique González Martínez y los valores representados por la obra y la fama pública de este poeta. Así, conminó a quienes hubiesen recibido alguna vez una carta de González Martínez a enviar el testimonio postal a la redacción de Ábside con el propósito de depositar una “estela” epistolar sobre la tumba del autor de Los senderos ocultos. La invitación surtió efecto gracias a las gestiones de Alfonso Méndez Plancarte. En consecuencia, la

voz de González Martínez fue escuchada con base en testimonios correspondientes a diversas épocas y diversas circunstancias. Entre ese cúmulo de palabras depositadas alguna vez en el correo se destacaron los valores tradicionales del proyecto creativo de González Martínez, además de una comunidad de escritores e intereses reunidos en torno a tales valores. Ábside resultaba no sólo el hogar de dicha comunidad, sino la casa heredera de una tradición que se remontaba, gracias al prestigio de González Martínez y a las operaciones editoriales de Alfonso Méndez Plancarte, al pasado hispánico y latino de la poesía mexicana. Los gestos sociales que rodearon al deceso de González Martínez parecían encontrar en la revista del padre Méndez Plancarte su testimonio escrito más detallado; con la serie epistolar concluyeron las exequias del poeta.

De acuerdo con este panorama, sostengo que las operaciones editoriales que dieron lugar a esa contribución colectiva en beneficio de Ábside comportan una explicación del sentido social de la muerte de González Martínez y, en última instancia, de las tensiones sufridas por las letras mexicanas en el periodo. Seguros de estas implicaciones, nos hemos acercado a los testimonios epistolares en busca de los gestos sociales que allí quedaron textualizados. Éste es el propósito de nuestra lectura.

Entre los amigos y allegados de Enrique González Martínez que atendieron el requerimiento de Alfonso Méndez Plancarte, se destaca la figura de Alfonso Reyes. No sólo se trata de quien despachó a la redacción de Ábside el mayor número de cartas, sino de quien había sostenido con el poeta fallecido el trato más prolongado y más constante. En la amistad de estas dos personalidades --amistad que, dicho sea de paso, se inicia en los años más tempranos del Ateneo de la Juventud, bajo el signo de la poesía-- se advierte una confluencia de intereses, una solidaridad en cuanto a ciertos

puntos del proyecto cultural sostenido por Ábside. Entre éstos, cabe subrayar una perspectiva de la poesía según la cual ésta ha de ser el instrumento de una expresión sincera y sencilla de la persona, lejos de la oscuridad simbólica y las dificultades técnicas. La poesía inclinada ante la experiencia y ante la ciudad, de acuerdo con el equilibrio psicológico y civil del modelo grecolatino. Méndez Plancarte no vaciló en conceder a Reyes un sitio distinguido en la elaboración de la “estela” fúnebre; el aval del autor de El deslinde no era un capital que se pudiera dilapidar así como así. Por lo tanto, Reyes y Méndez Plancarte distribuyeron 54 cartas de índole privada, escritas entre el 19 de febrero de 1912 y el 24 de julio de 1949, en cuatro entregas de la revista, publicadas a lo largo de dos años: 1953 y 1954. De hecho, cuando la publicación de estos materiales llegó a su fin, la memoria del deceso de González Martínez se había diluido ante otras urgencias de la vida literaria, y Alfonso Reyes se había convertido en un colaborador constante y notable de Ábside. La generosidad de Reyes en beneficio de la empresa editorial del padre Méndez Plancarte fue recompensada con largueza: comentarios, reseñas y noticias bibliográficas dedicados a la obra del regiomontano se multiplicaron en las páginas de Ábside. Además, Reyes encontró en la revista la hospitalidad necesaria para dar a conocer, en diez entregas, su extensísima y por momentos pesada conversación con el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc; a cambio, la primera versión de Homero en Cuernavaca será privilegio de Ábside. Al fin, Reyes había sido ganado para la causa de Méndez Plancarte después de una simpatía incierta demostrada por aquél en beneficio de la empresa de éste y de su hermano Gabriel a partir de 1937.

En suma, la contribución epistolar de Alfonso Reyes no sólo es un efecto de la muerte de González Martínez, sino también un índice de las

coincidencias del proyecto cultural del autor de Ifigenia cruel con el de los hermanos Méndez Plancarte. Una coincidencia que se va acendrando conforme Reyes se acerca al fin de su jornada vital y creativa, y que debe su rendimiento más intenso a la recordación fúnebre de González Martínez. Sin embargo de estas circunstancias, la coincidencia a la cual nos referimos tiene antecedentes en zonas profundas de la educación, de la adquisición de un marco de valores dentro del cual cobra sentido para la persona el oficio literario. A este grado llega la comunidad de intereses entre Reyes y Méndez Plancarte; el epistolario Enrique González Martínez/Alfonso Reyes editado por Ábside no hace sino evidenciar esa coincidencia y ponerla en juego en la explicación del campo literario mexicano de los años 50.

L. M. C.

México D. F., abril de 1999/marzo de 2000

Parte primera

El marco disciplinario. La problematización crítica del texto

Capítulo primero

Hacia una “lectura textual” de los epistolarios modernos

La edición crítica de textos es una tarea profesional cuyas primeras manifestaciones son tan antiguas que coinciden con el establecimiento en Occidente de un sistema de cultura organizado en torno a la letra. La primera necesidad que vino a colmar este empeño radicó en la conservación de los atributos de una palabra que, entonces, se creían esenciales. Había que preservar las palabras del desgaste al que eran sometidas irremediablemente por los medios que las difundían. Ya se entenderá el celo con el cual esta función era desempeñada si recordamos, junto con una de las autoridades más acreditadas en el tema dentro del mundo hispánico, Alberto Blecua, que algunas comunidades atribuían a Dios las palabras que eran materia de sus empeños eruditos.¹ No será menor el afán invertido en similares actividades por la cultura griega arcaica y clásica.² Ya para el tiempo en que Alejandría

¹ A. Blecua, Manual de crítica textual, p. 9.

² El mundo griego arcaico y clásico ni conoce ni comparte nada parecido al prestigio atribuido por el pensamiento judío a la palabra de Dios; no obstante, confiere a las palabras una importancia determinante en la organización de sus diversas prácticas culturales, mucho antes de que esas palabras pudieran fijarse alfabéticamente. Sea en un periodo alfabético o no, la sociedad griega trata con sumo cuidado el asunto de la transmisión de las palabras, mcollo de una actitud que luego sería patrimonio casi

se había convertido en uno de los centros culturales más formidables del mundo antiguo, la edición crítica de textos era una tarea propia de un conjunto de actividades intelectuales organizadas en torno a los manuscritos de la tradición y concentradas en su copia y su preservación; su dominio era un asunto de la competencia técnica del saber filológico.³ Esta clase de tareas confiadas a eruditos que configuran poco a poco una identidad profesional concentra y depura sus hábitos en los lentos y oscuros alambiques de la temprana Edad Media.⁴ Así, cuando este saber especializado extendió sus brazos sobre el orbe de los documentos escritos en lenguas romances, lo que

exclusivo de los editores críticos. Jesper Svenbro, “La Grecia arcaica y clásica”, en G. Cavallo y R. Chartier, Historia de la lectura en el mundo occidental, pp. 57-93.

³ Uno de los editores de los poetas de este periodo, Máximo Brioso Sánchez, ha reparado en este aspecto y ha puesto de relieve el grado de refinamiento al que habían llegado estas actividades especializadas, en buena medida amparadas y fomentadas por la índole política que comportaban. “La corte de Alejandría es en este tiempo [siglo III a. C.] el principal centro cultural en lengua griega. Lo es para la ciencia, en torno a la biblioteca real, y lo es en el terreno de la poesía, que hasta cierto punto además es ahora indisoluble de aquélla. Los reyes son los mecenas de un relevante grupo de poetas, que por lo general son a la vez filólogos y eruditos. Desde un punto de vista histórico estos poetas [...] representan a la clase dominante del Egipto de la época y decididamente a los griegos frente a la población indígena; son el reflejo de las tradiciones helénicas, los depositarios de siglos de lengua y literatura griegas, y no puede sorprender que sean igualmente la manifestación de una forma de cultura cerrada y oficial, amparada por la corte, en cierto modo de la cultura de un imperio [...]” M. Brioso Sánchez, “Introducción” a Bucólicos griegos, pp. 10-11.

⁴ Sólo como un ejemplo del gran número de indicios que esta actividad especializada ha dejado en el periodo y las dificultades que propone su consulta y su estudio, léase P. Maas, “Sorti della letteratura antica a Bizanzio”, en G. Pasquali, Storia della tradizione e critica del testo, 2a ed., pp. 487-492.

heredaron los hombres de la Edad Media y el Renacimiento fue algo más que un conjunto de fórmulas y procedimientos: fue un instrumental que clasifica y sanciona las prácticas textuales como bienes propios de especialistas en la cultura consagrados a los textos.

Con ser tan antigua y precisa la asignación del lugar que le corresponde a la edición crítica de textos en el escenario de la cultura literaria de Occidente, los críticos y los estudiosos modernos del patrimonio literario no confieren a estas actividades el mismo valor que sus antecesores en Alejandría. Una prueba de este hecho radica en las manifestaciones de la vida universitaria que, en el pasado reciente, han insistido en llamar la atención sobre la necesidad imperiosa de adoptar las tareas de la crítica textual como una parte sustancial de la crítica literaria.⁵ Este llamado sólo podría haberse dado en una zona de prácticas culturales en las que el prestigio de la edición crítica ha perdido terreno. No se trata de una

⁵ Ofrezco una prueba que gira en la órbita de la experiencia personal, pero también ligada a la marcha de una institución dedicada entre nosotros a los estudios literarios. En enero de 1998, el Dr. Germán Orduna visitó el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM con el cometido de dictar un curso sobre edición de textos y crítica textual. Germán Orduna es el fundador y el director de la revista Incipit, documento universitario editado por la Universidad de Buenos Aires y especializado en la crítica textual. En la presentación del primer número de esta revista, el editor escribió lo que sigue: “la consideración de los problemas y métodos de la edición y crítica textual no ha merecido un tratamiento específico en lo que respecta a los textos en español, fuera de las páginas introductorias de algunas ediciones o de los trabajos de interpretación textual o de léxico en ciertos lugares críticos. Esta tarea filológica primaria, en sus aspectos teóricos, parecía reservada --en los países de habla hispánica-- a la Filología clásica, de modo tal que es inusitado encontrar un planteamiento serio de teoría ecdótica originado en el campo del hispanismo”. [G. Orduna], “Presentación”, en Incipit I, p. 1. En el curso dictado en México por el director de Incipit, la preocupación que comportan las palabras arriba citadas se hizo presente en todo momento.

renovación del oficio del crítico literario, sino de una restauración que lo sitúe en el campo de la filología clásica y románica. El alegato de estos “restauradores” se vuelve todavía más imperioso, si cabe, a medida que se lo relaciona con zonas históricas más o menos alejadas de aquellas sobre las cuales, tradicionalmente, la crítica textual ha rendido los beneficios más conocidos: los textos bíblicos, los testimonios grecolatinos, los cantares de la Edad Media y, un poco después, los libros del Renacimiento.

Ahora bien, citamos esta discusión por la forma en la que se verifica en el mundo hispánico. Con ser tan dilatado y profundo el linaje de esta disciplina, el ámbito hispánico, en lo general, y el hispanoamericano, en lo particular, han permanecido un tanto al margen de la asimilación y el cultivo de ese saber especializado en el marco disciplinario de sus recursos, hábitos y objetos de trabajo. No son extraños en la literatura de habla española los eximios practicantes de estas actividades, como es el caso del ya mencionado Alberto Blecua, autor de un manual moderno sobre la materia; sin embargo, la crítica textual dista mucho de ser un elemento corriente en los estudios literarios hispánicos.⁶ En tanto mexicanos, no podemos hacer más que

⁶ De acuerdo con Blecua, “la filología hispánica no cuenta todavía con una tradición [de ediciones críticas] sólida, y hay que reconocer que, en términos generales, la reflexión teórica sobre la materia es escasa, hecho que redundo, evidentemente, en perjuicio de la práctica”, en op. cit., p. 11. Este diagnóstico está en el origen de ciertas iniciativas universitarias que han querido revertir el desinterés del mundo hispánico en la edición crítica de textos literarios. Tal es el caso de la revista Incipit.

En 1976 y 1978, la inquietud de los filólogos argentinos se materializó en iniciativas institucionales que tienden a revitalizar “la forma primaria y básica del trabajo filológico”; iniciativas de las cuales surgieron el Seminario de Edición Crítica de Textos y la revista Incipit. Por la misma época, un sector de los estudios literarios en España también experimentó la misma inquietud y promovió un seminario de crítica textual en la Universidad Complutense de Madrid. En 1985, el fundador, Víctor Infantes, escribió que “entre las opciones de la moderna --y llamo moderna a esta centuria-- investigación

suscribirnos a este dictamen. La crítica textual no es parte de los hábitos regulares de quienes estudian la literatura mexicana moderna y contemporánea en nuestro país. Un síntoma digno de nota es la falta de esta disciplina en los elencos más organizados y estables de materias a cursar en las instituciones universitarias abocadas entre nosotros a los estudios literarios. Es claro que no desconocemos las aportaciones que en esta materia representan algunos empeños tan acreditados como dispersos. Sin embargo, tales contribuciones no alcanzan a reflejar una consideración sistemática en torno de los problemas textuales.

Estas inquietudes han terminado por proyectarse sobre el periodo moderno y contemporáneo de diversas formaciones literarias, y lo han hecho

literaria española”, la crítica textual, “como disciplina teórica”, ha sido la más ignorada. (V. Infantes, “‘Cómo se edita un texto literario’, seminario de crítica textual de la Universidad Complutense”, en *Incipit* V, p. 125.)

La convicción de Víctor Infantes radica en que la crítica textual es una herramienta de estudio y de trabajo, complemento de una satisfactoria formación filológica, de “imprescindible conocimiento”. Ésta es la certeza que dirige su elogio de la crítica textual; consecuencia, a su vez, de una actitud de profundo respeto ante el texto: “La literatura es ante todo texto.” (*Ibid.*, p. 127.) Llegados a este punto, todos podríamos rendir testimonios de los errores a los que a menudo nos conduce el saltarse “este primer escalón del edificio literario”: una reflexión metódica sobre la índole del texto con el cual tenemos que arreglámoslas. Sin embargo, este descuido ha pasado a formar parte de nuestros hábitos más arraigados, al grado de convertirse, por omisión, en una norma que se acata con naturalidad. En esa naturalidad, en la facilidad con la que ha terminado por ignorarse la cuestión, radica precisamente el problema de restituir las tareas de las cuales venimos hablando y juzgamos como inherentes a nuestras labores críticas.

Los argentinos y los españoles citados en esta nota no son los únicos estudiosos que han abogado en favor de las ediciones críticas en el pasado inmediato. En verdad, ellos no son sino un par de capítulos de un movimiento generalizado. Cfr. G. Cavallo, “Premessa”, en *Le strade del testo*, pp. I-VII.

en una medida tal que abonaron el terreno necesario para una sistematización de ciertos procedimientos críticos propios del texto moderno; es decir, un texto cuyos modos de producción y de circulación ya no pertenecen al orden social del códice manuscrito o del libro salido de la imprenta en los primeros años de su manejo en el orbe europeo. La bibliography y la textología son, quizá, las formulaciones más maduras de una crítica textual del documento generado por la sociedad industrial. Ambas disciplinas tratan de proyectar el desasosiego que un editor siente ante los textos medievales y renacentistas sobre un territorio definitivamente contemporáneo.⁷ Además, el interés creciente en la crítica textual ha pasado a ocupar un lugar definido en ciertos marcos disciplinarios contemporáneos que imperaron sobre los estudios literarios gracias a la importancia que los sociólogos y los historiadores de la cultura conceden hoy a las condiciones específicas de producción, circulación y apropiación de los textos. Es claro que desde este punto de vista la edición de una obra comporta un interés mayúsculo.⁸ Por ejemplo, en

⁷ D. F. McKenzie, Bibliography and the sociology of texts, Londres, The British Library, 1986. Debemos la noticia de esta obra a Roger Chartier, quien la cita y la comenta a menudo en sus artículos; Roger Laufer, Introduction à la textologie, Paris, Librairie Larousse, 1972.

⁸ R. Chartier, “La pluma, el taller y la voz”, en Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero, pp. 22. Léase particularmente este pasaje, que sigue a la exposición del desacuerdo del autor con respecto a posiciones críticas que insisten en considerar “a los textos como si existiesen en sí mismos”, al margen de sus condiciones materiales: “Contra esta ‘abstracción’ de los textos, se hace necesario recordar que las formas en las que se ofrecen a la lectura, al oído o a la mirada, participan también en la construcción de su significación. [...] De ahí la importancia que, en el campo de los estudios literarios, han recobrado las disciplinas cuyo objeto es justamente la descripción rigurosa de las formas materiales que tienen los textos, manuscritos o impresos: paleografía, codicologie, bibliography.”

este punto radica el interés que un historiador tan atento a las circunstancias sociales en que se llevan al cabo diversas prácticas de lectura, como Roger Chartier, dispensa a la bibliography:

[...] con la bibliography definida como una “sociología de los textos”, tal como la propone McKenzie, la atención se centra en la manera en que las formas físicas a través de las cuales son transmitidos los textos a sus lectores (o a sus oyentes) afectan al proceso de construcción del sentido. Comprender las razones y los efectos de estas materialidades (por ejemplo, en lo que concierne al libro impreso, el formato, las disposiciones de la compaginación, el modo de recortar el texto, las convenciones que regulan su presentación tipográfica, etc.) remite necesariamente al control que ejercen los autores o los editores sobre formas encargadas de expresar una intención, gobernar la recepción, imponer la interpretación.⁹

En esta perspectiva, algo tiene que ver el “despertar epistemológico”, por echar mano de un término de Michel de Certeau, que ha subrayado entre las operaciones del conocimiento la situación y la experiencia del sujeto que

⁹ R. Chartier, “Figuras del autor”, en El orden de los libros, p. 43. El encomio que Chartier hace de esta perspectiva se da en el contexto de la explicación que rinde sobre una tendencia crítica que se aleja de aquellas “que dirigían una atención exclusiva al funcionamiento interno del sistema de signos que constituye los textos”, en beneficio de la reinscripción de éstos en la historia (pp. 42-43). La sociología de la producción cultural apoyada en los conceptos de Pierre Bourdieu también desempeña un papel importante en este cambio de perspectiva sobre los textos literarios, de acuerdo con Chartier. Consúltese al respecto el estado al que han llegado sus formulaciones en P. Bourdieu, Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire, Paris, Éditions du Seuil, 1992.

conoce. La convicción de que el espacio social reproduce reglas cuyo imperio no deja de hacerse sentir en el ámbito de las prácticas científicas rindió enormes beneficios en el replanteamiento que las ciencias sociales y las humanidades hicieron en sus modelos de conocimiento.¹⁰ Esta empresa no hubiese madurado en el grado en el que lo ha hecho en beneficio de la sociología y la historia de la cultura, o de la crítica literaria, si no hubiese asimilado a sus intereses algunas nociones del materialismo histórico. Nos referimos a las ideas que parangonan la producción de bienes materiales con la de bienes culturales y, todavía más, las hacen coincidir en un terreno en el que las prácticas provenientes de tales esferas se proyectan en imágenes, discursos o símbolos; en estas construcciones intelectuales pueden advertirse los movimientos de los diferentes grupos que comparten un espacio social.¹¹ Enseguida, las especulaciones que habían replanteado el lugar y el valor del sujeto que emite un discurso cognoscitivo se desplazaron a todo sujeto en condiciones de emitir un discurso, cualquiera que sea su tipo y su valor. Así,

¹⁰ Cfr. M. de Certeau, "La operación histórica", en F. Pérus, compiladora, Historia y literatura, pp. 31-69.

¹¹ "La cultura no está por encima o al margen de las relaciones económicas y sociales, y no hay prácticas que no se articulen sobre las representaciones por las que los individuos construyen el sentido de su existencia, un sentido inscrito en las palabras, los gestos, los ritos. Por eso los mecanismos que regulan el funcionamiento social, las estructuras que determinan las relaciones entre los individuos, deben comprenderse como el resultado, siempre inestable, siempre conflictivo, de las relaciones instauradas entre las percepciones enfrentadas del mundo social. Así pues, no es posible arrinconar en su mera finalidad material o sus puros efectos sociales las prácticas que organizan las actividades económicas y tejen los vínculos entre los individuos: todas son a la vez 'culturales' dado que traducen en actos las maneras plurales en que los hombres dan significado a su mundo." R. Chartier, "Prólogo" a Sociedad y escritura en la Edad Moderna, p. 14.

podríamos tomar en préstamo las palabras que Michel de Certeau dedicó a la investigación historiográfica como parte de una esfera social definida, y decir que todo texto literario

se articula en una esfera de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un ámbito de elaboración que las determinaciones que le son propias circunscriben: una profesión liberal, un puesto de observación o enseñanza, una categoría de gente de letras, etc. Está, pues, sujet[o] a una serie de restricciones, ligada a unos privilegios, arraigada en una particularidad.¹²

En el ámbito de los estudios dedicados a la literatura mexicana del siglo XX, estos problemas se multiplican. La conciencia de la forma en que un texto es arrojado a los circuitos de apropiación pública, al margen de su estatuto como un sistema de signos, no es parte de los instrumentos y hábitos de trabajo más comunes entre los críticos de la literatura mexicana contemporánea. De modo que suscribimos, y aspiraríamos a beneficiarnos del mismo, el diagnóstico de personalidades como Germán Orduna y Víctor Infantes, convencidos de que el conocimiento de nuestro repertorio literario se vería robustecido si esta clase de preocupaciones en torno del texto ocupara un lugar definido en nuestro patrimonio metodológico:

La literatura es ante todo texto --dice Infantes como parte de su alegato en favor de una necesaria reflexión metódica sobre la

¹² M. de Certeau, art. cit., p. 33.

índole del texto como primer escalón del edificio interpretativo-, en él comienza la andadura de la imaginación y con él y por él nos debemos dejar prender todos los que nos acercamos a su exégesis y lectura.¹³

Ésta es una afirmación más o menos reciente que, a pesar de la novedad que reclama para sí, tiene un sólido apoyo en las convicciones de críticos hace tanto tiempo consagrados en la literatura de Occidente, como Erich Auerbach, para quien la crítica textual puede ser considerada como la forma más antigua, clásica, noble y auténtica de la filología.¹⁴ En cualquier caso, el desecho de normalizar una práctica textual como “primer escalón del edificio literario” cobra para nosotros todo su valor si se presenta como condición de una crítica que reconoce que el mundo de las formas de la

¹³ V. Infantes, art. cit., p. 127. Cfr. supra nota 6.

¹⁴ Éste es el párrafo completo de Auerbach en el cual fundamos nuestro dicho: “La filología es el conjunto de las actividades que se ocupan metódicamente del lenguaje del hombre y de las obras de arte escritas en ese lenguaje. Como se trata de una ciencia muy antigua, y como es posible ocuparse del lenguaje de muchas y diferentes maneras, el término filología tiene un significado muy amplio y abarca actividades asaz diversas. Una de sus formas más antiguas, la forma por así decirlo clásica y hasta hoy considerada por numerosos eruditos como la más noble y la más auténtica, es la edición crítica de textos”. [El subrayado es nuestro.] E. Auerbach, “La filología y sus diferentes formas”, en Introdução aos estudos literários. No es menor la importancia que se atribuye a la crítica textual en la poderosa, influyente y, en tantos sentidos, normativa institución de los estudios clásicos. El estatuto que cobra el recurso de la crítica textual en esa disciplina alimenta su reivindicación contemporánea. Al respecto, consúltese R. R. Bolgar, ed., Classical Influences on European Culture, p. 13.

literatura prevalece sobre su abstracción social o histórica,¹⁵ y que esa preeminencia se ve sustancialmente comprometida por el modo específico en que las formas son depositadas en las manos de los lectores.

¿Qué podríamos decir acerca de la edición de epistolarios concernientes a las letras mexicanas del siglo XX, sino constatar el déficit que nuestros hábitos críticos tienen en lo que se refiere a un tratamiento sistemático del cuerpo del texto? Nos apresuramos a decir que no se trata de una indigencia pareja. La situación es un poco más complicada. En nuestra área de trabajo, la edición de epistolarios se ha convertido en una práctica constante; a tal grado regular, que estamos en condiciones de someter a la consideración de los interesados una cuota suficiente, no sólo de ejemplos, sino de verdaderos modelos de edición de epistolarios contemporáneos. No pretendemos hacer tabla rasa de esta obra colectiva. No sería posible, dado que entre tales ediciones hay más de una a la que mucho debe este trabajo. Es una deuda que acusamos lo mismo por emulación que por contraste: emulación de las

¹⁵ Sobre este punto, recuérdese el siguiente principio de Cesare Segre: "El método estructuralista es el que al autor --después de experiencias lingüísticas, filológicas y estilísticas-- le ha resultado el más adecuado para la valoración y para la sistematización de las observaciones hechas sobre los textos. La perspectiva semiológica promete superar la antinomia forma-contenido, y realizar un análisis total del texto en el que los elementos del contenido se captan en su definitiva elaboración en formas literarias: convertidos en formas." C. Segre, "Preliminar" a *Crítica bajo control*, p. 11. Apenas si debemos decir al lector que no sólo invocamos la autoridad de uno de los mayores críticos literarios educados en el método estructuralista y en la perspectiva semiológica; invocamos, sobre todo, a quien hizo una contribución definitiva a la reforma de la edición crítica de textos, apoyado, además de la tradición centenaria de dicha materia, en los métodos ya mencionados. Vid infra nota 26.

soluciones originales que algunos críticos experimentados en su área de trabajo han hallado para problemas planteados por textos de una peculiaridad específica hasta hoy no examinada por alguna disciplina textual; y contraste que nos ha permitido --en el caso de algunos lugares especialmente problemáticos que nos recuerdan la distancia entre la índole textual de nuestro objeto de estudio y la de nuestros modelos-- plantear claramente ciertos problemas y ensayar algunas soluciones con entera independencia.

En cuanto a los epistolarios editados que conocemos, y que guardan alguna relación con la zona de la historia de la literatura mexicana que corresponde a este trabajo, destacamos las ediciones siguientes al lado de las virtudes que en ellas nos parecen más encomiables. Apenas si debemos añadir que, en estos casos, al encomio sigue la emulación.

El crítico e historiador de la literatura mexicana José Luis Martínez tuvo la responsabilidad de editar una parte del copioso epistolario constituido por los documentos intercambiados entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El trabajo que resultó de este empeño es una obra de consulta obligada, pues entre sus atributos destaca el haber logrado organizar y presentar los numerosos documentos como una serie única y coherente que se desarrolla de acuerdo con el proceso histórico de las letras mexicanas. Para ello, el editor echó mano de instrumentos y recursos que constituirían una especie de modelo del tipo de texto resultante de tareas semejantes. Sin transgredir el orden cronológico de las cartas, Martínez dispuso series de documentos en apartados y capítulos de acuerdo con ciclos definidos en la historia del país, sugiriendo con ello al lector de su edición una interpretación de los papeles personales ceñida al escenario histórico en el que Reyes y Henríquez Ureña han quedado comprendidos por el relato historiográfico de la literatura mexicana. En beneficio de este propósito,

Martínez desplegó un complicado mecanismo crítico y editorial que no escatima notas, reseñas y resúmenes empeñados en situar las misivas en el tiempo y en el espacio de las letras mexicanas.¹⁶

Con respecto al trabajo de Fernando Curiel, llamamos la atención sobre el interés que este investigador ha demostrado en ofrecer al lector recursos para el manejo expedito de los materiales contenidos en un epistolario. En las ediciones que preparó con las correspondencias Martín Luis Guzmán/Alfonso Reyes y Jaime Torres Bodet/Alfonso Reyes, Curiel ensayó algunos dispositivos externos al corpus que han probado su eficiencia en el manejo documental de las misivas. Destacamos la determinación y la reproducción de los “textos contiguos” al epistolario, y las plecas de identificación sucinta y expedita de las misivas.¹⁷

Guillermo Sheridan hizo gala de una ambición interpretativa (vale decir: discursiva) poco común en el aparato crítico que distingue a la edición del epistolario Eduardo J. Correa/Ramón López Velarde. Sus facultades críticas no quisieron escatimar un solo testimonio que sirviese a la comprensión de los documentos que editó, aceptando el riesgo de sobrecargar el sistema de notas. Esta actitud debe comprenderse como producto de una circunstancia específica: Sheridan organizó y editó el material de este epistolario cuando llegaba al fin de la biografía de Ramón

¹⁶ Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, Correspondencia. 1907-1914, José Luis Martínez, ed., México, FCE, 1986.

¹⁷ [M. L.] Guzmán/ [A.] Reyes, Medias palabras. Correspondencia. 1913-1959, F. Curiel, ed., México, UNAM, 1991; F. Curiel, Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes. 1922-1959, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1994.

López Velarde. Así, esta edición descende, en lo que se refiere a su configuración crítica, de un estudio interpretativo de mayores dimensiones que la mera serie de misivas.¹⁸

El profesor Serge Zaïtzeff tiene que ser recordado en un repaso de esta naturaleza, en virtud de su constancia en la edición de epistolarios. Aunque se ha empeñado en observar una conducta modesta a la hora de cumplir con las obligaciones interpretativas que comportan esta clase de tareas, vale la pena tener en cuenta la constitución de la correspondencia general de Julio Torri, organizada capitularmente de acuerdo a los diversos corresponsales del ensayista. Una referencia aparte merece la edición que hizo a la correspondencia Genaro Estrada/Alfonso Reyes. El material de este archivo es enorme, mayor que muchos otros en su tipo. El profesor de la Universidad de Calgary organizó e hizo manejable ese caudal de documentos gracias a una periodización que procede de los hechos de la historia de la cultura mexicana. Algo parecido ocurre a este respecto con la edición que Claude Fell hizo de la correspondencia José Vasconcelos/Alfonso Reyes. En estos trabajos se impuso la voluntad de conferir un sitio al texto epistolar en la estructura de la historia de la cultura mexicana, lo que en los hechos hizo de aquél una dependencia de ésta.¹⁹

¹⁸ Ramón López Velarde, Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913), Guillermo Sheridan, ed., México, FCE, 1991; G. Sheridan, Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde, México, FCE, 1989.

¹⁹ S. I. Zaïtzeff, ed., Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada, 3 t., México, El Colegio Nacional, 1992 (t. I), 1993 (t. II), 1993 (t. III); Julio Torri, Epistolarios, Serge I. Zaïtzeff, ed., México, UNAM, 1995; C. Fell, Écrits oubliés. Correspondance José Vasconcelos/Alfonso Reyes, México, IFAL, 1976 (también consignamos la segunda edición de esta obra: C. Fell, compilación y notas, La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes. 1916-1959, México,

Lo que llevamos dicho nos permite postular un común denominador en estos modelos de trabajo: todos ellos, sin excepción, juzgan su materia de estudio, las más de las veces de una manera implícita, sólo como un documento testimonial de valor histórico; son el resultado de una lectura que no comporta procedimiento crítico alguno que sitúe al texto en el horizonte histórico y social de su producción, más allá de la mera contextualización. Se trata, en suma, de documentos desprovistos de su lugar en un sistema social de producción de textos, que sólo parecieran hacer circular datos --fechas precisas, nombres al fin identificables, números exactos, etcétera-- y valer por la información que revelan. Desde nuestro punto de vista, la verdad de las cosas no puede estar más lejos de esta situación.

Sin embargo, la tendencia no puede extrañarnos del todo, pues manifiesta la poca importancia que merecen para el editor crítico el sustrato

El Colegio Nacional, 1995; en ella, el editor reescribió el estudio introductorio acusando más su voluntad de adecuar el texto de las cartas con el texto histórico de México en el periodo).

No creemos incurrir en una exageración cuando afirmamos que las tareas editoriales consagradas a esta clase de documentos acatan, y reproducen, la preeminencia de la historia cultural por encima del estatuto textual o literario de la materia de trabajo. A este respecto, téngase en cuenta que entre estos editores destacan los cronistas de las letras mexicanas. Tal es el caso de José Luis Martínez, Guillermo Sheridan, Fernando Curiel o Claude Fell. Por otra parte, también ténganse en cuenta para juzgar este panorama: J. Gorostiza, Epistolario, G. Sheridan, ed., México, CNCA, 1995; C. Pellicer/A. Reyes, Correspondencia, S. Zaitzeff, ed., México, Ediciones del Equilibrista-CNCA, 1997; A. Reyes/O. Paz, Correspondencia, A. Stanton, ed., México, FCE-Fundación Octavio Paz, 1998; S. Zaitzeff, ed., Alfonsadas. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera, México, El Colegio Nacional, 1994; S. Zaitzeff, ed., De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes, México, El Colegio Nacional, 1990; S. Zaitzeff, ed., Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Léal, México, El Colegio Nacional, 1987.

textual de los epistolarios y su inscripción en un campo social. Ya se comprenderá que esta conducta impone a la lectura, a la interpretación y, en última instancia, a la edición de los documentos ciertas limitaciones: las cartas sólo valen por su contenido, por el nivel más superficial de su función comunicativa, confiada a la capacidad de los corresponsales para emitir un discurso dotado de sentido. Este criterio pasa por alto la dimensión social del sentido que ha quedado inscrito en el texto, y no puede concebir que en éste haya quedado la cifra de las prácticas del discurso que lo hicieron posible. Esta cifra sería, por sí propia, objeto de estudio, la primera y definitiva estancia de la crítica del texto epistolar y el escenario de referencia para cualquier otra lectura posterior. También el diseño de la edición se vería alterado por estas nociones. Si estamos de acuerdo con Infantes en que el texto es el único, inaplazable punto de partida de la imaginación crítica, entonces la edición del texto es el ejercicio mismo de las facultades críticas.

Es probable que la crítica textual no haya ejercido hasta el momento una influencia digna de nota en la edición de epistolarios debido a la índole peculiar de esta clase de textos. No podemos equiparar el texto de una correspondencia con el de otros géneros literarios. No hablamos del mismo orden de textos, ni en lo que toca a su estructura, ni en cuanto al comportamiento que demanda de sus autores y lectores. A diferencia de, digamos, un poema o una novela, un epistolario, en tanto texto único y coherente, es producto de la intervención del crítico; es efecto de los procedimientos de la imaginación crítica. El epistolario es un tipo de texto intervenido por el editor; o mejor dicho, un texto construido con arreglo a

una serie de procedimientos intelectuales que la edición debería hacer explícitos ante el lector.

En el ámbito de la experiencia, un epistolario es el resultado de una colección de documentos dispersos que el azar reúne; sin embargo, la colección que se despliega ante nuestros ojos no queda ya sólo referida a la situación emocional --por así decirlo-- a la que alguna vez se atuvo, sino a un modelo vigente de comunicación cuyas variables son más o menos conocidas, más o menos constantes dentro de una comunidad interpretativa. Estas variables hacen posible la enunciación, la circulación y la apropiación de las cartas en el contexto de una situación pública histórica y socialmente determinada. Este modo de plantear el problema procede de la tendencia que desplaza el interés de los sistemas lingüísticos a las prácticas del lenguaje.²⁰ Veamos.

Un epistolario ofrece serias resistencias ante cualquier intento de reducirlo a una clasificación genérica levantada sobre la composición de los textos. Los elementos invariantes en los cuales puede fundarse su tipología no parecen provenir de su estructura, sino del marco social de su producción y circulación. Los elementos que integran a los epistolarios en el sistema literario no corresponden al rendimiento estético de su composición, sino, por ejemplo, al rango de la identidad pública de los corresponsales dentro de

²⁰ Esta "tendencia" ha sido enunciada por M. Glowinski como el marco en el que se revela el "valor principal" de una reformulación de la teoría de los géneros. Nosotros recuperamos en lo que sigue los planteamientos de Glowinski, dada la incorporación de las propiedades pragmáticas de los textos a la clasificación de los géneros. Suponemos que, de acuerdo con esta perspectiva, los epistolarios tienen una posición regular en el contexto general de los géneros del discurso. Aquí es posible una discusión de sus propiedades, sus normas y, en consecuencia, su crítica textual. M. Glowinski, "Los géneros literarios", en M. Angenot, J. Bessière et al, Teoría literaria, pp. 93-109.

la institución literaria, la pertinencia del trato de estas personalidades para los asuntos de esa institución, tales como sus estrategias administrativas, sus intereses políticos, su capital simbólico... En fin, el editor de este tipo de documentos siempre lleva al cabo su tarea bajo el imperio de estos “datos”, cualquiera que sea el grado de conciencia que tenga de éstos: ofrece a su lector un texto arreglado de acuerdo con un modelo que subordina la práctica social propia de los epistolarios.²¹

En ese modelo, la misiva adopta el estatuto de un texto literario, pues aquél comprende una serie de prácticas sociales, sancionadas por un tipo de escritura, por una clase de texto, un modo específico de relacionar ese texto con un sujeto histórico construido, con un universo específico de normas de prestigio. Sólo dentro de los marcos de este modelo los emisores y los destinatarios de las cartas, la zona de fechas dentro de la cual se desarrolla la serie documental, los diversos temas abordados, los distintos registros de la escritura, etcétera, pueden ser entendidos por una comunidad como un texto único y coherente, legalizado por las normas del sistema literario vigente. La edición de un epistolario siempre tiene como guías de su labor organizadora las “directivas” de este modelo. Así, este trabajo no sólo obedece a la mera acumulación de los documentos exhumados de un repositorio privado o público, sino que construye un texto de acuerdo con el modelo del cual, las cartas dispersas, son realizaciones concretas. Ahora bien, en la medida en que el editor comparte con los escritores de las misivas y con sus lectores el modelo vigente de comunicación, no siente la necesidad de volverlo

²¹ *Ibid.*, pp. 97-102. La discusión de Glowinski se refiere al modo en que todo enunciado se subordina a un modelo que comprende “prácticas relativas a la construcción del texto literario y a su recepción, prácticas socialmente reconocidas o que aspiran a serlo” (p. 99). Nosotros asumimos que el modelo se reproduce en la práctica ecdótica.

explícito y problematizar el hecho de la edición. Éste es un factor decisivo para que el texto de los epistolarios modernos no suela ser problematizado críticamente.

No sólo la condición testimonial atribuida al epistolario como documento auxiliar del conocimiento histórico ha mantenido al margen de este tipo de textos los beneficios de la crítica textual. También ha prestado su concurso en este estado de cosas la autoridad que se otorga habitualmente al criterio de autor como árbitro de todo hecho textual, en detrimento de la autoridad del editor.²² Esta autoridad resulta inapelable cuando, como tenemos dicho, el modelo de comunicación social del texto parece plenamente compartido por el editor, los autores de las cartas y los lectores de la edición. Ante esta identidad supuesta, nada más cómodo que pedir al editor crítico su silencio total: nada tiene que decir en un mundo compartido plenamente por los corresponsales y los lectores póstumos --entre los cuales, azarosamente, él mismo se ha destacado como un lector privilegiado--. Sin embargo, este modo de concebir el asunto pierde de vista el hecho de que un autor, del mismo modo que un editor o un lector, ajusta su identidad a una función social específica desempeñada en el marco de un modelo de comunicación literaria. En otras palabras, en lo referente al hecho social de la literatura, la identidad del autor debe tanto a la provincia moral o psicológica del personaje que desempeña este papel como a la función social que clasifica y distingue al texto en un estatuto que ha de regir su circulación y su lectura en un campo social.²³ En el caso del tipo de textos que nos atañe

²² Gaspar Morocho Gayo, "Autoridad de autor y autoridad de editor", en Incipit IV, pp. 1-16.

²³ Tomo en préstamo las ideas de Foucault en torno de la "función-autor" como función clasificatoria de los discursos de acuerdo con las leyes del régimen de su organización y

en esta discusión, la clasificación la opera un editor crítico como una suerte de autor vicario. Nada nos parece más natural que volver explícita esta mediación determinante en los mecanismos de producción de sentido de un epistolario.

Hemos discutido que el repunte de las tareas propias de la edición crítica de textos está apoyado en la centenaria tradición de prácticas textuales organizadas con el propósito de editar un texto con base en una realización material del mismo no degradada, o lo menos degradada posible. También hemos añadido que en la explicación de este hecho ha tomado parte la difusión de métodos críticos que se interesan por la vida social del texto; nos referimos, particularmente, al examen metódico del modo en que el horizonte social de un texto altera, ya no digamos su materialidad, sino su disposición interna.²⁴ Esta última contribución no ha tenido que esperar las formulaciones recientes de historiadores y sociólogos de la cultura; ya era una línea de trabajo implícita en la tradición filológica de las ediciones críticas que se manifestaba en el prurito de revisar demoradamente la historia de la transmisión de un texto que se impuso a sí misma la ecdótica de textos clásicos y medievales, luego de la crisis de esa tradición representada por

sanción pública. "A diferencia de la evidencia empírica según la cual todo texto tiene un redactor, la función-autor es el resultado de 'operaciones específicas y complejas' que refieren la inscripción histórica, la unidad y la coherencia de una obra (o de un conjunto de obras) a la identidad de un sujeto construido." R. Chartier, "Figuras del autor", p. 44. Me parece que en el caso de los epistolarios esta función se cumple a trasmano: el editor lleva a cabo las operaciones críticas necesarias para atribuir el epistolario a un sujeto histórico construido.

²⁴ R. Chartier, "La pluma, el taller y la voz", pp. 21-44.

Joseph Bédier.²⁵ La necesidad de un examen detenido de la vida histórica de los testimonios con el propósito de abrir el comentario en los lugares problemáticos del testimonio de base ha abonado el terreno para conferir a la anotación crítica la obligación de explicar ese plus de sentido que comporta una determinada realización de un texto. Nada más natural que los métodos críticos abocados al estudio del texto literario en el marco general del texto social hayan prestado su concurso en las empresas ecdóticas modernas.²⁶

²⁵ A. Blecua escribe: "La crítica textual se ejerce sobre un texto concreto que ha sido compuesto y se ha transmitido en unas determinadas circunstancias históricas y, como tales, nunca idénticas. Crítica textual e historia de la transmisión son, por consiguiente, inseparables". *Op. cit.*, p. 12; por su parte, G. Morocho Gayo confirma la importancia que para la crítica textual tiene la historia del texto: "el estudio de la historia del texto debiera preceder siempre a toda edición ya que no existe edición crítica seria sin un estudio de la transmisión de la obra", *art. cit.*, p. 3.

Por otra parte, hemos invocado el nombre de J. Bédier como la marca de una inflexión en el curso de la edición crítica de textos. Debemos explicar el carácter de dicha inflexión: "Frente al optimismo de la posibilidad de reconstruir un original o un arquetipo, que había imperado en distintas escuelas metodológicas desde el siglo XVI, la actitud escéptica de Joseph Bédier fue la primera ruptura importante con esa secular tradición. Respaldao en la relatividad innata de un texto reconstruido, sujeto a una metodología de trabajo no siempre eficaz, con intervención obligada del judicium en ciertos lugares variantes muy dañados en la tradición manuscrita, Bédier proclamaba la arbitrariedad de suplantarse el testimonio veraz de una copia lo más próxima posible a los tiempos del original por un texto compuesto, y proponía 'ouvrir aux scribes le plus large crédit et de ne toucher au texte d'un manuscrit que l'on' imprime qu'en cas d'extrême et presque évidente nécessité.'" G. Orduna, "La 'edición crítica'", en *Incipit* X, 23-24. La crisis abierta por Bédier propició una reconsideración fundamental de la edición crítica, en cuyo centro se afincó la idea de que cada testimonio textual debe ser considerado como una estructura que realiza un sistema específico.

²⁶ Cesare Segre es una de las personalidades capitales de la crítica textual que sigue a la crisis en la disciplina abierta por las objeciones de J. Bédier. La importancia de este

El interés de este estudio por la crítica textual no persigue la pureza de una disciplina, sino la determinación y la interpretación de las marcas de sentido que el tiempo deja en los textos. Abrigamos la convicción de que este interés se manifiesta de una manera privilegiada en el cuidado que el editor crítico invierte en la forma y la materialidad de su objeto de trabajo. Por ello, lejos de nosotros el pretender una “edición crítica” de un epistolario, sobre todo cuando se tiene la certeza de que dicha empresa no es posible en el modo en que sí lo es en los casos de textos clásicos y medievales.

Abrigamos la convicción de que la edición de epistolarios contemporáneos no puede cumplir con las expectativas científicas de una edición crítica, mucho menos cuando esa condición ha sido referida tradicionalmente por algunos críticos al cumplimiento cabal de los pasos de un método.²⁷ Nada parecido a un método puede alegarse en nuestro ámbito

crítico italiano, al lado de sus colegas, reside en haber reconstituido el edificio de la edición crítica de textos que Lachmann había sistematizado en el siglo XIX sobre nuevas bases, profundamente determinadas por una lectura social del texto literario. En este sentido, destaco el patrimonio estructuralista de Segre como un afluente sin el cual no se comprendería del todo esta rearticulación disciplinaria. Cfr. C. Segre, Crítica bajo control, 2a. ed., Barcelona, Planeta, 1970, particularmente la primera parte; “Les transcriptions en tant que diasystèmes”, en La pratique des ordinateurs dans la critique des textes, pp. 44-49; y “Méthodes modernes et littérature ancienne”, en Actes du XVI Congrès International de Linguística Filologia Romàniques, pp. 325-329.

²⁷ Llamamos método al modus operandi que varias generaciones de editores críticos de textos quisieron establecer con el propósito de apartar de los procedimientos críticos las actitudes subjetivas del editor. Sólo en este sentido repetimos la palabra en las líneas que siguen, atentos al marco de las prácticas textuales. Cfr. A. Blecua, op. cit., p. 9. Por otra parte, la palabra método sólo ha sido francamente aplicada a estas actividades a partir de las consideraciones de Lachmann expuestas en el prefacio de su edición de Lucrecio, publicada en 1816. Pasquali habla de tales consideraciones como una aspiración al rigor

de trabajo; al menos en el sentido en el que sí lo es dentro del ámbito de la edición crítica de textos clásicos y medievales. En el caso particular de la edición de un epistolario, el crítico no puede repetir, junto con Alberto Blecua, que “quien dice escritura dice error”, y suponer con ello que su tarea se concentra en la depuración y restauración de un texto arquetípico.²⁸ Sólo una parte de las obligaciones del editor de un epistolario moderno se colma con esta divisa; en cualquier caso, éste hará bien en recordar que quien dice escritura dice también inscripción en la historia y que sus obligaciones quedan referidas a la restitución del “sentido histórico” que comporta el texto que edita. Si no podemos hablar de edición crítica de un epistolario en un sentido tradicional, sí podemos abogar en favor de una problematización crítica de la identidad textual de tales documentos.

en su desempeño profesional, antes que como un método: “Di fronte all’abuso rovinoso della critica soggettiva (‘questa lezione mi pare più elegante di quest’altra’) egli [Lachmann] va in cerca di criteri che siano oggettivi, e che quindi si possano seguire con rigore”. G. Pasquali, *op. cit.*, p. 4.

²⁸ A. Blecua, “El texto en el tiempo”, en F. Brioschi y C. Di Girolamo, Introducción al estudio de la literatura, p. 39. Este optimismo metodológico puede advertirse en el manual canónico de Paul Maas: “We have no autograph manuscripts of the Greek and Roman classical writers and no copies which have been collated with the originals; the manuscripts we possess derive from the originals through an unknown number of intermediate copies, and are consequently of questionable trustworthiness.

“The bussiness of textual criticism is to produce a text as close as possible to the original (constitutio textus).” P. Maas, Textual criticism, p. 1; doce años más tarde, en 1939, Eugène Vinaver escribió: “The term ‘textual criticism’ implies a mistrust of texts. It presupposes that in any copied text errors are inevitables and that the critic’s main function is to correct them.” Citado por G. Orduna en “La ‘edición crítica’”, en Incipit X, p. 23.

Abrigamos este desco amparados en la índole peculiar del tipo de texto con el que trabajamos y, en última instancia, en un movimiento de reacción que se ha producido en el corazón mismo de la edición de textos medievales en contra de la aplicación de un método como criterio único de la condición crítica de una edición. Giorgio Pasquali encabezó esta actitud con tanta firmeza como claridad. Según su experiencia, la edición crítica no resulta de la aplicación de un método, sino de una actitud metódica presidida por el juicio del editor ante los retos que le plantea su objeto de trabajo.²⁹ Esta reacción debió consolidarse a medida que se imponía en la conciencia y en la conducta profesional del investigador la individualidad del texto, cada vez más reacia a su reducción por un método general, sobre todo ahora que estamos en condiciones de estudiar con mayor profundidad los vericuetos de su vida social, su inserción en un campo literario. Así, repetimos con Michele Barbi que un texto crítico es aquel que cuenta con un marco que hace posible el conocimiento de la interpretación del editor, ilustrándola

²⁹ “Chi nel presente libro cercasse una ricetta universale per l'edizione critica, si troverebbe deluso: io sono convinto che essa, dovunque la tradizione non è puramente meccanica, dovunque l'amanuense (o, come questo libro mostra, più spesso l'editore antico o medievale) ha creduto d'intendere, non è possibile, non esiste [...] Io sarò pago se chi avrà letto questo libro, rimarrà convinto che a ricostruire di sui manoscritti il testo originario di uno scrittore antico occorre fin da principio esercitare il giudizio e che questa facoltà non può essere sostituita da alcuna regola meccanica, e non crederà più a chi, in buona o in mala fede, gli vuol dare a intendere che meccanica sia l'attività dell'editore critico. No, essa è metodica, che è quasi l'oposto.” G. Pasquali, *op. cit.*, p. XI; G. Orduna cita y comenta estas palabras en “La 'edición crítica’”, p. 22; también consúltese el capítulo del libro de Pasquali llamado “Il metodo del Lachmann”, breve exposición del lugar de Lachmann en el marco de la edición crítica de textos desde una perspectiva crítica con respecto del estatuto metodológico de sus orientaciones, pp. 3-12.

convenientemente de acuerdo con las características específicas del texto.³⁰ Con ese afán, explicaremos los problemas que el texto de nuestro epistolario nos ha planteado y los caminos que nuestro juicio ha elegido para reducirlo a un marco general de explicación que presida no sólo su estudio, sino, llegado el momento, también su edición y su anotación.

En suma, quisiéramos participar de la tendencia que ha llamado la atención en los años recientes sobre la conveniencia de incorporar las prácticas ecdóticas a nuestros hábitos críticos, particularmente en lo que se refiere al campo de las letras mexicanas del siglo XX. Sin embargo, insistiremos en un punto aducido poco más arriba: nuestro alegato no tiene como objetivo la constitución de un método ecdótico --si esto fuese posible-- , sino la reivindicación de una cierta manera de leer. Un modo de lectura para el cual las formas literarias están, si no determinadas, al menos acotadas rigurosamente por los hábitos sociales que les son pertinentes.

³⁰ “[...] per me l'ideale resta sempre un'edizione ove il testo sia giustificato da una precisa interpretazione e illustrazione”, Michele Barbi, “Per una nuova filologia italiana”, en La critica del testo, 1985, p. 73, citado por G. Orduna, art. cit., p. 21. Como comentario a este pasaje, Orduna comenta que la edición crítica “debe permitir una clara lectura en la que se manifieste su condición crítica” (p. 22).

Parte segunda

El escenario social y el patrimonio simbólico.

La sedimentación de un texto en el espacio de los intercambios simbólicos
de una comunidad

Capítulo segundo

La articulación social del testimonio

Dos testimonios textuales

En el expediente de la Capilla Alfonsina de la ciudad de México relativo a Enrique González Martínez, radica el testimonio documental más copioso y, en este sentido, mejor calificado, de la correspondencia sostenida por el poeta y Alfonso Reyes (en adelante, nos referiremos a este epistolario por las iniciales de ambos personajes: EGM/AR). La Capilla Alfonsina es el monumento consagrado a la memoria de Alfonso Reyes en el lugar que fue su domicilio definitivo luego de su regreso al país en 1939, y en el cual se resguardan sus archivos personales: su vastísima correspondencia y los originales de sus libros, preparados de acuerdo con el plan de sus obras completas.¹

¹ Recordemos que Alfonso Reyes abandonó el país en agosto de 1913, luego de la caída de su padre frente a la Puerta Mariana de Palacio Nacional, acribillado como un rebelde en contra del gobierno legal de Francisco I. Madero. La situación de Alfonso se hizo intolerable cuando su hermano Rodolfo aceptó una cartera en el gabinete de Victoriano Huerta. Partió a París con un modesto cargo diplomático y a partir de 1914 vivió en Madrid a costa de sus propios recursos como periodista, traductor y filólogo, hasta 1920, año en el que reingresó al servicio exterior de México con el puesto que había perdido súbitamente en 1914: segundo secretario de Legación. En Madrid consolidó su carrera al servicio de la cancillería. El secretario de Legación se convertiría en embajador y dejaría

Como todos lo recordamos, don Alfonso invirtió casi un tercio de su vida en el servicio de la diplomacia de México, entre 1913 y 1939, con algunas breves interrupciones debidas al mecanismo que es propio de las sustituciones y los enroques de los cargos diplomáticos.² Una vez establecido en la capital del país, Reyes consagró buena parte de sus empeños intelectuales y de sus energías físicas a la administración de su obra literaria en obediencia de un plan concebido varios años antes de su retiro diplomático, y cuya culminación es la edición de sus Obras completas.³ Una

a su paso por París, Buenos Aires y Río de Janeiro relaciones culturales fuertes que proyectarían su figura pública internacionalmente.

Regresó definitivamente a México en los primeros días de 1939 y, luego de su estancia en un domicilio provisional, se establecería en la casa que construyó para sí en el número 122 de la Avenida Industria, hoy Benjamín Hill, de la colonia Condesa. En esa casa, conocida como la Capilla Alfonsina, Reyes administró tan firme como cortésmente el capital cultural y político que le era propio luego de un periplo de 26 años fuera de su país, la mayor parte de ellos estrechamente relacionado con los intereses de la política exterior mexicana. Las tareas documentales sobre su propia obra, que Reyes llevó al cabo en su domicilio, no son sino un capítulo de la administración de su fama pública. Con respecto del regreso de Reyes a México, consúltese F. Curiel, El cielo no se abre, pp. 175-177, 181-218.

² El historiador Javier Garcíadiego escribió un panorama de la carrera diplomática de Alfonso Reyes que conviene consultar: "Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario", en E. Carballo, G. Jiménez et al, Escritores en la diplomacia, pp. 191-222.

³ El primer tomo de las Obras completas de Alfonso Reyes fue publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1955. Los comentarios de Reyes sobre el contenido de ese volumen revelan el proyecto editorial en el cual se sustenta esta empresa, y que no es otro sino el que ya tenía en la cabeza por lo menos desde 1926, según lo prueba su "Carta a dos amigos", en Obras completas, t. IV, pp. 475-482. La carta, dedicada a Genaro Estrada y Enrique Díez-Canedo, ya comporta un plan de edición de su propia obra que el

tarea rendida en 20 años que tiene el carácter de la creación literaria --por ejemplo, Reyes escribiría en este periodo la mayor parte de las páginas dedicadas a su afición a Grecia--,⁴ pero también el de un archivo y la

tiempo no alteraría en lo fundamental. “Andada más de la mitad del camino, va siendo tiempo de poner un poco de orden en los papeles. Atención, Enrique, por si muero en Europa. Atención, Genaro, por si muero en América. Porque ustedes han contraído ya, sin remedio, la enfermedad de ser mis amigos en vida y en muerte. Convicne ponernos de acuerdo desde ahora. ¡Sufre uno tanto, después, para interpretar las voluntades del poeta muerto!” (p. 475.) También consúltese J. L. Martínez, “Las memorias de Alfonso Reyes”, en NRFH XXXVII: 2, p. 487. Martínez hace coincidir casi hasta la identificación los esfuerzos documentales de Reyes con sus propósitos autobiográficos.

⁴ Los primeros textos en los cuales puede documentarse la afición de Grecia profesada por Alfonso Reyes corresponden a los poemas de su juventud, sólo recogidos parcialmente en 1922 (Huellas), y a uno de los ensayos de Cuestiones estéticas (1911), “Las tres 'Electras' del teatro ateniense”. El siguiente esfuerzo sostenido por Reyes en esta dirección forma parte de su interés en la teoría y la crítica literarias. Ernesto Mejía Sánchez escribió a este respecto: “Un antiguo proyecto de Alfonso Reyes, según consta en una tarjeta manuscrita adjunta a su ejemplar de La experiencia literaria, era el de agrupar sus libros de teoría y crítica de la literatura bajo el rubro de 'La musa crítica', en el siguiente orden: 1) La experiencia literaria; 2) La crítica en la edad ateniense; 3) La antigua retórica; 4) El deslinde; y 5) Tres puntos de exegética literaria. Este proyecto debe ser posterior a 1945 [...]”. Cfr. E. Mejía Sánchez, “Nota preliminar”, en Obras completas de Alfonso Reyes, t. XIII, 1961, p. 7. Mejía Sánchez acató hasta donde le fue posible esta disposición y dio a conocer en el tomo XIII de las Obras completas los libros La crítica de la edad ateniense y La antigua retórica, resultado de las lecciones impartidas por Reyes sobre estas materias en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en 1941 y 1942, respectivamente. A partir del tomo XVI, los editores de Alfonso Reyes rindieron testimonio editorial del último y definitivo esfuerzo llevado al cabo por el escritor en favor de Grecia, luego de 1942 y hasta el día de su muerte, acontecimiento que le impidió vigilar el tiro de dos libros que ya tenía al borde de las prensas: Religión griega y Mitología griega (t. XVI, 1964). En este periodo, Reyes publicó Junta de sombras (1949), Estudios helénicos (1957) y La filosofía helenística (1959). Cfr. E. Mejía Sánchez, “Nota preliminar”, en Obras completas..., t. XVI, pp. 7-16. Hasta el tomo XX de sus Obras los

disposición de una herencia cultural. De las Obras completas quedó fuera -- entonces y aún hoy-- la publicación de su copiosa correspondencia;⁵ una enorme acumulación de papeles postales que Reyes organizó --no sabemos con certeza hasta qué punto-- en los años mexicanos del final de su vida. Prueba de esto último, como se verá en su momento, es el epistolario EGM/AR.

El hecho es que la reunión de estas cartas obedece a la voluntad que Reyes empeñó cuando organizaba su pasado documental. Significativamente, una serie de artículos correspondiente a este periodo y a este carácter lleva por título Historia documental de mis libros.⁶ Esta clase de

lectores de Reyes pueden leer estos esfuerzos, además de otras páginas inéditas en vida del escritor consagradas al mismo tema, y escritas en las extenuantes jornadas de su Capilla. Punto aparte merecen sus recreaciones poéticas de Grecia: Homero en Cuernavaca, recolección de poemas publicada en 1952 bajo el sello de la colección Tezontle, reelaboración y ampliación de un adelanto confiado en 1948 a los editores de la revista Ábside: "Homero en Cuernavaca. Recreo en varias voces", en Ábside XII: 4, pp. 413-426. Y el traslado de un fragmento del poema de Homero publicado en 1951, y cuyo prólogo Reyes firmó en 1949 (t. XIX, 1968).

⁵ José Luis Martínez escribió en 1993, luego de dar por concluido "provisionalmente" el proyecto de publicación de las Obras completas de Alfonso Reyes, que algunas tareas quedarían pendientes a este respecto. Entre ellas, la edición de los "numerosos epistolarios", ya en curso gracias a la voluntad de diferentes investigadores. "Introducción" a Obras completas de..., t. XXVI, pp. 13-14. La brevísimas noticia de Martínez llama nuestra atención al otorgar tácitamente a las misivas del escritor un sitio en el sistema de su obra, en obediencia de la actitud que el propio Reyes observó en el manejo y la conservación de estos materiales.

⁶ Esta obra, recogida en el volumen XXIV de las Obras completas de Alfonso Reyes (1990, pp. 147-351), comporta 17 artículos periodísticos publicados entre abril de 1955 y diciembre de 1959.

documentos tiene una relación directa con un gesto de índole personal y social de Reyes que debemos tomar en cuenta. Nos referimos a un gesto que reproduce la imagen pública a la cual se atiene su carrera literaria y su gestión profesional, y que consiste en conservar y reunir los productos del trabajo, organizarlos de acuerdo con un orden asociado al desarrollo de la persona, y proyectarlos públicamente con un propósito normativo y ejemplar. La construcción de una obra como reflejo del individuo y como testimonio del régimen social ante el que ha sujetado su conducta. Una obra que consagra a su autor, pero también al contrato social de la ciudad a la cual este personaje pertenece y que, de cierto modo, también es responsable de la formulación de la obra. La obra que sanciona la dimensión cívica del hombre, y no el texto excepcional que disocia el destino del creador del de su comunidad.⁷ No podemos pasar por alto el temple didáctico y moral de este

⁷ En un artículo sobre el perfil público de los escritores de Contemporáneos, el investigador A. Vital exploró el binomio texto/obra de acuerdo con “las notas de Hans-Robert Jauss acerca de los cuadernos de Paul Valéry”: “Por último, digamos que la antología de 1928 es también interesante porque desmonta la noción de obra y privilegia la de texto. Jorge Cuesta y Gilberto Owen fueron los enemigos más radicales del hábito que convierte al artista en el paulatino constructor de una obra. Hoy podemos ver claramente una contraposición entre autores de textos y autores de obras: Cuesta y Torres Bodet, Owen y Reyes. La elección que hace cada quien entre una y otra alternativas (no del todo excluyentes) es parte fundamental de su estrategia político-cultural.” “Antología de la poesía mexicana moderna (1928)”, en La cama de Procusto, p. 67.

Como se ve, Vital se interesó en el rendimiento que esta noción puede tener en el marco de una investigación del orden político y social de los discursos literarios. Nosotros quisiéramos subrayar, de acuerdo con otros intereses, que el modelo histórico y social de construcción paulatina y constante de una obra --al menos en oposición a un texto excepcional-- tendría que referirse al periodo grecorromano y al influjo que éste ha tenido en la literatura occidental.

gesto en la interpretación de los papeles que tienen con éste un vínculo tan directo como evidente.⁸

Hasta aquí, estamos en presencia de un testimonio textual constituido por 66 cartas de índole privada, escritas entre el 29 de julio de 1911 y el 24 de julio de 1949. Enrique González Martínez escribió 52 de esas cartas, que Reyes conservó en sus archivos, al fin organizados en la Capilla Alfonsina, quizá entre 1952 y 1954; el resto, 14 cartas, se debe a la mano de Reyes, y él mismo las preservó en calidad de copias al carbón. La serie de estos documentos se desarrolla ante nosotros con una continuidad que no admite interrupciones dignas de consideración, de modo que va dejando su estela testimonial sobre cada una de las estaciones de la vida privada, literaria y

⁸ Tenemos a mano un curioso testimonio de la organización que Reyes hizo de su pasado documental en las fechas que nos atañen. Se trata de Cuando creí morir, artículo que el escritor consagró a rememorar sus accidentes cardiacos y que, al menos en parte, redactó en 1959. En esas páginas, Reyes consignó, al margen de sus padecimientos, la puntualidad, la diligencia y la constancia con las cuales ponía “en orden papeles ya preparados”, corregía “cosas hechas” y, en fin, daba un arreglo definitivo a la cosecha reciente y pasada. A. Reyes, Cuando creí morir, en Obras completas de..., t. XXIV, pp. 117-145. Por otro lado, tenemos noticia de que Reyes organizó y anotó su correspondencia con Azorín, por lo menos desde fines de 1955. Copiamos a continuación la nota introductoria que debía encabezar el epistolario: “Recojo las cartas de 'Azorín' con una mezcla de complacencia y nostalgia... ¡Mis días de Madrid, desde las terribles luchas de la iniciación, en medio de las mayores pobreza, hasta el laborioso y nada fácil desempeño en la Legación Mexicana! Y a lo largo de todo ello, el consuelo y la alegría del trabajo y de la buena amistad.

“Esta correspondencia no sólo resucita a mis ojos el cercano afecto que me ha unido a 'Azorín' [...], nuestro constante y grato comercio, colaboración, cambio de servicios; sino que me convence cada vez más, a distancia, de mi penetración en la vida literaria de aquella hora y de aquel país, que es tan mío.” B. Bockus Aponte, The Spanish Friendships of Alfonso Reyes, p. 352.

profesional de ambos escritores: los poemas que se van acumulando en el gabinete de trabajo; los libros que se organizan y se dan a la estampa; la reflexión sobre los hábitos propios del trabajo intelectual y sobre las convicciones estéticas; los libros de los amigos; los proyectos; el paso por Madrid, Santiago, París, Buenos Aires y Río de Janeiro al servicio de la Cancillería y, de regreso en México, el cumplimiento de tareas concernientes a un consejero distinguido de asociaciones educativas y literarias y de ciertas iniciativas del Estado. En fin, el testimonio de una trayectoria coherente, sancionada por el modelo social que rige la construcción pública y el prestigio del tipo de escritor que Alfonso Reyes y Enrique González Martínez encarnan como pocos.

Ahora bien, con ser tan sólido y calificado el testimonio del que hemos dado noticia, el examen de la correspondencia EGM/AR no puede ceñirse exclusivamente a ese documento único y original en virtud de un hecho sustantivo que propone una reconsideración de la índole de nuestro texto. Nos referimos a la publicación previa (e incompleta) del epistolario EGM/AR. Ciertamente, se trata de una reproducción atendida al testimonio textual en que hoy, todavía, se sustenta esta correspondencia: como lo tenemos dicho, los archivos personales de Alfonso Reyes. Sin embargo, es una reproducción que ha dado como consecuencia un texto que lleva al cabo la inscripción de esta serie de documentos en la historia de las letras mexicanas. Según lo hemos discutido en el primer capítulo de nuestro estudio, esta inscripción comporta consecuencias incluíbles en la lectura y en la interpretación del texto que ni las facultades críticas ni las editoriales pueden pasar por alto, so pena de violar su constitución histórica.

Llegamos a estas afirmaciones amparados en un modo de concebir la historia de la literatura para el cual el estudio de las "dependencias" --por

echar mano de una expresión de R. Chartier-- que contribuyen al conocimiento de las condiciones de la producción de sentido de un texto adquiere una importancia considerable.⁹ Toda práctica de escritura y de lectura se inscribe en una red de intercambios sociales en la cual circulan bienes de índole cultural; una red más o menos constante, más o menos definida, susceptible de ser descrita y explicada de acuerdo con, por lo menos, dos niveles: uno de ellos concerniente a las instituciones en las cuales los agentes de esta red se organizan, y otro al patrimonio cultural que los agentes ponen en juego en las relaciones que establecen entre sí. El primero de éstos se refiere a las organizaciones estables, colectivamente sancionadas, que modelan y modulan las prácticas de la vida social orientadas a la generación de discursos. El segundo alude a toda clase de instrumentos y recursos de la significación que concurren en las imágenes y representaciones útiles a una comunidad como referencia, capaces de construir una zona de convergencia de los actos de la comunicación pública. Así, el conocimiento cabal de un texto requiere del estudio de los niveles mencionados, según los modos de la concurrencia de éstos en aquél.¹⁰

⁹ R. Chartier, "La pluma, el taller y la voz", en Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero, p. 26. Éste es el sentido exacto en el que Chartier hace uso del vocablo: "Producidas en un orden específico, las obras escapan de éste y adquieren existencia en tanto estén cargadas de las significaciones que les atribuyen sus diferentes públicos, a veces en un periodo muy prolongado. Articular la diferencia que funda (de muchas maneras) la especificidad de la 'literatura' y las dependencias (múltiples) que la inscriben en el mundo social, es, a mi entender, la mejor formulación del encuentro necesario entre la historia de la literatura y la historia cultural." [El subrayado es nuestro.]

¹⁰ Ibid., p. 27. Lemos en este artículo una conclusión provisional que nos parece especialmente referida a nuestra discusión: "Distinguir los efectos propios de los diferentes modos de representación, transmisión y recepción de los textos es una

De este modo, la edición de Ábside ha intervenido en la constitución de un marco de sentido que es propio de la base documental del epistolario EGM/AR, al grado de convertirse en un testimonio más de la vida y la identidad de dicho texto. Esta edición ha contribuido a inscribir los documentos originales de nuestro epistolario en una zona determinada de la red de los intercambios sociales en la que circulan los bienes de la cultura mexicana del siglo XX, atribuyéndole un estatuto social --un texto que se transporta en el espacio colectivo-- y un estatuto histórico --un texto que se trasmite en el tiempo--. Aludiremos brevemente a la historia de esta edición en los siguientes párrafos, pues ya tendremos oportunidad para seguirle los pasos con paciencia y detenimiento.

Las intervenciones de Reyes

Con motivo de la muerte de Enrique González Martínez, acaecida el 19 de febrero de 1952, las cartas que el poeta intercambió con Alfonso Reyes fueron publicadas por el padre Alfonso Méndez Plancarte en la revista Ábside, no sólo con la anuencia, sino con la colaboración del propio Reyes. A lo largo de casi un año de la vida de esta revista, las cartas que Reyes

condición necesaria para evitar todo anacronismo en la comprensión de las obras". El lector familiarizado en la sociología de la cultura que se ha desarrollado al amparo de los conceptos de Pierre Bourdieu reconocerá las deudas que estas formulaciones han contraído con respecto del sociólogo francés. En este sentido, consúltense los artículos "Algunas propiedades de los campos" y "Espacio social y génesis de las clases", reproducidos en P. Bourdieu, Sociología y cultura, pp. 135-141 y 281-309, respectivamente.

conservaba como prueba de su trato con González Martínez se publicaron paulatina, regularmente.¹¹ En consecuencia, la mayor parte de las misivas resguardadas por la Capilla Alfonsina deben ser referidas a la edición establecida por Ábside. Cualquier edición contemporánea del epistolario debe incorporar a sus recursos críticos esta noticia editorial. No pensamos en una incorporación que juzgue a la edición de Ábside como resultado de un accidente en la vida de las cartas dispersas, sin mayores consecuencias que las relacionadas específicamente al campo externo del documento, como la reconstrucción del escenario social o la descripción del paisaje cultural; en fin, eso que durante tanto tiempo llamamos el “marco histórico” de un hecho literario, y que muy poco ayudó a determinar la índole más profunda de las condiciones sociales e históricas del texto. No; la edición de Ábside no es un dato accesorio al documento del que hubiese que hacer abstracción en beneficio del acatamiento que tradicionalmente se ha guardado al prestigio de un testimonio único y original, y a la autoridad del autor, por sobre la historia particular del texto y las operaciones críticas de un editor. La edición

¹¹ Debemos precisar esta afirmación: la serie regular de nuestro epistolario sólo comporta tres números de la revista, cada uno de ellos con periodicidad trimestral. Poco más de un año después de la primera entrega se dio a conocer una suerte de apéndice. En total, se trata de cuatro contribuciones a este respecto. Las tres primeras quedaron asociadas al nombre de Alfonso Reyes: Ábside XVII: 3 (julio-septiembre de 1953), pp. 283-308; Ábside XVII: 4 (octubre-diciembre de 1953), pp. 439-462; y Ábside XVIII: 1 (enero-marzo de 1954), pp. 89-108; el título que encabezó cada una de estas entregas fue “Correspondencia de Enrique González Martínez y Alfonso Reyes”, seguido del número asignado a cada una de las partes. La cuarta entrega apareció en Ábside XVIII: 4 (octubre-diciembre de 1954), pp. 496-519, bajo el título “Para el epistolario de González Martínez”, y recupera las cartas correspondientes a nuestro epistolario al lado de documentos relativos a la relación del poeta con otras personalidades de la vida cultural de México.

de Ábside ha intervenido irreversiblemente en la constitución del epistolario EGM/AR, lo mismo en la materialidad de su base documental que en su sustancia histórica.

Si hubiese que probar el primer aspecto de esta intervención, recordáramos el hecho más notable entre sus consecuencias: Alfonso Reyes intervino en el texto original de las cartas en el momento de confiarlas al cuidado de Alfonso Méndez Plancarte. Se trata de una intervención que se manifiesta de dos maneras principalmente. Una de ellas consiste en señales a lápiz que indicaban la omisión de palabras, frases y aun párrafos enteros; la otra, en notas al pie de página en las que Reyes aclaraba el sentido de un pasaje, precisaba un gesto, una localidad, una edición, etcétera.¹² El editor de la revista obedeció sin excepción estas indicaciones y ofreció a sus lectores un documento intervenido de acuerdo con un sentido que, si bien estamos obligados a examinar en la voluntad de Reyes y de Méndez Plancarte como un acto de la conciencia, un episodio de la intención, no se agota, no puede agotarse en esta provincia de la escritura.

Las intervenciones de Alfonso Reyes en el texto que daría a conocer la revista Ábside son tan recurrentes y se atienen en tal grado a disposiciones sancionadas por una práctica culta de escritura, que no podemos sino

¹² Hay una clase más de marcas. Se trata de frases muy escuetas que Reyes escribió a lápiz al principio de la mayoría de las cartas con el propósito de situar el paradero del emisor o el destinatario del documento, cada vez que no se hiciera explícito en la redacción original. Consignamos este rasgo en virtud de la voluntad que comporta de presentar el epistolario como un documento público, único y coherente. Aun se llega a dar el caso en que Reyes añadió una palabra o una frase en el documento que turnó a Ábside. La revista siempre acató la voluntad de Reyes a este respecto.

juzgarlas como sistemáticas.¹³ Esto es, constituyen un sistema expresivo cuyo marco de referencia inmediato es el autor, pero que también puede asociarse a un escenario más amplio: aquél en el que el escritor tramita las negociaciones necesarias para construirse como un sujeto histórico, entidad atendida al régimen de los intercambios simbólicos de una comunidad. En un sentido similar al que Cesare Segre confiere a este término, las intervenciones de Reyes son marcas textuales de las elecciones tomadas por el escritor.¹⁴ Sin embargo, menos interesados que el eminente crítico italiano por investigar el sistema estilístico de un autor o de un periodo, juzgamos estas elecciones a través de la huella que dejan en los documentos como lugares privilegiados en los que el texto se abre ante nuestros ojos revelándonos, por un lado, los movimientos del autor en busca de su proyección pública y, por otro, las condiciones sociales que hacen posible, a la vez que limitan, esa inscripción pública. Así, la serie de las intervenciones

¹³ El hecho que más nos llama la atención a este respecto es el de las notas que Alfonso Reyes escribió al pie de ciertas cartas. En su conjunto, estas notas se organizan al modo de un aparto crítico y resultan perfectamente comprensibles para un lector habituado a esta clase de paratextos. En cualquier caso, el gesto que comporta este sistema de notas nada tiene que ver con la comunicación epistolar y sí con una voluntad expresiva volcada en moldes cultos que sólo puede explicarse por las condiciones que imperaban en 1952 en lo que se refiere a la reproducción de las misivas.

¹⁴ El problema de las elecciones que un escritor toma en el desempeño de su oficio queda asociado, de acuerdo con las posiciones de Segre, a las lecciones determinadas de un texto, esto es, a un arreglo dado de sus elementos constitutivos. Así las cosas, queda reconocido un vínculo entre la estructura del texto y la voluntad expresiva del autor. Nosotros no quisiéramos suscribir las convicciones estilísticas de Segre, sino el estatuto que concede a la variante de un texto como una marca portadora de sentido. Cfr. C. Segre, op. cit., pp. 18-22.

de Alfonso Reyes tiene como primera consecuencia la de articular a las misivas como un texto único y coherente, un texto articulado que realiza un sistema expresivo referido a dos autores, atenido a un género, en fin, un documento público, legalizado en el marco del patrimonio literario de una comunidad. Además, las señales de Reyes orientan nuestra lectura, acotan un escenario de interpretación cuyo guión radica en la vida ejemplar, constante y ascendente de dos varones señalados en la república mexicana de las letras. Éste es el núcleo significativo en torno al cual giran concertadamente las cartas publicadas por Ábside al mediar el siglo. Más que el acceso al examen de un sistema estilístico, las elecciones tomadas por Reyes en el momento de editar su correspondencia con González Martínez representan para nosotros pruebas de las condiciones sociales que hicieron posible la constitución y la circulación del texto del epistolario, y que acotan su lectura y su interpretación.

Tomemos sólo a modo de ejemplo uno de los lugares intervenidos en la edición que Ábside hizo de la correspondencia EGM/AR. Al frente de la tercera entrega, Alfonso Méndez Plancarte publicó la carta que Enrique González Martínez despachó a Alfonso Reyes desde la “playita” de Pontevedra, en Bayona, el 7 de agosto de 1926.¹⁵ Mediante un apunte a lápiz que el editor reprodujo en cursivas en el texto de la carta, Reyes nos recuerda que a la sazón se encontraba en París. De modo que el documento aparece como el testimonio del trato amistoso de dos hombres al servicio de la carrera de la diplomacia y de las letras. El ministro en Madrid se toma un descanso que lo aparta de sus graves obligaciones. Sin embargo, el reposo no

¹⁵ [A. M.] Plancarte, “Correspondencia de Enrique González Martínez y Alfonso Reyes”, Ábside XVIII: 1, p. 91.

será tanto que González Martínez no se moleste en redactar con su propia mano, en un papel común y corriente, un saludo, una constancia de admiración y los parabienes por la posible compra de una residencia en París que albergaría a la representación de México. El segundo y último párrafo del texto publicado en Ábside sirve a González Martínez para dar noticia a Reyes de que los hijos del primero parten de España rumbo a París en busca de la compañía y la tutela del segundo. Enrique pide a Alfonso el volumen más reciente de la serie Simpatías y diferencias y se despide con afecto. Hasta aquí, el lector de la revista dirigida por Méndez Plancarte lee un documento que se condice con el relato que sirve de base a la constitución de las misivas como una serie coherente, y al cual nos hemos referido como la historia ejemplar de dos varones notables de la diplomacia y de las letras de México. Dos varones todavía más respetables, si cabe, hacia el periodo en que se dan a conocer las cartas que documentan su trato. Sin embargo, Reyes omitió un párrafo. Lo copio inmediatamente:

Envié un cablegrama de adhesión al gobierno con motivo de las agitaciones eclesiásticas, y le juro que mi adhesión es completamente sincera. Acaso existan algunos pormenores que no me gustan y que se refieren a la manera de hacer cumplir algunas disposiciones; pero el gobierno está en lo justo y hay que estar con él. Vi sus declaraciones en Le Journal. Me parecieron excelentes. Yo no he querido declarar nada en estos días, ni hay necesidad. Tenemos aquí buena prensa: El Sol, El Heraldo, La Libertad, El Liberal, El Socialista, etc.; tenemos prensa adversaria en este asunto que trata las cosas con verdadera discreción y cortesía: ABC, La Nación; y tenemos la prensa sectaria, El Debate y algunos diarios de provincia, a la cual se le ha ido alguna vez la lengua. El Ministerio de Estado

se porta muy bien a la hora de reprimir actitudes descompuestas. Para eso hay censura.

El celo progubernamental y autoritario de González Martínez que evidencian estas líneas corresponde al respaldo absoluto que se creía obligado a dar al gobierno de Plutarco Elías Calles en su enfrentamiento con la Iglesia católica, antesala de la Cristiada. Un respaldo estratégico, dado el vínculo histórico entre el catolicismo y el país en el que González Martínez cumplía con su representación diplomática, España. Un respaldo oportuno, en virtud del recrudecimiento de la violencia retórica verificado en reuniones privadas, medios periodísticos, círculos políticos y gestiones diplomáticas. El momento de la violencia social era inminente cuando el servicio exterior cerraba filas en torno a su gobierno.¹⁶ No nos interesan los detalles de este episodio, sino la prueba de que Reyes omitió sistemáticamente las referencias en su correspondencia con González Martínez que entraban en conflicto con el relato fundamental en el cual se sustentaba la edición confiada a Ábside. Esta elección, como todas las de su tipo, y las que pueden quedar relacionadas con ella, no sólo se explica como un acto de la voluntad política. El sistema completo de estas intervenciones, lejos de agotar su explicación como una pretendida depuración de indole política, apunta en la dirección de un relato coherente con el distinguido republicano de la literatura y de la diplomacia retirado a su domicilio con el propósito de hacer

¹⁶ Consúltese J. Meyer, La Cristiada, t. II, pp. 141-299; además de los documentos reunidos bajo el título "Sobre una conversación entre el presidente Calles y los obispos Pascual Díaz y Leopoldo Ruiz", en P. E. Calles, Correspondencia personal, t. I, pp. 171-193.

el balance de su vida pública y ofrecer el ejemplo de su legado a los suyos. Alfonso Reyes debió encontrar muy poca relación entre la voluntad expresiva que lo sujetaba en aquellos años y las pasiones políticas propias de ciertos minutos, de ciertas circunstancias. Así, Reyes no vaciló en la supresión de estas “excrecencias” de sentido, y dejó en manos de Alfonso Méndez Plancarte un texto establecido de acuerdo con la situación propia de Reyes en los primeros años del decenio de los cincuenta. El marco de sentido propio del epistolario EGM/AR se remite a ese momento.

Los actores en la escena del sentido

El escenario social en el que se inscribe la edición que Alfonso Reyes hizo de su correspondencia con Enrique González Martínez en la revista Ábside merece también una atención muy detenida, pues, aunque aparentemente puede circunscribirse a un evento excepcional, en realidad compromete a algunos actores del campo literario vigente en el periodo. Ahora bien, esta afirmación no abre paso a un estudio exhaustivo de todos los miembros de ese campo y de las relaciones que establecieron entre sí.¹⁷ Nuestro propósito radica en explicar el carácter conflictivo que reviste la iniciativa editorial de

¹⁷ Echamos mano en nuestros propósitos del concepto campo del sociólogo Pierre Bourdieu, en virtud del énfasis que hace en el carácter conflictivo, siempre sujeto a disputas y negociaciones, de las relaciones establecidas entre los diferentes grupos que ocupan el espacio social. No ha sido menos atractivo para nosotros la relación que este concepto sistematiza entre la posición de un sujeto, o un grupo de sujetos, en el campo, y la índole de su riqueza cultural y de su producción discursiva. Consúltese a este respecto la nota 11.

Ábside en favor de González Martínez, por lo cual nuestra descripción se limita, por una parte, a quienes tuvieron algo que ver con las misivas publicadas por la revista y, por otra, a quienes adoptaron la mayor responsabilidad en convertir a la comunidad literaria de la época en un campo tironeado por conflictos de diversa índole, dado su carácter renovador. La figura de los amigos de Ábside, recortada en el horizonte de las transformaciones operadas por la nueva promoción, nos da la medida del potencial polémico de la edición que nos atañe. Para decirlo con nombres propios: en una zona, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y el grupo organizado alrededor de los hermanos Méndez Plancarte; en otra, la generación de Medio Siglo.¹⁸

El evento al cual ha quedado referida esta edición es la muerte de Enrique González Martínez, ocurrida en 1952. En efecto, recordemos que, como consecuencia directa de este acontecimiento, la revista Ábside publicó una serie de cartas en homenaje al poeta fallecido, cuyo botón máspreciado es la edición del epistolario que este escritor sostuvo con Alfonso Reyes. La iniciativa documental de Ábside prolongó por más de dos años la estela de cartas sobre el sepulcro del poeta.¹⁹

¹⁸ El investigador A. Vital, con el propósito de reconstruir el “horizonte de expectativas en México durante los años de formación y producción de Rulfo”, describió el escenario que nos atañe desde la perspectiva de los códigos estético-literarios nacionalista y universalista. Remitimos al lector a El arriero en el Danubio, pp. 199-220, con el propósito de tener en cuenta una perspectiva complementaria de nuestros intereses.

¹⁹ Además de las entregas ya referidas en la nota 12, Ábside publicó la serie “Para el epistolario de González Martínez” en los siguientes números: XVI: 2 (abril-junio de 1952), pp. 137-150; XVI: 3 (julio-septiembre de 1952), pp. 275-286; XVI: 4 (octubre-diciembre de 1952), pp. 401-408; XVII: 2 (abril-junio de 1953), pp. 203-210; XVIII: 3 (julio-septiembre de 1954), pp. 351-365.

Como lo tenemos dicho, el deceso puso en movimiento a algunos agentes del campo literario mexicano. Pasemos lista de los implicados. En primer sitio, cabe destacar la presencia de don Alfonso en el escenario de la cultura literaria de México una vez que se estableció definitivamente en su hogar. Se trata de una presencia que podríamos describir como la de un árbitro de los asuntos culturales del país amparado en instituciones de temple tradicionalista como El Colegio Nacional. Las obligaciones contraídas como miembro de este recinto le permitirían dar forma casi definitiva a una parte considerable de sus investigaciones helénicas, recurso notable del patrimonio cultural que hizo valer en el país en los años siguientes a 1939;²⁰ un patrimonio que no sólo se circunscribe a sus ensayos, sino que sujeta su poesía y, en fin, los recursos de su proyección pública. La disciplina del escritor y El Colegio de México también prestarían su concurso en la consolidación del capital simbólico de Reyes como mecenas de la literatura y poeta-rey en la república de los intelectuales.²¹ Además, la presencia pública de Reyes también suma en su favor el empeño que hizo --antes de dedicarse de lleno a la disposición de su legado literario y de su autobiografía-- de sus atributos políticos e intelectuales en beneficio de algunas iniciativas del Estado, concernientes al establecimiento de un orden

²⁰ Consúltese al respecto la nota 5 de este trabajo. También P. Patout, Alfonso Reyes y Francia, pp. 619-623.

²¹ C. E. Lida y J. A. Matesanz, El Colegio de México, pp. 54-65 y 311-320.

internacional de posguerra menos riguroso para los pueblos que no habían invertido recursos bélicos en la conflagración.²²

²² Como un ejemplo de esta actividad pública, pueden consultarse algunos discursos recogidos en Tentativas y orientaciones, México, Editorial Nuevo Mundo, 1944. Sólo recordamos al paso que Alfonso Reyes fue presidente de El Colegio de México, protagonista de las actividades regulares de la Academia Mexicana, y que dictó cursos en la Facultad de Filosofía y Letras. Todo esto como abono de la descripción que hacemos de su posición en el campo literario del periodo. Algunos rastros de estas actividades han quedado documentados en C. Pellicer/A. Reyes, Correspondencia, pp. 43-44, 46, 48-50 (AR/CP, México D. F., 5 de octubre de 1939; AR/CP, México D. F., 16 de octubre de 1939; AR/CP, México D. F., 26 de septiembre de 1941; AR/CP, México D. F., 24 de septiembre de 1942; AR/CP, México D. F., 8 de mayo de 1943); también en diversos lugares de A. Reyes/O. Paz, Correspondencia, pp. 53-241, lo mismo por sus gestiones al frente de El Colegio de México, que por sus buenos oficios ante el punto más alto de la cancillería mexicana.

Reyes concentró una buena parte de sus esfuerzos en sumarse a un americanismo al alza entre los escritores del continente, dada la incertidumbre propiciada por la guerra en lo concerniente a la suerte de la civilización occidental. Las contribuciones del escritor en Cuadernos Americanos darían la pauta para examinar esta actividad intelectual. Consúltese “América y los Cuadernos Americanos”, en Cuadernos Americanos 1:2 (marzo-abril de 1942), pp. 7-10, palabras pronunciadas en la ceremonia de presentación al público de la revista llevada al cabo el 30 de diciembre de 1941. En esta breve alocución, Reyes caracteriza a esta revista como un lugar de encuentro construido por la voluntad de asociar a los pueblos americanos en un frente de cultura necesario para defender los valores de la civilización. Su cordial alegato se articula de acuerdo con el humanismo común en la época, defensivo ante la guerra, y el americanismo aglutinador impulsado por motivos semejantes. Algo también contribuye en la formulación de esta actitud la celebración de la matriz hispánica y occidental en tanto líneas articuladoras del continente. “Haré algunas consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.” Reyes

Inmediatamente después, como complemento necesario de la figura de Reyes, debemos recordar la proyección pública de la personalidad y la obra de Enrique González Martínez, particularmente en lo que se refiere a la prosapia modernista de sus poemas y la vigencia de su longeva, dilatada trayectoria en medio de un foro que no pocas veces había conocido las sacudidas de nuevas, sucesivas orientaciones estéticas. Hablamos de un personaje en quien se materializaba la tradición de la poesía mexicana, ininterrumpida desde Manuel Gutiérrez Nájera, tal y como el propio González Martínez se había preocupado por asentarlo en su discurso de recepción en la Academia Mexicana, y cuyo guión había sido construido colectivamente por los poetas y los críticos más notables de la generación del Ateneo, y respetado --aun en la crítica y en el replanteamiento-- por las generaciones siguientes. Gracias al encomio de la poesía de Enrique González Martínez, los hombres de cultura de su generación habían reclamado para sí el honor de prolongar la renovación de la lírica mexicana, tal y como el Duque Job la había llevado al cabo de acuerdo con Rubén

contendría en este escenario ideológico sus colaboraciones habituales en la revista, lo mismo aquellas que se deben a su participación en actos públicos orientados a abogar en favor de las posiciones del Estado mexicano ante la situación internacional determinada por la guerra, que a sus investigaciones cruditas y obras de creación: A. Reyes, "Exhortación a los escritores", en Cuadernos Americanos I: V, pp. 7-13; A. Reyes, "Posición de América", en Cuadernos Americanos VIII: 2, 7-23; A. Reyes, "El hombre y su morada", en Cuadernos Americanos XII: 6, pp. 65-92; A. Reyes, "La lírica arcaica en Grecia", en Cuadernos Americanos XIV: 2, pp. 209-224; A. Reyes, "La liberación de París", en Cuadernos Americanos XVII: 5, pp. 9-13; A. Reyes, José Gaos, Juan Larrea et al, "Mesa rodante. ¿Independencia? ¿Comunidad social?", en Cuadernos Americanos XVII: 5, pp. 97-120. No carece de interés el artículo de J. M. Díaz de Guereño, "Del llanto a la quimera: Juan Larrea en la fundación de Cuadernos Americanos", en J. L. Abellán, J. Marichal et al, Los refugiados españoles y la cultura mexicana, pp. 116-133.

Darío y con la lectura del simbolismo que los poetas modernistas harían. Esta estrategia de reivindicación no paraba allí: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, los animadores más notables de este discurso, atribuían a González Martínez y a la generación que los unía a este poeta la prenda de haber corregido las notas excesivas en los hábitos estilísticos de la primera hora modernista.²³

²³ La preocupación de Enrique González Martínez es, sobre todo, reivindicadora del lugar de su propia poesía y de la obra de sus colegas ateneístas en el contexto de la literatura mexicana del siglo XX. Esta voluntad conduce su mano a la hora de escribir el discurso al que nos hemos referido, y que no es otra cosa sino la elaboración definitiva de una serie de conferencias sobre la poesía mexicana que dictó en las estaciones de su periplo diplomático. En esto último, hay una prueba más del carácter militante de sus observaciones. Consúltense “Algunos aspectos de la lírica mexicana”, en Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, t. XI, pp. 9-27; discurso recogido bajo el título “Algunos aspectos de la lírica mexicana. Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua”, en Obras completas, 1971, pp. 815-835. Con respecto de sus conferencias como diplomático, consúltense los recortes periodísticos contenidos en el cuaderno tercero de su expediente personal en el Archivo Histórico de la SRE.

En lo que se refiere al linaje lírico que reclamaba para sí el poeta González Martínez, el tema es recurrente entre los ateneístas, léase como prueba de esta afirmación: A. Reyes, “Nosotros”, en Nosotros, núm. 9, pp. 216-221, artículo redactado en parte de acuerdo con algunas observaciones de Pedro Henríquez Ureña que pueden consultarse en Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, Correspondencia, pp. 220-231 (carta del 29 de octubre de 1913); el propio Henríquez Ureña escribiría la última palabra a este respecto dada su simpatía por la obra de González Martínez en “Enrique González Martínez”, Seis ensayos en busca de nuestra expresión, edición contenida en Obra crítica, pp. 283-291. Entre los partidarios de esta lectura pertenecientes a generaciones posteriores, destaca el caso de Antonio Castro Leal: “Preludios, Lirismos, Silenter y Los senderos ocultos de Enrique González Martínez [prólogo a la edición de Porrúa de estas obras en 1946]” y “Prólogo”, en J. L. Martínez, ed., La obra de Enrique González Martínez, pp. 210-213 y VII-IX, respectivamente; también La poesía mexicana moderna, México, Academia Mexicana de la Lengua, 1953. Entre quienes replantean y critican la historia de

Finalmente, también entró en juego la imagen pública de los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, tan activa gracias a la revista que animaban y a la comunidad de escritores e intelectuales que habían logrado conciliar en torno de sus páginas. De acuerdo con una estrategia que revisaremos un poco más adelante, el grupo de Ábside también cifraba su patrimonio cultural en los bienes de la tradición, no poética, sino humanista de México. A pesar de la coherencia y la constancia de su gestión pública, los escritores de Ábside ocupaban una posición marginal con respecto de las nuevas perspectivas que se abrían paso en la cultura mexicana desde la segunda mitad de los años cuarenta, y que terminarían por replantear radicalmente no sólo prácticas y códigos de escritura, sino también repertorios de lectura y, en fin, todo el sistema de articulación y funcionamiento de las actividades literarias, lo mismo en sus reservas simbólicas que en su patrimonio institucional.

Estas afirmaciones nos obligan a detenernos con cierta calma en la generación que se propuso llevar al cabo un cambio en el rumbo de la cultura mexicana; este cambio se convertiría en el principio organizador de los bienes culturales que el grupo hizo valer como parte de sus estrategias de subversión.²⁴ Nos referimos a la generación de Medio Siglo, nombre que

la poesía mexicana acatando la imagen pública de González Martínez, los Contemporáneos desempeñan un papel protagónico: J. Cuesta, Antología de la poesía mexicana moderna, particularmente la nota de presentación de González Martínez, p. 99; X. Villaurrutia, "Introducción a la poesía mexicana" y "La poesía de los jóvenes de México", en Obras, pp. 764-772 y pp. 819-835, respectivamente; y "Prólogo" a Laurel, pp. 13-19.

²⁴ El término pertenece a Pierre Bourdieu como parte de la descripción que hace de las tensiones que privan continuamente entre los agentes de un campo social. P. Bourdieu, "Algunas propiedades de los campos", en op. cit., p. 137.

desde un momento muy temprano de su articulación social caracterizó a un cierto número de escritores e intelectuales empeñados en hacerse de un espacio propio y privilegiado en la escena de las letras mexicanas.²⁵ La decisión de este grupo capitalizó el patrimonio cultural propio de estrategias similares, verificadas en diferentes momentos de la historia literaria mexicana de la primera mitad del siglo XX: señaladamente, los escritores asociados a la revista Contemporáneos y, más tarde, los poetas de la revista El Hijo Pródigo. Ambos grupos habían ejercido gestos y actitudes polémicas centrados en la demanda de una renovación de los hábitos literarios y las convicciones estéticas de la cultura de México. Ellos son los responsables de haber iniciado el proceso de prestigio y distinción conferidos a las nociones de ruptura y reforma en el campo literario mexicano. Cualquiera que haya sido la deuda histórico y social de los jóvenes de Medio Siglo, las repercusiones de su irrupción fueron tan profundas en el marco de las relaciones que imperaban entre los diferentes actores del campo literario, que sólo su conocimiento podría hacernos comprender la índole militante, conflictiva y, en el sentido más pleno, política de los honores editoriales dispensados por la revista Ábside a Enrique González Martínez.

²⁵ En otro lugar, hemos intentado una nómina de los escritores y los intelectuales de Medio Siglo, atendidos a los nombres de quienes administraron y colaboraron en las revistas Medio Siglo y Revista Mexicana de Literatura, primera época. A nuestro juicio, estos documentos conciliaron a los protagonistas de la generación en el momento de su ascenso y articulación social definitiva. L. Martínez Carrizales, La cruzada periodística de Carlos Fuentes, pp. 86, 87 y 111.

El conflicto

La presencia de la generación de Medio Siglo en el campo literario de México tuvo desde el primer instante un carácter conflictivo. El historiador Enrique Krauze, autor del esbozo histórico más acreditado escrito hasta hoy sobre la materia, fecha los antecedentes de la gestión pública de este grupo en octubre de 1945, gracias a la participación de Emilio Uranga y Jaime García Terrés en un Congreso de Crítica sobre la Revolución Mexicana.²⁶ El sentido de esta participación radicó en una crítica sustentada en procedimientos y conclusiones que en ese periodo desarrollarían dos intelectuales: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas; conclusiones y procedimientos que han quedado señalados elocuentemente en el título de los ensayos más memorables de aquel momento polémico: “La crisis de México” y “La Revolución Mexicana en crisis”.²⁷ Esta clase de crítica no

²⁶ E. Krauze, “Los templos de la cultura”, en R. A. Camp, Ch. A. Hale y J. Z. Vázquez, eds., Los intelectuales y el poder en México, pp. 595-596. Muy cerca de las orientaciones del texto de Krauze, intentamos un retrato de la generación en L. Martínez Carrizales, op. cit., pp. 86-116; “La gestión política y periodística de Medio Siglo”, en Universidad de México núms. 504-505, pp. 31-35; “Situación de Emilio Carballido”, en Entorno núms. 36-37, pp. 53-57; también consúltese la crónica de A. Pereira, La generación de Medio Siglo, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997.

²⁷ Hemos intentado relacionar la irrupción del grupo de Medio Siglo con la labor crítica de Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas durante los años 40 en L. Martínez Carrizales, op. cit., pp. 33-85. J. Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis”, en Cuadernos Americanos, pp. 32-35, ensayo convertido en libro al año siguiente, 1944; “La revolución mexicana es ya un hecho histórico”, en Cuadernos Americanos XLVII: 5, pp. 7-16; D. Cosío Villegas, “La crisis de México”, en Cuadernos Americanos XXXII: 2, pp. 29-61.

replantearía el ejercicio del poder político, pero sí lesionaría gravemente el acuerdo republicano celebrado entre el Estado nacional y los escritores mexicanos desde los primeros gobiernos estables luego del estallido de 1910. En adelante, los escritores reclamarían entre los bienes de su patrimonio simbólico las prendas de la crítica y la independencia intelectuales, en vez de la competencia técnica y la honorabilidad en el desempeño de las tareas que el Estado les había confiado en beneficio del orden de la república. No hablamos de un fenómeno que pueda agotarse en el cambio de las ocupaciones profesionales de ciertos escritores en el periodo; nos referimos a un cambio de posición de los escritores en el campo social y, por consecuencia, una alteración en la índole del patrimonio cultural que los hace una clase digna de consideración dentro de una comunidad.

Krauze caracterizó a la generación de Medio Siglo con un sustantivo: crítica. En efecto, la crítica es la actitud que los escritores más notables de este grupo colocaron en el centro de sus reivindicaciones simbólicas. Esta situación se dio con tal contundencia que el “lugar de la memoria” colectiva que los escritores de Medio Siglo ocupan desde entonces tiene como rasgo primordial la voluntad crítica aplicada a cada uno de los terrenos propios de su gestión pública.²⁸ Ésta es la palabra que pesa más en la sanción que ha merecido el nombre y el lugar social de este grupo en el discurso de las

²⁸ “Au lieu de s’obstiner à vouloir mesurer leur impact [el de las generaciones] sur le changement social et à retrouver en elles le moteur caché du mouvement de l’histoire, Pierre Nora a proposé récemment de les considérer comme des productions de la mémoire collective, comme des ‘lieux de mémoire’. Son étude sur les usages de la notion de génération constitue un discours de la méthode incontournable pour les historiens tenté d’analyser en termes de générations l’évolution des manières de vivre et de penser.” A. Burguière, “Les rapports entre générations: un problème pour l’historien”, p. 16.

generaciones de la cultura mexicana del siglo XX; este discurso, de acuerdo con el historiador André Burguière, antes que ser una categoría de la realidad, es una construcción del imaginario social, la proyección de una imagen retrospectiva avocindada en la memoria de una comunidad.²⁹ De un lugar conflictivo en el campo literario mexicano de los años 50, la generación de Medio Siglo terminó por construir su singularidad histórica como un sujeto crítico en el relato de las letras mexicanas de la segunda mitad del siglo XX.

Carlos Fuentes no sólo es el personaje más representativo de esta generación, tal y como lo ha postulado el historiador E. Krauze;³⁰ Fuentes también es el autor de algunos documentos de carácter polémico en los cuales formuló el programa crítico del grupo de artistas, escritores e intelectuales al que pertenecía. Quizá las páginas más notables en este sentido sean las de “La mascarada de esta década”, artículo en el cual la imagen de la generación del autor aparece como un hecho consumado en la cultura mexicana.³¹ De acuerdo con este alegato, las facultades críticas de los miembros de Medio Siglo habían operado una renovación en los diferentes

²⁹ Éstas son las ideas de A. Burguière al respecto: “Qu'elles se soient proclamées elles-mêmes ou qu'elles aient été intronisées par l'opinion du temps, ces générations sont la projection d'une image retrospective de soi par laquelle une époque cherche à définir sa singularité, sa raison d'être, et à justifier son rôle historique. Avant d'être une catégorie de la réalité, elles sont une construction de l'imaginaire”. Loc. cit.

³⁰ E. Krauze, art. cit., pp. 597-598.

³¹ C. Fuentes, “La mascarada de esta década”, en La Cultura en México, suplemento cultural de Siempre!, núm. 523, 3 de julio de 1963, pp. III-VIII; con algunas variantes, este artículo fue recogido por su autor en el libro Tiempo mexicano, bajo el título “Radiografía de una década: 1953-1963”, pp. 56-92.

ámbitos de la creación y del pensamiento. En los discursos de este tipo, al lado de la palabra “crítica”, concurrían otras como “ruptura”, “modernidad” y “cosmopolitismo”, vocablos que terminarían por configurar una imagen pública que daría cuenta de los logros y las aspiraciones de los personajes del grupo. Ciertamente, la disputa simbólica sostenida por Carlos Fuentes y sus allegados reivindicó públicamente, en primera instancia, el trabajo de éstos. Sin embargo, las consecuencias no quedarían allí, sino que terminarían por construir un nuevo modelo de la situación social del artista y del intelectual, así como también de las relaciones establecidas entre éstos y otros agentes sociales.

El discurso de la generación de Medio Siglo no sólo había tenido uno de sus momentos más importantes en la crítica del sistema político mexicano, también tendría en la narrativa un recurso fundamental al servicio de su reivindicación simbólica. El prestigio de los narradores de esta generación se tejió en torno de los valores del modelo crítico recientemente construido y, todavía más, la suerte de géneros como el cuento y la novela quedó comprometida con el influjo de esos valores. En este caso, una vez más, el personaje más notable es Carlos Fuentes. Pero no podemos ignorar las negociaciones simbólicas sustentadas en el trabajo de Emmanuel Carballo, cuya obra crítica en torno a la nueva narrativa mexicana en el periodo desencadenó el mecanismo de recomposición del campo literario mexicano; una recomposición operada de acuerdo a los valores del modelo ya referido, y bajo la autoridad de los géneros de la narrativa ya replanteados.³² Podríamos sostener que el punto central de esta

³² Al margen de una serie nutrida de contribuciones periodísticas, Carballo logró formular definitivamente sus ideas en torno a una renovación de la narrativa en dos obras: E. Carballo, prolog. y sel., Cuentistas mexicanos modernos, 2 tomos, México, Ediciones

recomposición radica en el desplazamiento de una valoración de la obra literaria sustentada en su capacidad para imitar la realidad y juzgarla de acuerdo a sus aspectos sociales, a otra según la cual la obra es un bien autónomo de orden estético.³³ Este desplazamiento en el orden de las ideas estéticas tuvo consecuencias parecidas en el ámbito de la construcción social de la imagen del escritor y la índole específica de su prestigio. Dicho con otras palabras, la autonomía reclamada para la naturaleza estética de la obra literaria es un hecho correspondiente al reclamo de un estatuto autónomo del escritor como clase.

Frente al peso de estas operaciones simbólicas, los capítulos tradicionales de la literatura mexicana perdieron presencia en el escenario de la cultura, aunque no desaparecieron del todo ni dejaron de intervenir en las negociaciones del patrimonio simbólico propio de las letras. Todavía en 1953, un representante distinguido de este sector, Antonio Castro Leal,

Libro-Mex, 1956; y del mismo autor (pról., cronología, sel., bibl.) El cuento mexicano del siglo XX, México, Empresas Editoriales, 1964. Por nuestra parte, hemos planteado el problema del lugar de la crítica de Carballo en el relato de la narrativa mexicana en "Juegos de la memoria. Narrativa mexicana: historia y antologías", en La lección del maestro, pp. 31-53.

³³ Dos críticos de esta generación, al pronunciarse en torno a la narrativa mexicana, rindieron un testimonio definitivo sobre el desplazamiento mencionado: J. Campos, "¿Realismo mágico o realismo crítico?", en Revista de la Universidad de México XV: 5, pp. 4-8; y J. García Ponce, "Las huellas de la voz", en Revista de la Universidad de México XXV: 5, suplemento en páginas centrales. Nos hemos ocupado de este tema en "La gracia pública de Juan Rulfo", en L. Martínez Carrizales, sel., nota y estudio introductorio, Juan Rulfo, los caminos de la fama pública, pp. 15-30. Por otra parte, el desplazamiento operado en esta posición crítica no viene sino a demostrar que la generación de Medio Siglo consumó un movimiento apuntado por los escritores de Contemporáneos, como ya lo habíamos consignado en nuestra discusión.

deparaba un lugar propio a la poesía religiosa en el panorama de la lírica mexicana contemporánea, y aun llegaba a sostener que esta provincia de la creación poética vivía un momento de renovación.³⁴ En el campo literario persistía un grupo de escritores y de intelectuales cuyo capital cultural se organizaba en torno a las propiedades tradicionales de la historia del país, cuya mejor formulación era la tradición poética: un canon sancionado sin desacuerdos fundamentales desde Bernardo de Balbuena, en lo que se refiere a un horizonte presidido por la lengua y la formación de una cultura nacional, o desde Manuel Gutiérrez Nájera, si preferimos el emplazamiento de la cuestión desde una perspectiva más restringida, determinada por el patrimonio preceptivo de los poetas contemporáneos de México.³⁵ En este

³⁴ A. Castro Leal, *op. cit.*, pp. 35-36.

³⁵ Con respecto de la formulación de una tradición lírica en México, consúltense las fuentes citadas en la nota 23. Sin embargo, el prestigio de este relato ya no despertaba un acuerdo unánime. Si bien todavía lograba conciliar a su alrededor el patrimonio cultural de corte tradicionalista de las letras mexicanas en la primera mitad del siglo XX, las nuevas orientaciones ya comenzaban a hacer mella en él. Es el caso de la abierta oposición de Octavio Paz a las formulaciones historiográficas sobre poesía de Antonio Castro Leal. Una oposición sustentada en la perspectiva que Paz había echado a andar con motivo de un prólogo y una antología de la poesía mexicana que se le había confiado por aquella época, y que llegaría a cobrar madurez plena en el ensayo introductorio a Poesía en movimiento. El nombre de Paz viene a cuento en esta discusión no sólo como un ejemplo de este estado de cosas, sino como el responsable de haber replanteado radicalmente el relato historiográfico de la lírica mexicana, con base en un patrimonio simbólico cercano al aducido por los escritores de Medio Siglo. La buena relación de Paz con esta generación se alimenta de esta coincidencia. O. Paz, "Poesía mexicana contemporánea", en México en la Cultura, 30 de mayo de 1954, pp. 1-4; A. Stanton advirtió y reseñó la actitud de Paz en sus notas a la edición A. Reyes/O. Paz, Correspondencia, pp. 209-210, 219 (respectivamente, nota 6 a OP/AR, Ginebra, 25 de julio de 1953 y nota 2 a AR/OP, México D. F., 31 de mayo de 1954).

capital cultural desempeñó un papel muy activo una zona de la cultura que solía manifestarse a través del respeto que algunos escritores profesaban por las obras, los autores y el universo de valores públicos que se desprenden de la cultura grecolatina.

Capítulo tercero

Una amistad en el contexto del clasicismo

Una tradición cívica

En cuanto a las discusiones orientadas a probar la coherencia y la vigencia de la civilización occidental en materia literaria, la cultura grecolatina cobró un estatuto ideológico al margen de su desempeño como instrumento descriptivo del patrimonio literario de Europa. Así, la cultura grecolatina ha sido postulada como una tradición, la tradición clásica, fuente de la pretendida unidad de Occidente, tema particularmente discutido en momentos dramáticos para el mundo occidental, como los años en que se gesta y se desarrolla la Segunda Guerra Mundial. Este periodo propiciará un fuerte alegato no sólo en Europa y los Estados Unidos a favor de la cultura grecolatina, sino también en México. Se trata de los años en que sale a la luz la revista Ábside, documento periódico que reproduce las tensiones propias del periodo.

Por lo tanto, la tradición clásica viene a ser un término fluctuante destinado a dar cuenta menos de un determinado repertorio de autores y obras circunscritos a un área cultural bien determinada (la antigüedad grecolatina), como de las proyecciones ideológicas y el patrimonio simbólico generados por la edición, la divulgación, la trasmisión y el comentario de dicho repertorio. Más que un canon, se trata de una política literaria que, de

acuerdo con diversas formaciones culturales, en diferentes periodos ha desempeñado un papel preponderante en la articulación de sistemas literarios específicos. Cualquiera que sea la competencia técnica de los eruditos y los críticos en la materia, el prestigio y la distinción que son propios a la tradición clásica, y que se ponen en juego en cada una de sus comparecencias, procede de una norma literaria que no se interesa exclusivamente en la vertiente estética de las obras; en cambio, repara con un gran interés en las cuestiones sociales, morales, políticas y religiosas de las cuales ha emergido lentamente, en el espíritu griego, la capacidad de observar y juzgar la poesía. Esta orientación, o como Reyes diría, esta "perspectiva de ánimo" es la que priva en el encomio de la tradición clásica, así como en su poderosa proyección recurrente sobre el mundo moderno y contemporáneo. En ésta se alimentan los tópicos de la permanencia del modelo clásico, su juventud perenne, su fortaleza y su salud sin tropiezos; en ésta, también, el potencial normativo y didáctico de su difusión.¹

Uno de los síntomas más notables de esta actitud radica en el señalamiento de que la invención de lo que la cultura de Occidente llama literatura tuvo lugar en el repertorio de la antigua Grecia. El ilustre C. M. Bowra, traducido para nosotros gracias a la devoción helénica de Alfonso Reyes, postuló abiertamente este punto. De acuerdo con su dicho, los autores

¹ Citamos el siguiente libro no por la competencia técnica de sus análisis, sino porque su organización y difusión responde casi exclusivamente a la perspectiva didáctica y normativa de la tradición clásica, cuanto más vigorosa por cuanto se dio en un escenario lleno de incertidumbres para el mundo político de Europa: R. Livingstone, ed., El legado de Grecia, 3a. cd., Madrid, Ediciones Pegaso, 1956. En cuanto a la "perspectiva de ánimo" alfonsina, consúltese J. García Terrés, "Del fundamental helenismo de Reyes", p. 416.

griegos inventaron el mecanismo significativo y emotivo de la literatura; los viejos fundamentos de ese mecanismo no han sido alterados por ninguna lengua sucesiva, por peculiar que sea su morfología, ni por ninguna cultura, por ambiciosa que haya sido su voluntad a la hora de definir el estatuto social del creador de un poema.

El estudioso de las literaturas modernas que se acerca a Grecia queda sorprendido de la misma facilidad con que logra acomodarse en su ambiente [...]. Aquellos escritores parecen haber tenido un sentimiento de la lengua y de sus empleos que todavía, en lo general, es el nuestro. La poesía griega opera sus efectos mediante el ritmo sostenido de las palabras, palabras escogidas por su fuerza imaginativa; y la prosa griega, mediante la facultad persuasiva y la claridad esenciales a la verdadera elocuencia.²

Ya se advierte que de acuerdo con esta clase de formulaciones la dilatadísima empresa exegetica propiciada por un corpus canónico más bien escaso no puede encontrar su identidad sino en una zona constituida luego de un proceso de abstracción, donde sucesivas y articuladas generalizaciones han salvado para el tiempo la unidad amenazada por la multitud de comentaristas, editores y creadores que se han atrevido con los textos clásicos. Es así como la tradición clásica viene a ser menos un catálogo de poetas, obras y temas, que la articulación de un sistema de representación del

² C. M. Bowra, Historia de la literatura griega, p. 9. Richard Livingston repite constantemente esta opinión en "Literatura", artículo que corrió bajo su cargo en El legado de Grecia, pp. 341-393.

mundo dotado de valores estéticos. Y todavía hay un punto más: no sólo es un sistema de representación, sino también un mecanismo social dotado de facultades valorativas más o menos constantes, cuya primera manifestación radica en la asignación de un espacio en el mundo de los valores sociales al sistema de representación y a los objetos que proceden de dicho sistema. ¿Cuál es ese espacio? ¿En qué radican los atributos con los que se ha investido este sistema de representación? La cuestión es ardua. Gilbert Highet ha escrito un libro voluminoso para hacer frente a este problema.³ Para los efectos de nuestra discusión, digamos que la tradición clásica ha colocado a los objetos de la representación literaria de la realidad en el centro del espacio público; se ha pronunciado por colocarlos del lado del patrimonio que corresponde a todos, sin reservarlos a unos cuantos iniciados ni proclamar derechos de exclusión. Todavía hace unos cuantos años, algunos distinguidos partidarios del estudio de la tradición clásica, como Highet o Werner Jaeger, juzgaban que su trabajo erudito revestía obligaciones y consecuencias sociales irrenunciables, consustanciales a su materia de trabajo.⁴ De este modo, los miembros del partido de la tradición

³ G. Highet, La tradición clásica, 2 tomos, México, FCE, 1954; también, como síntoma de esta clase de actitudes, consúltese R. R. Bolgar, ed., Classical Influences on European Culture, particularmente el comentario general del editor, pp. 1-25.

⁴ “El único modo como podemos justificar este poder [el que corresponde a la riqueza y el progreso materiales], la única manera de emplearlo para nuestra perdurable utilidad y de contribuir con algo permanente al progreso de la raza humana, es comprender y difundir un sistema de nobles ideales espirituales. Algunos de estos ideales los estamos elaborando nosotros mismos. Muchos otros los derivamos del cristianismo. Y muchos -- en el arte, en la filosofía, en la literatura-- los hemos recibido de la civilización grecorromana, como legado inapreciable. El verdadero deber del hombre no es extender su poder ni multiplicar sus bienes más allá de sus necesidades, sino enriquecer y gozar su

clásica confieren a la obra literaria atributos éticos y educativos que comprometen, por una parte, el legado preceptivo de su ejecución y, por otra, las implicaciones normativas de su estudio y difusión. Examinemos estas cuestiones en el campo social que nos atañe de acuerdo con nuestros intereses.

El recurso ideológico de la tradición

En el periodo que compete a este estudio, la tradición grecolatina fue reclamada vigorosamente en México por un grupo de escritores católicos que se habían negado a reducir el patrimonio cultural y literario de su fe al claustro confesional. Con un temperamento público acreditado constantemente y con una capacidad notable de diálogo en un entorno laico y escéptico, este grupo recuperó y agitó la bandera de la tradición clásica y destacó su proyección, mediante la evolución lingüística y cultural de los

única posesión imperecedera: su alma." *Ibid.*, t. II, p. 369; también consúltese la satisfacción que produce en Jaeger "these signs of a new humanistic activity in this hemisphere outside the United States", en "Carta de Werner Jaeger a Alfonso Reyes", en A. Rangel Guerra, compilador, *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. I, 2a. parte, pp. 513-516; por su parte, el profesor R. R. Bolgar escribe: "Our interest [en las influencias clásicas sobre la cultura europea] is not -and should appear to be- an arbitrary enthusiasm. The truth is that the Greco-Roman past fascinates us because it has shaped our culture and therefore our lives; and a rational desire to know the manner of that shaping is what finally justifies our work." Bolgar, *op. cit.*, p. 10.

pueblos de la Romania occidental, hacia la lengua española practicada en la península ibérica, legada al pasado colonial de nuestro país, donde convivió con lenguas y culturas indígenas y donde permanece viva hasta el presente. Éste es uno de los numerosos pasajes en que Gabriel Méndez Plancarte aborda el tema:

Yo pienso que todo el que sepa ver bajo la corteza y tomarle el pulso a México, advertirá en sus venas el latido profundo de la sangre espiritual de la Hélade y de Roma. No me cansaré de repetir que el árbol de nuestra cultura cuatro veces secular tiene dos raíces vitales: la indígena y la hispana, y que --a través de la hispana-- sube hasta nosotros la savia siempre joven de la inmortal cultura grecolatina.⁵

De modo que romana, cristiana, española, nacional e indígena, la tradición clásica se convirtió para este grupo en el mejor instrumento de sus ideales civilizadores y humanistas. Por otra parte, esta conducta tenía un sustento histórico bien acreditado en el país: el humanismo clásico que organizó una buena parte del patrimonio literario del pasado colonial de México, y que sobrevivió en el siglo XIX modelando sistemas educativos, patrones expresivos de varia índole, hábitos de lectura, mecanismos de prestigio y distinción culturales. Por ello mismo, según testimonios como el párrafo citado, los animadores de Ábside también se sirvieron de esta herencia como un recurso ideológico que les permitía participar en una de las discusiones más importantes en la definición del patrimonio simbólico de las

⁵ G. Méndez Plancarte, "En torno a El deslinde", p. 19.

letras mexicanas desde varios años atrás: el nacionalismo. No sólo eso: un tema que dominó por mucho tiempo el capital cultural específico del campo literario mexicano, al funcionar como un principio organizador de otros bienes culturales cercanos al hecho literario, como los hábitos narrativos, las normas de prestigio de los escritores, los sistemas de ideas estéticas a cuyo imperio se sujetan diversas prácticas de escritura, etcétera.⁶ En la mesa puesta por la Revolución mexicana, los editores de la revista Ábside reclamaban su derecho a ocupar una silla; al cultivar la tradición clásica tal y como ellos la entendían, reivindicaban sus convicciones nacionales. De ello puede dar cuenta su programa editorial.⁷

⁶ Consúltese a este respecto la obra de Guillermo Sheridan, México en 1932: la polémica nacionalista, pp. 22-107; además de nuestra reseña a esta obra, escrita desde una perspectiva pertinente para este alegato: L. Martínez Carrizales, "La literatura mexicana en 1932: la modernidad discutida", pp. 48-52.

⁷ En el primer número de la revista, Gabriel Méndez Plancarte explicó así la índole de su iniciativa editorial: "Conozcámonos. Amemos lo nuestro. Hagamos valer nuestros valores. Suscitémoslos y corrobóremoslos, afirmando nuestra auténtica personalidad. Siempre haciendo nuestro lo universal, para hacer universal lo nuestro: doble y magna función de la Cultura". [G. Méndez Plancarte], Ábside núm 1, p. 5. Ocho años más tarde, escribiría en un balance de la labor realizada por la revista lo que sigue: "Ábside, fiel al subtítulo que desde su primer número enarbó como bandera: 'revista de cultura mexicana', ha consagrado particular atención al estudio y difusión de nuestros valores culturales antiguos y modernos. Lo mejor de nuestro esfuerzo tenaz ha sido dedicado a difundir el conocimiento y el amor de nuestra cultura cuatro veces secular, con viva conciencia de la continuidad fecunda de nuestra tradición hispano-indígena y de las esencias perennes de nuestra nacionalidad". G. Méndez Plancarte, "Ocho años de Ábside", en Ábside VIII: 4, p. 347. Así, es comprensible que al lado del interés erudito por Horacio o Virgilio, la revista cultivase el examen de las manifestaciones de la cultura novohispana, la poesía romántica y la modernista.

Al mismo tiempo, la literatura grecolatina justificaba una preocupación nacionalista que ni quería ni podía renunciar a la perspectiva universalista implícita en las empresas intelectuales desarrolladas al amparo de Atenas y Roma. Gracias a esta postura, el grupo de Ábside no se identifica con posiciones nacionalistas más conservadoras, sumándose --a su modo-- a una discusión que pronto caracterizaría el periodo: nos referimos al “cosmopolitismo”. Cabe hacer una aclaración al respecto. Si para los jóvenes de Medio Siglo el orbe estaba organizado por Nueva York, París y Londres, los escritores a los cuales nos referimos en este pasaje proclaman un mundo regido por Atenas y Roma. Éste es el marco dentro del cual se explica el capítulo más socorrido de su tradicionalismo clásico: el lirismo de corte horaciano. No sólo se trata del encomio de una figura más de la antigüedad, sino de la definición de un sistema literario según el cual la poesía mexicana guarda con respecto del Horacio lírico una relación genealógica e hipertextual. Con esto, queremos decir, siguiendo las orientaciones del investigador Gustavo Guerrero, que en el discurso de los promotores de Ábside no se consignan meros parecidos entre las odas de Horacio y los poetas mexicanos, sino una descendencia articulada sistemáticamente tanto en cuestiones formales como históricas y críticas. En rigor, los hermanos Méndez Plancarte pretendían postular una norma de creación verbal y una reorganización de los géneros de la literatura de acuerdo con el prestigio secular de Horacio lírico: un Horacio preceptivo, interferido por la Poética de Aristóteles y construido durante los capítulos de la historia literaria de Occidente en los cuales el canon clásico fue un recurso de autoridad para la articulación de sistemas literarios modernos.⁸

⁸ Consúltese G. Guerrero, Teorías de la lírica, pp. 42-51 y 61-79.

Este grupo, organizado en torno de Gabriel Méndez Plancarte, fundó en 1937 la revista Ábside, el órgano más destacado de su gestión pública.⁹ Desde la primera hora de su vida, Ábside acreditó su vocación militante. La revista nació pocos años antes de que concluyera el tormentoso decenio de los combates ideológicos llevados al terreno de guerras que no sólo cambiarían la historia de pueblos enteros, sino de continentes. Durante el cardenismo y la guerra en Europa, Ábside fue un interlocutor activo del comunismo y del fascismo, amparada en las banderas del humanismo católico, la doctrina social de la Iglesia y la democracia. La guerra sembró en los escritores de América una profunda inquietud con respecto de una civilización en entredicho. Estas dudas proyectaron la presencia del continente como una esperanza; o de acuerdo con las postulaciones de Alfonso Reyes: la continuación del proyecto cultural de Occidente.¹⁰ De allí el alza de los bonos públicos de cierto “americanismo” como el practicado

⁹ La revista Ábside fue fundada por Gabriel Méndez Plancarte en enero de 1937, fecha que corresponde a la de su primera entrega, todavía mensual, pues terminaría por normalizarse a poco como una revista trimestral. Luego de la muerte de Gabriel, ocurrida el 16 de diciembre de 1949, su hermano Alfonso tomó la dirección de la empresa. El nombre de éste apareció por vez primera en la revista como director en el número correspondiente a enero-junio de 1950 (XIV: 1-2). Alfonso Junco sustituiría a Alfonso Méndez Plancarte por las mismas razones; el nombre de aquél figuró en el directorio como titular en la entrega de los meses abril-junio de 1955 (XIX: 2), pues éste había muerto el 8 de febrero de 1955. Rubén Marín y Eduardo Enrique Ríos también dirigieron esta revista, cuya vida se alargó hasta 1978.

¹⁰ Tal es la perspectiva de sus escritos americanos reunidos en Última Tule, OCAR, t. XI, pp. 9-153.

por Cuadernos Americanos.¹¹ Es claro que Ábside participó de este ambiente, pero resolvió la cuestión de un modo particular: lo que peligraba no sólo era la razón y la democracia occidentales, sino el Cristianismo y su obra civilizadora difundida por Grecia y Roma. En correspondencia con esta conducta política, los editores de la revista practicaron con disciplina y constancia sus conocimientos filológicos en vastas zonas del pasado literario de México, y adoptaron una actitud militante en favor de la divulgación de la tradición grecolatina como parte sustancial de una cultura de resistencia ante un espectáculo generalizado de violencia política y militar.

Ésta es la posición social desde la cual los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte entraron en contacto y estrecharon lazos de amistad con Alfonso Reyes y Enrique González Martínez. A nuestro juicio, los gestos más representativos de esta relación comportan el capital cultural

¹¹ En cuanto al “americanismo” practicado por Cuadernos Americanos, conviene ceder la palabra al director y fundador de la revista, Jesús Silva Herzog, con el propósito de definir el cuadro fundamental de las ideas y las actitudes sociales que la caracterizaron. Así describió sus propósitos: “primero, ante la situación que preveía en aquellos momentos de guerra en Europa, tratar de recoger acá la herencia cultural europea, por supuesto sin menoscabo de nuestros propios rumbos y nuestras propias ideas acerca de problemas sustantivos.

“En segundo lugar, tuvo como mira la defensa de los intereses que en 1942 defendían las democracias. ¿Qué intereses defendían las democracias: Estados Unidos, Inglaterra y aun la Unión Soviética que estuvo alineada en la lucha? Según entendimos aquí, defendían la libertad del hombre, la dignidad del hombre, la decencia en la vida del hombre, la eliminación del temor, el mejoramiento de la vida humana. Cuadernos Americanos salió a la luz pública movido por esos propósitos.

“Y en tercer lugar, el procurar un diálogo entre todos los países latinoamericanos. En otros términos, dar a conocer a los países latinoamericanos sus problemas y sus hombres de gran estatura intelectual [...]”. J. W. Wilkie y E. Monzon de W., México visto en el siglo XX [entrevista a J. Silva Herzog], pp. 700-701.

al que hemos aludido en los pasajes precedentes; en este marco de sentido cobran su significación más plena para el intérprete. Es claro que entre esta multitud de gestos, consideramos que el correspondiente a la edición del epistolario EGM/AR por Ábside es el más notable.

Reyes en el partido de los católicos

Alfonso Reyes recibió puntualmente en su sede diplomática de Buenos Aires los primeros ejemplares de Ábside, pues Gabriel Méndez Plancarte tuvo buen cuidado de mantenerlo al tanto de este esfuerzo editorial. Reyes respondió con la cortesía que lo caracterizaba en estos casos mediante el despacho de “generosas palabras de aliento”. Inmediatamente, Méndez Plancarte hizo acompañar sus envíos de una invitación redactada en términos tan francos que no dejaría a Reyes lugar para una respuesta evasiva ni dudas al respecto de los propósitos de la recién nacida revista. Copiamos un fragmento de la invitación con el fin de destacar los valores que el propio Méndez Plancarte atribuía a su iniciativa editorial.

[...] dada la simpatía con que ha visto Ud. la obra cultural que hemos emprendido, me atrevo a pedirle que nos honre con su colaboración. Queremos hacer de Ábside un centro y un hogar de cultura mexicana, en torno del cual podamos reunirnos todos aquellos que --a despecho de las sombras-- creemos en “el alba de oro” y amamos nuestros valores esenciales: Cristianismo e Hispanidad. Y en ese hogar no puede faltar, no debe faltar Alfonso Reyes. Sería para nosotros un gusto y un honor poder

publicar --siquiera una o dos veces al año-- colaboración inédita de Ud., adecuada a la índole de la revista.¹²

Las aspiraciones de Gabriel Méndez Plancarte apenas si serían tomadas en cuenta. Agradecido, Reyes prometió vagamente hacer efectiva su respuesta a la invitación de marras en cuanto le fuera posible, “pues vivo por ahora agobiado de trabajo”.¹³ Y Ábside se quedaría esperando las colaboraciones de Reyes. No obstante, los editores de la revista no escatimarían respeto y consideración por la obra del polígrafo cada vez que la oportunidad se presentara: el caudal de los escritos de Reyes se reflejará puntualmente en las páginas de la revista gracias a reseñas y noticias bibliográficas.¹⁴ En tanto, la correspondencia personal no se interrumpiría.

¹² Capilla Alfonsina. Expediente Gabriel Méndez Plancarte. Correspondencia. GMP/AR, México D. F., 28 de abril de 1937.

¹³ AR/GMP, [1937].

¹⁴ Sólo en lo que respecta a los años en que Reyes todavía no colaboraba constantemente en la revista, tenemos estas noticias: Octaviano Valdés, reseña a A. Reyes, Visperas de España, Buenos Aires, Editorial Sur, 1937, en Ábside II: 1, pp. 59-60; A. Godoy y A. Reyes, “Un poema de Alfonso Reyes --traducido al francés--”, en Ábside IV: 2, pp. 46-49. Sobre esta noticia, conviene saber que Reyes se dirigió a Alfonso Méndez Plancarte el 17 de agosto de 1939 para hacerle esta petición: “el poeta cubano francés Armando Godoy [...] me ha mandado el artículo que acompaño, pidiéndome que, traducido al español, se publique en México. Si a Vd., y a su hermano les parece bien, podrían darle acogida en Ábside. Sin compromiso, naturalmente”. AR/AMP, México D. F., 17 de agosto de 1939. En efecto, el artículo --traducido por Alfonso Méndez Plancarte-- fue publicado en el número correspondiente a octubre: A. Godoy, “Un gran poeta cristiano: Milosz”, en Ábside III: 10, pp. 34-38.

El año en que Ábside salió a la circulación pública, el director de la revista, Gabriel Méndez Plancarte, dio a conocer su libro Horacio en México.¹⁵ Esta obra es un repaso de los poetas que en nuestro país han tenido la voluntad de practicar la oda a la manera del vate de Venusia, en obediencia de su célebre doctrina literaria, sus metros y sus tópicos. Una obra que desde la primera página se confiesa como prolongación de la que Marcelino Menéndez Pelayo consagrara a la misma materia, Horacio en España, y que abrigaba el claro propósito de probar la “persistencia vital de la tradición horaciana en nuestras letras”; una persistencia que sólo puede explicarse gracias al vigor del modelo y la salud que irradia desde su tiempo hasta el presente.¹⁶ El elogio que el esfuerzo de Méndez Plancarte comporta tienen un carácter militante: su estudio es un panegírico de la cultura latina y la proclamación de una doctrina literaria atendida a modelos estables que se corresponde con su labor periodística en Ábside.¹⁷

¹⁵ G. M. Plancarte, Horacio en México, México, Ediciones de la Universidad Nacional, 1937.

¹⁶ M. Menéndez Pelayo, Horacio en España. Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, 2a. ed. refundida. t. I. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1885.

¹⁷ En efecto, desde su aparición, la revista Ábside destacó el bimilenario de Horacio con argumentos del tipo de los que hemos hecho mención: la ejemplaridad de Horacio, la juventud de su obra, la naturalidad, la sencillez y la sabiduría técnica. Uno de los trabajos más interesantes en este sentido es el escrito por Octaviano Valdés, que hizo énfasis en la elegancia estilística del lírico latino, conseguida por el conocimiento de los modelos y el respeto a las normas de escritura que promulgan dichos modelos. Consúltese el libro de Valdés, El prisma de Horacio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937, una de cuyas partes fue reproducida en Ábside núm. 1, pp. 15-22, bajo el título “La idea de la muerte en Horacio”; también el artículo de Alfonso Méndez Plancarte, “El prisma de Horacio, de Octaviano Valdés”, en Ábside I: 11, pp. 11-20.

Amor a Horacio y amor a México impulsáronme a emprender esta obra. Y si ella logra hacer entrever a un solo espíritu el lejano esplendor de la clásica y eterna Belleza; si consigo llevar a alguien mi convicción íntima de que Horacio es una de las más hondas y fecundas raíces de nuestra tradición literaria y de que nuestra alma nacional no es hija del feroz Huichilobos sino de la inmortal cultura greco-latina, depurada y ennoblecida por el Cristianismo, vigorizada y transfundida a nosotros por la España materna, daré por bien empleados mis esfuerzos [...].¹⁸

Reyes debió recibir oportunamente este libro y leer en primer lugar el capítulo que le estaba consagrado. Lo cerraría y redactaría la nota de agradecimiento y felicitación al respecto que fechó el 28 de septiembre. Luego de la expresión de buenos deseos y gestos de cortesía, Reyes llegó al meollo del asunto: el estudioso sólo había tomado en cuenta sus primeros versos “con detrimento de mi obra poética posterior”.¹⁹ De otro modo no podía concebirse cómo era posible que el crítico que había señalado a Reyes como “la síntesis armoniosa de la aparente antítesis vital: clasicismo auténtico y ávido modernismo, originalidad potente y fervoroso acatamiento a los eternos valores”,²⁰ en virtud del examen de Cuestiones estéticas (1911) y Huellas (1922), pudiera haber hecho los reproches tan rigurosos que hizo al escritor maduro. En la estampa crítica de Méndez Plancarte, Reyes aparecía

¹⁸ G. Méndez Plancarte, op. cit., pp. XVIII.

¹⁹ AR/GMP, Buenos Aires, Argentina, 28 de septiembre de 1937.

²⁰ Ibid., p. 259.

como un millonario que ha derrochado sus caudales, autor de una obra grande pero fragmentaria, demasiado inquieta y móvil, poco dispuesta a la perdurabilidad. Pocos como Reyes tan señalados por las apariciones de la Venus Urania y, por eso mismo, pocos con una deuda tan grande, no sólo en lo poético, sino también en la filología y en la crítica, pues hasta estos dominios llegó la inquisición del severo Méndez Plancarte.²¹

El mensaje de Alfonso Reyes no sólo radicaba en una firme protesta en contra del olvido en que Méndez Plancarte parecía tener a Ifigenia cruel (1924) y Romances del Río de enero (1933), que cita expresamente, sino en un reclamo de la condición clásica que el estudioso le escatimaba y que él consideraba, ni más ni menos, la médula de su propia conciencia literaria, la razón más profunda de su drama como poeta. En seguida, citamos extensamente uno de los testimonios más claros sobre la matriz clásica en la que Reyes terminaría por contener su obra. En el reconocimiento de esta condición, se cifraría el acercamiento entre el polígrafo y los sacerdotes filólogos.

[...] cuando yo aparecí con mis primeros versos en la literatura mexicana, realmente tuve una sensación de triunfo inmediato. Como los poetas de aquel tiempo, entre los cuales yo era el 'benjamín', se habían desentendido del todo de las letras clásicas, mi poesía tenía algo de grande sorpresa. Cuando me decidí, años después, a reunir en Huellas todos esos poemas, mi libro tuvo nada más que un succès d'estime, como dicen los franceses. Sentí el frío y, aunque yo lo presentía porque mis versos no iban con la moda, esa impresión no dejó de afectarme. Yo creo sinceramente que me desarmó un poco. He

²¹ Ibid., p. 267.

necesitado hacer cuentas muy claras con mi conciencia para resolverme después, a sabiendas de que casi a nadie le iba a gustar, a escribir y publicar mi Ifigenia. Creo haberme curado de este traumatismo. Pero a un análisis perspicaz e inspirado como el suyo, no ha escapado este fenómeno, según veo.²²

Gabriel Méndez Plancarte acusó recibo de la carta y asimiló el mensaje; se disculpó donde cabía hacerlo y obsequió a Reyes la satisfacción que éste parecía exigir sobre un asunto tan delicado para ambos, aunque en un modo particular y propio para cada uno de los corresponsales:

[...] le confieso que no tuve presente (aunque lo había leído hacía tiempo) su bellissimo Discurso por Virgilio, que hace pocos días volví a leer, encontrando en él magníficos párrafos que debería yo haber citado para corroborar las hondas raíces humanísticas de la cultura mexicana y de la obra entera de Ud.²³

Luego de este incidente, Gabriel Méndez Plancarte insistiría en una carta de fines de 1940 en pedir a Reyes su contribución para Ábside. “¿No tendremos alguna vez la honra de publicar algo suyo en Ábside?”²⁴ Una semana después, Reyes recuperó esta insinuación con un énfasis no empleado hasta el momento en ocasiones similares.

²² AR/GMP, Buenos Aires, Argentina, 28 de septiembre de 1937.

²³ GMP/AR, México D. F., 30 de noviembre de 1937.

²⁴ GMP/AR, México D. F., 28 de octubre de 1940.

Recojo con todo placer la invitación de su atenta del 28 de octubre último, y en cuanto tenga algún papel de cierto carácter humanístico que ofrecer a ustedes, me será muy grato solicitar la hospitalidad de Ábside.²⁵

A partir de esta respuesta, entre ambos escritores se multiplicaron los intercambios de una cortesía literaria llena de referencias claras y precisas a obras y autores que ocupan sus empeños respectivos. Las cartas y las notas allanan poco a poco el camino del entendimiento con una serie de referencias que articulan el territorio compartido de su trato, circunscrito a las fronteras del humanismo, la tradición literaria de México y la cultura católica.²⁶ Algo parecido ocurriría con Alfonso Méndez Plancarte, con quien Reyes entablaría una comunicación en torno de la métrica hispano-latinizante, tema que estudiaba el primero, y que no era ajeno a la obra poética del segundo.²⁷

²⁵ AR/GMP, México D. F., 4 de noviembre de 1940.

²⁶ Alfonso Reyes agradece a Gabriel Méndez Plancarte el envío de la antología de Joaquín Arcadio Pagaza que este último había preparado, AR/GMP, México D. F., 23 de octubre de 1940; Reyes conmina a Méndez Plancarte a intercambiar su revista con el filósofo católico brasileño Tristan de Athayde, AR/GMP, México D. F., 24 de julio de 1941; Méndez Plancarte acusa recibo de Pasado inmediato y promete una reseña al respecto, además de enviar un ejemplar de Humanistas del siglo XVIII editado por la Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM, GMP/AR, México D. F., 1 de diciembre de 1941; Reyes agradece el envío de Salmos y lamenta no haber correspondido a tal obsequio, “pero la imprenta tarda”, AR/GMP, México D. F., 10 de noviembre de 1942.

²⁷ Capilla Alfonsina. Expediente Alfonso Méndez Plancarte. Correspondencia. AR/AMP, México D. F., 23 de agosto de 1940; AMP/AR, México D. F., 26 de agosto de 1940;

Sin embargo del diálogo que va configurando una habitación común para estos comensales, Reyes se haría un poco más del rogar y escatimaría al partido de los católicos su franca y pública contribución hasta el año de 1944, cuando envía a la revista un comentario sobre Ángel Zárraga; la nota debía servir de pórtico a la publicación de una serie de poemas del pintor. Gabriel Méndez Plancarte no perderá la oportunidad para subrayar este hecho ante sus lectores: “Ábside se honra en acoger estas hermosas páginas que nuestro máximo escritor Don Alfonso Reyes tuvo la gentileza de enviarnos y que acaban de aparecer como prólogo a los 'Poemas' de Zárraga editados 'bajo el signo de Ábside'”.²⁸ Al margen de la contribución sobre el pintor Ángel Zárraga, la relación de Reyes con los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte se normalizaría definitivamente gracias a la publicación, ese mismo año, de El deslinde, tratado de teoría literaria que Reyes redactaría cerca de la autoridad de Aristóteles sobre la materia. Alfonso Méndez Plancarte sería el primero en pronunciarse al respecto mediante su desacuerdo con el tratado en puntos que lastimarian la sensibilidad de Reyes; el primero de todos ellos, el carácter técnico de la escritura de la obra. Gabriel suavizaría las cosas poco más tarde al grado de publicar una nota que buscaba resarcir la sensibilidad de Reyes por doble partida: por un lado, con relación a las objeciones de su hermano menor, Alfonso; por otro, con relación a la crítica severa que el propio Gabriel le había dirigido a Reyes en su estudio Horacio en México. Si en 1937 Reyes parecía estar muy por debajo de la deuda que había contraído con la

también A. Méndez Plancarte, estudio, versión rítmica y notas, XL odas de Horacio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.

²⁸ A. Reyes, “Ángel Zárraga”, Ábside VIII: 2, p. 154-156.

tradición clásica en virtud de su talento, en 1944 había pagado la deuda con creces gracias a su trabajo aristotélico. En cualquier caso, esta satisfacción obsequiada a Reyes lo colocaba en el centro del patrimonio cultural reclamado por el partido de los Méndez Plancarte. Un ejemplo de esta postura, por demás elocuente: según Méndez Plancarte, gracias a El deslinde puede afirmarse que no hay desde los tiempos de Marcelino Menéndez Pelayo “monumento de crítica e investigación” comparable al de Alfonso Reyes. Ni más ni menos.²⁹

Una amistad horaciana

El trato de Enrique González Martínez con la revista Ábside sigue un curso muy diferente. El poeta estuvo al tanto de la gestación del proyecto editorial en la intimidad misma de los hermanos Méndez Plancarte y los amigos más allegados a la empresa, y lo distinguió con su simpatía y sus mejores deseos. Por lo menos desde noviembre de 1936, los animadores de Ábside le pidieron su contribución. Él respondió inmediatamente con su anuencia, gracias a lo cual, a diferencia de Reyes, el nombre de González Martínez apareció publicado en la lista de colaboradores que la revista imprimió en su primera entrega.³⁰

²⁹ G. Méndez Plancarte, “En torno a El deslinde”, pp. 11-12; también AR/AMP, México D. F., [1944]; AMP/AR, México D. F., 27 de noviembre de 1944; AR/GMP, México D. F., 3 de abril de 1945; GMP/AR, México D. F., 13 de abril de 1945.

³⁰ [A. Méndez Plancarte, ed.,] “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 2, p. 139 (EGM/GMP, México D. F., 3 de diciembre de 1936).

En el número correspondiente al mes de abril de 1937, Gabriel Méndez Plancarte incluyó “Seis poemas inéditos” de González Martínez, como un adelanto del libro Ausencia y canto, próximo a ser editado.³¹ Poco más de un año después, la revista publicó “El diluvio de fuego”, un poema extenso que Méndez Plancarte reprodujo en un sobretiro “Bajo el signo de Ábside”, la colección editorial de la revista cuyo catálogo lo consignó inmediatamente como agotado.³² La correspondencia sostenida entre el director de la revista y el poeta prueba una estimación que rebasa la mera cortesía, y contribuye a hacernos comprender las implicaciones del vivo encomio con el que Méndez Plancarte distinguía la obra de González Martínez en las páginas de su revista. A cambio, el poeta rindió testimonio de la solidaridad que lo vinculaba con una zona del patrimonio cultural de las empresas del sacerdote. Llegado el momento, compareció postalmente ante el Horacio en México; elogió sin reservas este estudio y añadió que era digna de celebración la naturalidad con la que el autor se movía en un terreno conocido, aunque “ya olvidado de tantos que tuvimos la buena suerte de recorrerlo en años juveniles y que no podemos soñar en un imposible retorno. A pesar de este olvido, el trato con los viejos poetas de Roma deja para siempre una noble frescura en el corazón”.³³

³¹ Ábside núm 4, pp. 15-22.

³² E. González Martínez, “El diluvio de fuego --esbozo de un poema--”, en Ábside II: 9, pp. 3-27.

³³ [A. Méndez Plancarte, ed.,] art. cit., pp. 142-143 (EGM/GMP, México D. F., 30 de agosto de 1937).

Gabriel Méndez Plancarte parecería responder a este gesto con un comentario sobre Ausencia y canto en el que se advierte la simpatía ya mencionada. De acuerdo con estas palabras, no cabía la menor duda de que en la poesía de González Martínez la lección de los viejos poetas de Roma seguía rindiendo frutos. Copiamos el pasaje con el propósito de que el lector advierta la nota de amistad a la cual nos hemos referido, además del carácter propagandístico con el que Méndez Plancarte difundía estos poemas y subrayaba los valores que le eran más preciados:

No hallaremos aquí versitos deshilachados y sibilinos como los que hoy se estilan; no encontraremos “poesía pura”, libre de todo “lastre” intelectual y afectivo, como la que propugnan los “deshumanizadores” del arte. González Martínez no vende su primogenitura por las lentejuelas de la notoriedad [...] ni por las lentejuelas rutilantes de la “última moda”. Fiel a sí mismo y a su arte, nos da lo que nos ofrece: poesía.³⁴

Cuando llega el turno de llamar la atención de los lectores sobre “El diluvio de fuego”, Méndez Plancarte vuelve a tejer su encomio con el hilo de la tradición clásica, y agrega a su ponderación una nota cristiana que en lo sucesivo acompañará su lectura de González Martínez. De este modo, las virtudes reflexivas y la tendencia introspectiva, concentrada y meditabunda, ya reconocidas por la comunidad literaria de México en el poeta como

³⁴ G. Méndez Plancarte, reseña a E. González Martínez, Ausencia y canto, México, Taller Poético, 1937, en Ábside núm. 10, octubre de 1937, p. 61.

responsables de su evolución artística fuera del cauce del modernismo, en boca de Méndez Plancarte pasaban a ser un atributo de índole cristiana.

[...] bajo la acendrada concisión y la helénica euritmia, palpita un vasto anhelo mesiánico de purificación, que abre insospechados horizontes y da a la poesía de González Martínez un hondo temblor y un presentimiento de aurora cristiana.³⁵

Entre la amistad sincera de estos escritores, sellada por acontecimientos dolorosos,³⁶ y la atribución de un horizonte cristiano a la poesía clásica de González Martínez, quedaría contenida la lectura que Méndez Plancarte hizo del poeta y difundió. Unos límites estrictos que, en el terreno del trato personal y en el de la crítica literaria, reproducen los elementos fundamentales del proyecto que animaba Ábside: el vigor de la tradición clásica enriquecida por el espectro cultural del cristianismo, plenamente avcindado y actuante en la literatura contemporánea de México. A la muerte de Gabriel, su hermano Alfonso destacaría en la revista este modo de leer y lo haría suyo.

³⁵ [G. Méndez Plancarte, presentación a] E. González Martínez, art. cit., p. 4.

³⁶ Nos referimos a la muerte del poeta Enrique González Rojo, hijo de González Martínez, acaecida en septiembre de 1939. Con el propósito de hacer frente a la prolongada enfermedad del joven escritor, Enrique González Martínez pediría a Gabriel Méndez Plancarte que le liquidase el importe que le correspondía por los ejemplares del sobretiro El diluvio de fuego distribuidos en librerías. Alfonso Méndez Plancarte relataría que el mismo día de la petición Gabriel hizo la liquidación y le prestó “toda la ayuda que sus modestos medios le permitieron, tal como Don Enrique hubo de recordarlo con lágrimas ante el féretro de Gabriel”. [A. Méndez Plancarte], art. cit., p. 145.

Con estos recursos a su favor, Alfonso Méndez Plancarte logró articular en torno de su revista una pequeña comunidad de escritores devotos de Enrique González Martínez, y ganó para sí el favor documental de Reyes al respecto. El patrimonio cultural que nutre la estela epistolar conformada sobre la tumba de González Martínez descansa fundamentalmente en los valores de la tradición lírica de México que el poeta honrado parecía encarnar de acuerdo con los encomios fúnebres; valores comprometidos con la tradición clásica, claramente horaciana, en lo que se refiere a su vertiente preceptiva. A este predio de bienes culturales se remiten las palabras y los gestos públicos desencadenados por el deceso; también en esta zona la comunidad de escritores convocada encuentra su identidad y fija la convergencia de sus intereses públicos.

Por otra parte, estos hechos no sólo competen al texto del epistolario. En estos documentos reunidos por Ábside luego de la muerte de González Martínez se duplican unos funerales en cuya consideración cabe destacar ciertos gestos y actitudes del gobierno y del Estado mexicanos, pero también de instituciones públicas de cultura que, si bien perderán un poco de terreno y de prestigio en el campo literario replanteado por la irrupción de la Generación de Medio Siglo, en la época todavía conservan parte de su autoridad tradicional.

En conclusión, los funerales del doctor Enrique González Martínez, las reacciones periodísticas y literarias a ese acontecimiento, y la publicación que hizo Ábside de los diversos documentos epistolares referidos directamente al poeta, forman parte de una misma serie de gestos y actitudes sociales cuya significación debe tenerse en cuenta si se quiere comprender el marco de sentido en el que opera un documento como el epistolario EGM/AR.

El lector encontrará en este estudio una relación circunstanciada de los hechos que caracterizaron las exequias de González Martínez, las reacciones verificadas en diversos ámbitos sociales y la cadena de los actos que lleva a la publicación en Ábside de las cartas en poder de Reyes. Pedimos al lector que no vea en esta narración otra cosa que el ánimo de explicar el modo en que este epistolario terminaría por situarse en una zona determinada del campo literario de México. Hemos preferido una descripción detallada del proceso antes que una generalización audaz. Por otro lado, confiamos en que el escrúpulo narrativo que asumimos también obrará en favor de la demostración de una de las convicciones con que hemos procedido en este trabajo: cualquier práctica de lectura y de escritura sólo es cabalmente comprendida a la luz del sistema de la vida social que ha engendrado tal modo de leer y de escribir. Así, el epistolario EGM/AR gira en la órbita de un sistema social que ha modelado y modulado las instancias diversas de lo literario de acuerdo con instrumentos y recursos cuya explicación buscamos describiendo los acontecimientos desatados por la muerte de Enrique González Martínez.

Parte tercera

El movimiento de los agentes en el escenario social

.

Capítulo cuarto

La construcción social del epistolario

La administración de los archivos personales

El poeta Enrique González Martínez murió en su domicilio de la Colonia del Valle el 19 de febrero de 1952. Inmediatamente, el medio cultural se congregó en torno a la familia del poeta, mientras el Estado y el gobierno de la República se preparaban para rendir homenaje al escritor y la prensa se apresuraba a dar cuenta de las reacciones públicas que el fallecimiento había suscitado en diversos sectores de la sociedad. Se trata de una manifestación colectiva de tal envergadura que no puede explicarse sólo como efecto de la cortesía ni como reflejo del dolor o de la piedad. Merece una descripción detallada en beneficio del entendimiento cabal de su significación más profunda. Las proporciones de este duelo comportan un sentido que interviene, ya no digamos en los acontecimientos a los cuales nos referiremos inmediatamente, sino en la constitución propia del texto que nos atañe, el epistolario EGM/AR. No se trata de una intervención anecdótica, sino de una intervención, digamos, significativa, que ha prestado su concurso en la formulación del epistolario --lo mismo en su constitución material que en los mecanismos de su producción de sentido.

Entre las reacciones suscitadas por la muerte de González Martínez, nos interesa particularmente la convocatoria que el padre Alfonso Méndez Plancarte lanzó desde la revista Ábside. La convocatoria de marras se dirigía a los escritores mexicanos que hubiesen intercambiado correspondencia con el poeta muerto, pidiéndoles que enviaran a la revista los documentos al respecto; así, se iría constituyendo, conforme a los envíos, una “estela” de palabras cordiales en memoria del poeta. Ábside se comprometía a ser el vehículo de esta manifestación póstuma de la amistad. Estamos ante un acto relacionado con las manifestaciones públicas de duelo propias del catolicismo, pero también, y sobre todo, un gesto social portador de sentido entre los personajes de la literatura mexicana. Un gesto de carácter público, pertinente en la administración de los bienes propios de una comunidad literaria. El editor de Ábside lanzó la convocatoria y la apoyó con el ejemplo: publicó las cartas que González Martínez había remitido a su hermano, Gabriel Méndez Plancarte, fundador y primer director de la revista, y a sí mismo. Algunos más secundaron esta iniciativa y la “estela” comenzó a formarse.¹

Entre los corresponsales de Enrique González Martínez que acudieron al llamado de Ábside, Alfonso Reyes destaca por la magnitud de su

¹ [A. Méndez Plancarte, ed.] “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 2, pp. 137-150. Luego de recordar la publicación de cartas de Enrique González Martínez que habían hecho Alfonso Junco y Francisco González Guerrero, Alfonso Méndez Plancarte escribió esta nota de presentación: “En la huella ejemplar de tales nobles amigos, Ábside se complace al recordar idénticamente la alta y pura amistad de don Enrique, imprimiendo las cartas o recados que él llegó a enviar así a su fundador como a su actual director, alusivas --las más-- a las egregias colaboraciones con que una y otra vez se dignó honrar a nuestra revista, o a las apreciaciones y homenajes que la misma le dedicó, según en breves notas lo avisaremos.” (p. 138.)

respuesta, pues confió al director de la revista los testimonios epistolares del trato que mantuvo con el poeta fallecido por espacio de cuarenta años.²

No guardamos una noticia exacta del origen de la decisión tomada por Reyes. Éste debió conocer, como el resto de los escritores mexicanos sensibles al proyecto cultural de Ábside, el llamado del editor de esta revista. Es casi seguro que Alfonso Méndez Plancarte, con quien mantenía una comunicación constante, nutrida y sincera --un trato que incluso había resistido con fortuna algunas discrepancias noblemente dirimidas--, le haya enviado directamente la invitación en alguna de las tardes en que se daban cita en el número 122 de la avenida Industria, domicilio particular de Reyes. Sin embargo, no hay que arriesgarse a explicar el gesto del polígrafo sólo por la piedad fraternal o la simpatía con el inquieto editor.

Es un hecho que Reyes eligió a la revista Ábside como órgano difusor de, por lo menos, dos proyectos literarios, notables por su largo aliento. Notables no sólo por el número y las características propias de los documentos que dio a conocer en las páginas administradas por el padre Méndez Plancarte, sino también por las consecuencias que tal publicación tuvo en la administración documental de su propia obra y su biografía; celosa administración en la que Reyes estaría empeñado luego de su regreso definitivo a México en 1939, procedente de Río de Janeiro, la última de sus misiones diplomáticas. Hablamos, claro está, de la publicación ya referida de la correspondencia que sostuvo con González Martínez, y la mucho más nutrida que nos informa de su encuentro y colaboración con el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc.

² Para una identificación precisa de las series en que Ábside agrupó y publicó las cartas cedidas por Alfonso Reyes, véase la nota 11 del capítulo 2 de este trabajo.

En cuanto a la importancia de estos documentos, poco tendremos que comentar si recordamos el curso --tan largo como profundo-- del trato que Reyes mantuvo con el hombre del búho y con el director de la Revue Hispanique. Cualquier alegato en favor de la valía de las cartas publicadas por Ábside tendría un balance favorable si sólo se concentrara en relatar circunstanciadamente las experiencias compartidas entre los personajes implicados. Sólo por aludir a un par de puntos en dichas experiencias baste señalar que la correspondencia con González Martínez arroja luz sobre el escenario de la carrera diplomática de los corresponsales, así como también sobre sus convicciones estéticas en torno a la poesía; y la sostenida con Foulché-Delbosc rinde un testimonio todavía inexplorado sobre la educación y los hábitos filológicos de Reyes, templados, ni más ni menos, en los problemas textuales que los poemas de Góngora proponían al editor especializado del segundo decenio de este siglo. Sólo este aspecto sería suficiente para reservar un lugar destacado a esta correspondencia en el terreno de la poesía española e hispanoamericana.³

A pesar de lo anterior, nos interesa destacar, antes que cualquier otra cosa, el peso acordado por Reyes a esta iniciativa en la economía documental de sí mismo. Nos referimos a una conducta que Reyes observaría al organizar su propio patrimonio literario, en consonancia con

³ Con respecto de su trato con R. Foulché-Delbosc, A. Reyes escribió algunas páginas que conviene leer, principalmente: A. Reyes, Historia documental de mis libros, pp. 164-166, 205-207; A. Reyes, Pasado inmediato, pp. 231-234; A. Reyes/P. Henríquez Urcía, Correspondencia, pp. 212-216 (AR/PHU, París, 26 de octubre de 1913); también P. Patout, Alfonso Reyes y Francia, pp. 92-95 y 161-169. La correspondencia entre ambos personajes fue publicada en diez entregas de la revista Ábside; la primera corresponde a 1955, XIX: 1 (enero-marzo de 1955); la última a 1957, XXI: 4 (octubre-diciembre de 1957). Consúltese la bibliografía para obtener una lista completa de la serie.

una imagen pública templada en su largo periplo diplomático y en los años de su instalación definitiva en México. Hablamos de un capítulo en la vida de Reyes que se caracteriza en el ámbito de lo público por haberse convertido en un consejero de mandatarios y oficinas gubernamentales que puso al servicio de los asuntos públicos su experiencia de primer nivel y su refinada competencia técnica, un administrador generoso de bienes públicos referidos a la educación universitaria y la cultura literaria: conferencista en la Universidad Nacional y en El Colegio Nacional, presidente de El Colegio de México; embajador en retiro y delegado ocasional del Estado en foros internacionales... en fin, un árbitro supremo de la cultura mexicana, personalidad de nota en una institución social destinada a la administración del patrimonio cultural del país.

Esta serie de tareas cumplidas por Reyes como condición necesaria de su reinstalación en la vida pública de México no sólo dejó su impronta en la biografía pública, sino también en el régimen privado de la escritura. Nos referimos a un ejercicio literario que se despliega con la convicción de que el escritor es el ciudadano de una república obligado a rendir constancia y ejemplo ante sus semejantes mediante el aliño de su obra. Y para ello, es obvio, no sólo hay que escribir esa obra, sino preservarla, ordenarla, inscribirla en la vigencia de un orden social, atenerla, contenerla en una tradición. Este empeño reclamaría casi completamente a Reyes durante los años de su definitiva residencia mexicana. Desde nuestro punto de vista, el momento más notable de la conducta conservadora, legislativa y organizadora de Reyes ante sí mismo radica en la planeación y edición de sus Obras completas, cuyo primer volumen data de 1955.

A veces se ha juzgado este hecho como un capricho de la vanidad o una medida del cálculo político. El juicio obedece al influjo que dejaron tras

de sí los conflictos que se suscitaron cuando Reyes cumplía con esta tarea y estrechaba las manos del sector más influyente de la generación de Medio Siglo; grupo que, como ya lo hemos discutido, había problematizado el proceso de la literatura mexicana. Ni siquiera un hombre como Reyes quedó al margen de las disputas simbólicas, y parte de ello puede advertirse en una nota de escepticismo en torno de sus Obras completas que desde entonces ha acompañado su desarrollo.⁴ El escepticismo ante el escritor que negocia los bonos de su fama pública con el futuro inmediato. Cualquiera que sea su pertinencia, esta explicación incide en una zona del fenómeno que deberíamos explorar de acuerdo con los mecanismos de la representación social de las personalidades y los valores literarios; sin embargo, en los

⁴ Con el propósito de documentar y examinar esta actitud crítica ante la figura pública de Alfonso Reyes y el proyecto de sus Obras completas, consúltense a Jesús Arellano, director de Metáfora, revista editada entre 1955 y 1958 (I: 1, marzo-abril de 1955 -- III: 18, enero-febrero de 1958) en cuyas páginas promovió, si no es que escribió, una columna anónima identificada como "Colofón". En esta sección se articuló la posición crítica a la cual hemos aludido en el pasaje que da pie a esta nota. Un ejemplo: "Las obras completas de Alfonso Reyes [sic], editadas por los colegas del fondo, han constipado nefando, rotundo y redondo fracaso. Y qué, y qué, y qué --dicen que dijo nestali--, la mafia escribe y el subsidio paga." Anónimo, "Colofón", en Metáfora III: 13, pp. 44-45. También consúltense especialmente Anónimo, "Colofón", en Metáfora I: 1, pp. 43-44; Anónimo, "Colofón", en Metáfora I: 2, pp. 43-44; Anónimo, "Colofón", en Metáfora I: 6, pp. 42-43; [A. Silva Villalobos], "Colofón", en Metáfora II: 7, pp. 44-47 [carta abierta de Silva Villalobos a Salvador Azuela]; Anónimo, "Colofón", en Metáfora II: 12, pp. 41-42. No debe pasarse por alto la lectura de los artículos que emplazan la cuestión desde el punto de vista poético de la disputa: A. Silva Villalobos, "Una obra poética", en Metáfora I: 5, pp. 6-9; J. Arellano, "El punto de una cuestión", en Metáfora I: 6, pp. 6-9; R. Castellanos, "De gustos no hay nada escrito", en Metáfora I: 6, pp. 10-12; esta clase de opiniones no ha dejado de tener vigencia en la consideración más reciente de la obra alfonsina: a manera de ejemplo, consúltense José Joaquín Blanco, "Reyes 22", en La Jornada Semanal, 7 de enero de 1990, pp. 42-43.

términos de nuestras preocupaciones, este punto de vista resulta insuficiente para dar cuenta de una aspiración que, por lo menos, se remonta hasta 1926, el año en que Reyes redactó una misiva dirigida a Genaro Estrada y Enrique Díez-Canedo, mitad juego literario mitad confesión personal, en la que confiaba a los dos amigos más entrañables que tenía en cada una de las riberas del Atlántico que más le importaban, México y España, el cuidado y la edición de su obra en caso de fallecimiento. Cualquiera que sea el valor emocional conferido por Reyes --el amigo o el escritor-- a este documento, difundido en la quinta serie de Simpatías y diferencias, en éste reside un plan general de organización de sus libros que no sufriría modificaciones sustanciales en el proyecto de las Obras completas. La célebre serie de artículos Historia documental de mis libros ofrece un testimonio más de la solidez y la naturalidad con las cuales la idea de organizar su propio legado literario había crecido en el pensamiento de Reyes.⁵

Nos parece claro, y lo apuntamos al margen, que esta actitud no sólo es atribuible a la intención de la persona y a las obligaciones de carácter político y social que la institución literaria plantea a sus integrantes, sino que también entran en juego las cláusulas de un código literario según el cual el desarrollo de una obra es paralelo a la formación de la persona que crea dicha obra: un código que atribuye al hecho literario una dimensión moral y normativa, un valor directamente relacionado con la conducta del creador atendida a un modelo. Nos referimos a un aspecto sancionado por la tradición clásica, cuyas normas Alfonso Reyes acató en todas sus consecuencias. La

⁵ Para una identificación adecuada de estas obras, consúltense las notas 3 y 6 del capítulo 2 de este estudio, además del pequeño comentario sobre la voluntad administrativa de Reyes aplicada sobre su propio trabajo que desarrollamos en los pasajes correspondientes.

constitución que Reyes hizo de su legado literario luego de 1939 proyecta los valores en los cuales sustentó esta empresa sobre su epistolario personal. El hecho de que aún hoy este corpus no haya merecido un lugar en el proyecto de las Obras completas no quiere decir que no haya tenido un sitio en la economía moral de sus escritos.

La entrega del epistolario

La decisión de ceder a la revista Ábside el derecho de publicar una parte de sus archivos postales es contemporánea de la ruta que Reyes caminaba hacia sus Obras completas. El 11 de diciembre de 1952, desde su domicilio en el número 122 de la avenida Industria, en la colonia Condesa, Alfonso Reyes despachó al padre Alfonso Méndez Plancarte, vecindado en la calle del Fresno 193, en la colonia Santa María de la Ribera, un recado en el que anunciaba que la transcripción de “las cartas de González Martínez y mis respuestas a algunas de ellas” ya había sido concluida.⁶ El mensaje iba acompañado de una “Elegía de mayo” que, aunque publicada en 1949 en la

⁶ Capilla Alfonsina. Expediente Alfonso Méndez Plancarte. Correspondencia. AR/AMP, México D. F., 11 de diciembre de 1952. Éste es el único testimonio con el que contamos hasta el momento sobre el modo en que las cartas de A. Reyes y E. González Martínez debieron llegar a manos de A. Méndez Plancarte: una copia vigilada por el propio Reyes de acuerdo con las “intervenciones” que éste había practicado en los documentos originales. La coincidencia exacta entre el texto del documento intervenido y el publicado por Ábside no deja lugar a dudas en torno de que la única mano interventora es la de Reyes. Nada más podemos decir hasta el momento sobre esta copia intermediaria. Sin embargo, nuestras investigaciones sobre este material no parecen sufrir la amenaza de un cambio sustancial de perspectiva contenido en ese documento hipotético.

revista Letras Yucatecas, Reyes juzgaba como inédita prácticamente porque “nadie la vio”, de modo que sugería su inclusión en Ábside.

La reunión de las cartas con el poema en el despacho de Reyes no es un hecho desprovisto de intención; por el contrario, tiene un valor parecido a la voluntad organizadora de su legado literario que advertimos en la disposición de su correspondencia. Si, como sostenemos, la cesión del epistolario particular con Enrique González Martínez ha de comprenderse como el acto de un hombre que atribuye a la literatura un valor público, pertinente en la organización política de la comunidad en la cual vive, la recuperación de la “Elegía” es un apéndice de la misma tarea. Reyes fecha este poema el día 17 de mayo de 1949, año de su sesenta aniversario. Con esta señal, pretende llamar nuestra atención sobre la figura de un hombre que, al cruzar este umbral, se detiene un momento y canta a la vida que se va, desde la lúcida, grave conciencia de la vejez. Tan lúcida es esta conciencia y tan clara es la voluntad de proyectarla a sus conciudadanos que el poeta elige como vehículo de su lamentación una forma y un tema sancionados por la tradición clásica.⁷

No sería sino hasta el 16 de enero de 1953 la fecha en que Alfonso Reyes haría efectivo el ofrecimiento. “Aquí tiene usted la ofrecida correspondencia entre nuestro Enrique González Martínez y este servidor suyo. Escoja, tache, haga y deshaga según su recto criterio.”⁸ A fin de mes, Alfonso Méndez Plancarte agradeció el envío de “esas 71 páginas íntimas de

⁷ El poema permanecería sin lugar en los libros de Reyes hasta que llegó a la sección 4 (1938-1958) de su “Repaso poético [1906-1958]”, primer apartado de su Constancia poética, pp. 228-230.

⁸ AR/AMP, México D. F., 16 de enero de 1953.

dos entre nuestros más grandes y queridos poetas”.⁹ A continuación, se refirió a las condiciones de la publicación de los documentos con una parquedad que no comporta el menor indicio, ya no digamos de haber ejercido, pero ni siquiera aceptado, el derecho a la enmienda. La serie de 71 páginas sería distribuida en tres entregas que ya no alcanzarían a imprimirse en el primer número de la revista correspondiente a 1953, ni en el segundo, para el cual, en cambio, estaría destinada la “Elegía de mayo”. Y nada más sobre “nuestro” Enrique González Martínez. Méndez Plancarte sólo aprovechó la oportunidad para proponer un encuentro al cabo de 15 días que les permitiera entregarse a una de esas conversaciones eruditas que caracterizaban su trato.

En efecto, el primer número de la revista Ábside correspondiente a 1953 (XVII: 1, enero-marzo de 1953) “acabó de imprimirse en Jus (Mejía 19, México, D. F.) el 10 de Febrero del Año del Señor 1953” y no pudo albergar los testimonios epistolares en honor de González Martínez. Aun cuando el día de la respuesta del padre Méndez Plancarte a Reyes quizá los materiales del volumen de Ábside al cual nos referimos no sólo ya estuvieran organizados definitivamente, sino entregados a las prensas de Jus, Alfonso Reyes estará presente en esas páginas gracias a los buenos oficios de Alfredo Cardona Peña. Se trata de “Lectura de Alfonso Reyes”, una serie de ocho

⁹ AR/AMP, México D. F., 30 de enero de 1953. Conviene transcribir los comentarios que Méndez Plancarte hizo a Reyes sobre la “Elegía de mayo”, con el propósito de reforzar la impresión que tenemos sobre el pacto clásico que se hace entre ambos escritores: “Tal como está el poema, me gusta mucho; pero su evocación de los dísticos elegíacos (los latinos, al menos) sería más cabal si todos los pentámetros tuvieran la cadencia de ‘fimbria de rotos flancos’, ‘sombra que tanto callas’, etc., y no ésa otra, idéntica a la de los exámetros, que allí predomina.”

décimas dedicadas a celebrar la reciente publicación de Obra poética, primero, y casi definitivo arreglo que Reyes hizo de su poesía. Destaco este comentario en versos endecasílabos gracias a las ideas que comporta sobre el Reyes poeta, llamado en las sucesivas estancias del poema “maestro”, algunas veces “padre” y una más “amo”. Según la lectura de Cardona Peña, que debió ser profundamente empática al padre Méndez Plancarte dadas las claves clásicas, tradicionales y mexicanas que rigen el encomio, el maestro Reyes ofrece un ejemplo elocuente de “cómo deben las formas maestras / mojar pluma, temblar en el labio”; una ley de claridad y decoro: “contra muros de sombra, cristales; / contra ajenos estilos, el nuestro.” Ejemplo de constancia poética y de renovación atendida a los cauces de la tradición clásica.¹⁰ La revista Ábside no sólo celebraba en Reyes a un patricio de la literatura nacional, sino también, y nos parece que sobre cualquier otra razón, el canon clásico del cual dependía la coherencia y la autoridad del sistema literario sobre el cual sustentaba su vigencia en el panorama cultural de México. El siguiente número de Ábside (XVII: 2, abril-junio de 1953) terminó de imprimirse el 15 de mayo de 1953 y en sus páginas no figura la “Elegía de mayo”; este poema sólo sería publicado en el número XVIII: 3 (julio-septiembre de 1954).¹¹

Como todos sabemos, las tres entregas en que el padre Alfonso Méndez Plancarte dispuso el epistolario fueron publicadas en los últimos dos números de la revista correspondientes a 1953 (XVII: 3, julio-septiembre; XVII: 4, octubre-diciembre), y al primero de 1954 (XVIII: 1, enero-marzo

¹⁰ A. Cardona Peña, “Lectura de Alfonso Reyes”, en Ábside XVII: 1, pp. 31-34.

¹¹ A. Reyes, “Elegía de mayo”, en Ábside XVIII: 3, pp. 309-312.

de 1954), tal y como el sacerdote lo había prometido a Reyes. En total, las tres “inserciones” reúnen 50 cartas, todas ellas, salvo una, resguardadas en el expediente relativo a Enrique González Martínez del acervo de la Capilla Alfonsina. Sin embargo, aquí no termina la historia de esta recuperación documental.

El 12 de agosto de 1954, Reyes avisó a Méndez Plancarte que se encontraba copiando cuatro cartas más de González Martínez con el propósito de completar el “epistolario en marcha”. Sólo un día después del aviso mandó “las cuatro lindas cartas de Enrique que le ofrecí”. Todavía el 25 de octubre, más de dos meses después del ofrecimiento, Reyes no ponía punto final a los envíos. En esa fecha, redactó estas líneas: “Le adjunto copia de la carta de González Martínez que aún le estaba debiendo [...]”.¹² Estos documentos fueron publicados, finalmente, en el número correspondiente a octubre-diciembre de 1954 (XVIII: 4).¹³

¿Cómo explicar semejante dilación en una voluntad como la de Alfonso Reyes? Nos parece posible sostener que Méndez Plancarte y Reyes venían hablando personalmente de la conveniencia de enriquecer un epistolario todavía no muy organizado, más bien en trance de organizarse y completarse, al ritmo en que el escritor regiomontano completaba y ordenaba los acervos de su domicilio. El 13 de noviembre de 1954, Reyes remitió a

¹² AR/AMP, México D. F., 12 de agosto de 1954; AR/AMP, México D. F., 13 de agosto de 1954; AR/AMP, México D. F., 25 de octubre de 1954.

¹³ [A. Méndez Plancarte, ed.] “Para el epistolario de González Martínez”, en *Ábside* XVIII: 4, pp. 496-519. En efecto, se trata de cuatro misivas enviadas por González Martínez a Reyes entre 1920 y 1926 (pp. 513-519), publicadas al lado de otras dirigidas a Sixto Osuna, Amado Nervo y Francisco González Guerrero.

Méndez Plancarte un papel que viene a definir en nuestra imaginación la figura de un escritor atareado con el orden documental de su biografía, en mangas de camisa y “a lápiz”, fatigado pero entusiasmado por el desco de administrar hasta donde las fuerzas le alcanzasen su legado literario, agobiado por la pasión de ofrecer una constancia a los otros de su, digámoslo así, respiración literaria.

Tras un examen muy minucioso, he dado con dos cartas más de nuestro inolvidable y admirado Enrique González Martínez, una del 2 de febrero de 1931 sobre mi Testimonio de Juan Peña y otra del 16 de nov. 1941 sobre mi Pasado inmediato. En ambas despliega el llorado amigo su acostumbrada generosidad. Le envió copias para Ábside, en el empeño de completar la colección.¹⁴

El interés de Alfonso Reyes por la recuperación y la edición de su correspondencia con Enrique González Martínez había mezclado el aprecio por el “inolvidable” y “llorado” amigo fallecido casi tres años atrás con la consolidación de su constancia literaria; constancia como continuidad y fidelidad a una vocación profesional, y constancia como testimonio público. El “minucioso” examen de sus archivos no alentaría más contribuciones editoriales, aunque arrojase nuevos descubrimientos, como efectivamente sucedió: nuestro escritor dejaría inéditos en definitiva algunos testimonios epistolares.

Además de las cuatro entregas ya referidas del epistolario EGM/AR, no se publicaría un documento más en Ábside relativo a esta serie. En

¹⁴ AR/AMP, México D. F., 13 de noviembre de 1954. Las cartas señaladas en el pasaje no fueron publicadas por la revista Ábside.

cambio, el interés de los dos Alfonsos derivaría paulatinamente hacia la publicación de las cartas intercambiadas entre Reyes y Raymond Foulché-Delbosc; de acuerdo con el dicho del escritor, éste las iba recuperando y reuniendo poco a poco en esos días de mangas de camisa que debieron estar consagrados al orden de los papeles personales.

En algún instante de esta pesquisa de su prehistoria filológica a partir de 1913 y 1914, Reyes habría acordado con Méndez Plancarte, en alguna tarde compartida en la colonia Condesa, que no convendría publicar documentos dispersos de una correspondencia con González Martínez hasta que no fuera posible conformar una nueva entrega. En el océano de sus documentos, quizá Reyes no alcanzó a espigar las cartas suficientes, quizá no las consideró de un interés público equiparable a las ya publicadas. No contamos con un testimonio definitivo al respecto. Mientras tanto, el caudal de su conversación con Raymond Foulché-Delbosc iba emergiendo continuo, dilatado, coherente. No había nada más que hacer, sino difundir en Ábside el nuevo capítulo de sus archivos postales.

El arbitraje de la amistad

La convocatoria que el padre Alfonso Méndez Plancarte hizo a los escritores mexicanos con el propósito de levantar una “estela” de misivas sobre la tumba de Enrique González Martínez tenía un antecedente. Méndez Plancarte lo conocía y decidió imitarlo. Se trata del elogio público que hicieron, apenas unos cuantos días después de caído el poeta, dos escritores mexicanos. Uno de ellos, al menos, muy cercano al proyecto literario de Ábside: Alfonso Junco. El otro, Francisco González Guerrero. Entre las

reacciones periodísticas suscitadas por la muerte de González Martínez, Junco y González Guerrero habían hecho pública su pena, respectivamente, en los diarios Novedades y El Universal, mediante la reproducción, total o parcial, de algunas cartas de González Martínez que obraban en sus archivos personales.

Alfonso Junco dio a conocer las cartas que el poeta había enviado a su padre, también poeta, enraizado y avecindado en Monterrey, Celedonio Junco de la Vega. Don Alfonso no transcribió las cartas en su totalidad, sino que prefirió citarlas extensamente y mezclar los fragmentos elegidos con sus propios recuerdos y comentarios. El material dio para varias entregas. Por su parte, Francisco González Guerrero reprodujo completamente dos cartas que el poeta le había enviado en 1914 y 1931. La noticia de este material fue agotada en una sola entrega.¹⁵

Al margen de las diferencias que separan a los documentos de Junco y de González Guerrero, y además de las divergencias mostradas en los procedimientos de copia y comentario de las cartas, ambos escritores sentaron un precedente: el de la construcción y divulgación de la imagen pública de González Martínez mediante documentos de una índole tan peculiar como lo son las cartas. Destacamos la peculiaridad del género en virtud de las consecuencias que pudo tener en la orientación del homenaje póstumo al escritor, tal y como quedaría establecido en Ábside.

La carta privada es un documento destinado a circular, en primera instancia, en la órbita restringida de los afectos, cualquiera que sea su intensidad y su intención. A este respecto, muy atrás han quedado los

¹⁵ Con respecto a las referencias y contenido de estos materiales, consúltense el apartado siguiente de este capítulo.

propósitos de las cartas que los humanistas del Renacimiento intercambiaban entre sí buscando su identidad disciplinaria, prolongando con ello la tradición epistolar sancionada por Cicerón dentro de la retórica clásica. Con esto, aludimos a una conducta de carácter escolar o erudito, reglamentada por modelos y hábitos legislados en manuales que distinguían a una clase intelectual.¹⁶ El circuito de la carta que escribe la persona desprovista de cualquier nexo con respecto de su constitución profesional, y sólo atendida a los accidentes de sus sentimientos, sus emociones y sus ideas, es muy pequeño. Con dificultad encontraríamos un circuito tan restringido entre los que forman parte de las prácticas contemporáneas de lectura y escritura. La experiencia compartida es la condición necesaria de este moderno régimen de las cartas.

De acuerdo con lo que acabamos de asentar, la asamblea de corresponsales convocada por Alfonso Méndez Plancarte tuvo desde siempre el carácter de una minoría seleccionada por el arbitraje emocional e intelectual del poeta celebrado; minoría dispuesta a proyectar sobre una comunidad abierta la solidaridad que los distingue. Otra cosa ocurriría con la reunión y la publicación que de estas cartas hizo Ábside. Gracias a esta revista, la correspondencia entraría en un circuito mucho más amplio, atendido y caracterizado por la imagen pública del poeta. Por así decirlo, los privilegios sentimentales de esta “arcadia” cuyo “mayoral” era Enrique González Martínez cobraban una dimensión política: de los afectos de la persona a los intereses de la ciudad. De acuerdo con este mecanismo implícito en la celebración fúnebre del poeta, la sola divulgación de las

¹⁶ A. Gerlo, “The Opus de conscribendis epistolis of Erasmus and the tradition of the Ars epistolica”, en R. R. Bolgar, ed., Classical Influences on European Culture, pp. 103-114.

cartas comportaba, por sí misma y desde el primer momento, una actitud beligerante, militante.

Al hacer suyo el ejemplo de Alfonso Junco y Francisco González Guerrero, el padre Alfonso Méndez Plancarte desarrollaría el germen doctrinal de los homenajes póstumos ya referidos. Ábside encabezaría la iniciativa y, a la postre, terminaría por convertirse en el único escenario de la apropiación de la figura pública de González Martínez. Ya hemos discutido en el capítulo anterior de este trabajo la situación problemática del grupo de Ábside en un campo literario sujeto a enconados debates. La disputa por la memoria de González Martínez tiene consecuencias en el empeño de estos escritores por reafirmar su identidad pública en un contexto tan debatido.¹⁷

En el número correspondiente al trimestre abril-junio de 1952 de Ábside, se dio inicio a la publicación de las cartas del poeta jalisciense recientemente fallecido. El director de la revista había invitado a los escritores mexicanos para que remitiesen las cartas de González Martínez que poseyeran. Méndez Plancarte tendía los hilos para organizar una asamblea de personalidades en torno de González Martínez que tuviera como centro de gravedad las páginas de la revista. De ese modo, en la entrega ya mencionada se publicaron diez cartas que el poeta había enviado a Gabriel Méndez Plancarte entre 1936 y 1949, y completó el despacho con tres misivas más dirigidas a don Alfonso entre los años de 1938 y 1949.

En la huella ejemplar de tales nobles amigos [Junco y González Guerrero], Ábside se complace al recordar idénticamente la alta y

¹⁷ La alusión de Alfonso Méndez Plancarte al ejemplo de Alfonso Junco y Francisco González Guerrero puede consultarse en [A. Méndez Plancarte], "Para el epistolario de González Martínez", en Ábside XVI: 2, p. 138.

pura amistad de Don Enrique, imprimiendo las cartas o recados que él llegó a enviar así a su Fundador como a su actual Director, alusivas --las más-- a las egregias colaboraciones con que una y otra vez se dignó honrar a nuestra revista, o a las apreciaciones y homenajes que la misma le dedicó, según en breves notas lo avivaremos.¹⁸

Las cartas que González Martínez remitió a don Gabriel Méndez Plancarte son una prueba de la simpatía que aquél abrigó hacia el proyecto editorial de éste; proyecto al cual, por cierto, González Martínez había sido uno de los primeros en ser invitado y, por consecuencia, en acudir. La estimación dispensada por el fundador de Ábside a su invitado se traduciría, apenas dos años después del arranque de la empresa, en 1938, en la edición, como sobretiro, de un poema extenso de González Martínez, El diluvio de

¹⁸ Se trata de nueve cartas escritas por Enrique González Martínez a Gabriel Méndez Plancarte, de fechas 3 y 15 de diciembre de 1936, 20 de abril, 30 de agosto y 16 de octubre de 1937, 9 de septiembre de 1938, 19 de abril de 1939, 15 de marzo de 1945, 22 de octubre de 1948 y un telegrama de 18 de febrero de 1949. Los documentos turnados a Alfonso son dos cartas de 8 de diciembre de 1938 y 20 de enero de 1947, y un telegrama de 13 de febrero de 1949.

Sobre la decisión de dar a la luz pública estos papeles, Alfonso Méndez Plancarte aseguró que “los límites sagrados del decoro y de la prudencia” no habían sido violados en lo más mínimo. “Pero sí ha vacilado largamente, quien esto firma, en publicar conceptos elogiosos para sus obras, o simples testimonios de una amistad así de honrosa para cualquiera. Desechamos, con todo, este obvio pudor, en gracia del propósito impersonal que aquí nos inspira. Y confiamos que así lo entenderán, respecto a sí mismos, cuantos puedan enviarnos piezas análogas en orden a nutrir esta sección: Para el Epistolario de González Martínez, con la que desearíamos irle labrando --siquiera por todo este año-- una devota estela sobre su tumba. Cualquier aportación será muy bienvenida y agradecida.” (p. 138.) [A. Méndez Plancarte, ed.] “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 2, pp. 137-150. La cita a bando que da pie a esta nota proviene de la página 138 del mismo artículo.

fuego.¹⁹ Por otra parte, las cartas sitúan en el centro de la conversación entre ambos corresponsales a Horacio y la poesía latina. Una conversación que no se agota en el comercio propio de los conocedores de una materia común y exigente, sorprendidos a la hora de intercambiar información sobre traductores contemporáneos de las odas de Horacio, o los empeños a este mismo respecto del propio Gabriel o de Alfonso. Lejos del rigor seco de la erudición, Gabriel y Enrique pulsan las notas doctrinales que la materia comporta. González Martínez, apoyado en Pierre Laserre, figura prominente de la Action Française, dice a don Gabriel que se conformaría, ya no con que los suyos leyeran la lengua del Lacio, sino, al menos, con que todos estuvieran en disposición de olvidarla. Erudición y doctrina. Tal es el motivo que lleva a González Martínez a compartir con Gabriel Méndez Plancarte, autor de Horacio en México, el comentario que en él había despertado el libro, apenas lo hubo recibido.

Gratas horas de provechoso deleite me ha deparado, estimado y fino amigo, su Horacio en México. Documentación cuidadosa, crítica segura, estilo depurado y sana doctrina literaria, todo eso contiene el jugoso volumen. A lo cual hay que añadir la seguridad inconfundible del autor que se mueve en terreno conocido, ya olvidado de tantos que tuvimos la buena suerte de recorrerlo en años juveniles y que no podemos soñar en un imposible retorno. A pesar de este olvido, el trato con los viejos

¹⁹ Este poema fue publicado originalmente en las páginas de la revista. Posteriormente, se convirtió en el número 7 de las ediciones “bajo el sello de Ábside”, en 1938. Este libro ha pasado a formar parte del tomo 2 de la organización casi definitiva de la poesía completa de González Martínez, preparada por Armando Cámara para El Colegio Nacional, y publicada en 1995, Poesía, pp. 193-217.

poetas de Roma deja para siempre una noble frescura en el corazón.²⁰

Las misivas en poder de Alfonso Méndez Plancarte insisten en los puntos de la amistad literaria ya abordados con Gabriel, con una sola excepción: Amado Nervo. Excepción relativa, si se entiende dicha referencia como una ampliación de la zona cultural compartida por estos hombres. En cualquier caso, la política editorial de la revista ofrece pruebas numerosas de la prolongación de los intereses clásicos de sus animadores en dirección de las letras mexicanas. Ya se ha dicho anteriormente: devoción crudita por Virgilio y Horacio, pero también por Sor Juana y Manuel José Othón. En este punto, cabe decir, como lo hicimos en el capítulo anterior, que la tutela de la poesía lírica latina invocada por el círculo de los Méndez Plancarte comporta una lectura genealógica; lectura que recoge a su paso por los siglos argumentos y figuras en favor del paradigma horaciano.

Ábside continuó con su tarea en memoria de González Martínez hasta que logró reunir a una asamblea de escritores solidarios en la representación de los valores sociales que comporta la tradición clásica avecindada en la literatura nacional, profundamente marcados por una educación que hizo énfasis en la antigüedad gracolatina, y simpatizantes de la sencillez y la sinceridad en la dicción poética. Entre las personas a quienes Enrique González Martínez escribió y respondieron al requerimiento de Ábside, aparte de Alfonso Reyes, se encuentran Alfonso Junco, tan cercano al proyecto de los Méndez Plancarte que terminaría por dirigir su revista luego

²⁰ [A. Méndez Plancarte, ed.], op. cit., pp. 142-143 (AGM/GMP, México D. F., 30 de agosto de 1937).

de la muerte de Alfonso; el padre Joaquín Antonio Peñaloza, comentarista de Manuel José Othón, cuya memoria literaria también había sido objeto del interés de Ábside; José María González de Mendoza, Juan B. Delgado, Alfredo Cardona Peña, Francisco Giner de los Ríos, Andrés Henestrosa, Julio Torri, Artemio de Valle Arizpe, Rafael Alberto Arrieta, Roberto Padilla Uribe y Francisco González Guerrero.²¹

En lo que se refiere a la entrega que concentra las cartas enviadas por González Martínez a Alfonso Junco, José María González de Mendoza y Joaquín Antonio Peñaloza, publicada enseguida del paquete que acabamos de comentar, hay que decir que estos documentos atestiguan el supremo valor que González Martínez concedía a la sencillez en la expresión lírica y a la sinceridad de la emoción transmitida por el poema. Sinceridad y sencillez, términos complementarios de un programa literario del cual ni puede ni quiere apartar su juicio y su gusto, ya sea ante los ejercicios sucesivos de Alfonso Junco, joven poeta en 1917 que, a pesar de las reservas que suscita en González Martínez, tiende “a la sencillez de la forma y a la pureza de

²¹ Consúltense las cinco entregas de la sección “Para el epistolario de González Martínez”, además de la consagrada a reproducir los documentos en poder de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Me refiero a Ábside XVI: 3 (cartas dirigidas por González Martínez a Alfonso Junco --6--, a José María González de Mendoza --2--, y a Joaquín Antonio Peñalosa --1--), pp. 275-286; Ábside XVI: 4 (4 cartas a Juan B. Delgado), pp. 401-408; Ábside XVII: 2 (Alfredo Cardona Peña --4--, Francisco Giner de los Ríos --1-- y Andrés Henestrosa --1--), pp. 203-210; Ábside XVIII: 3 (Julio Torri --1--, Artemio de Valle Arizpe --4--, Rafael Alberto Arrieta --2-- y Roberto Padilla Uribe --1--), pp. 351-365; Ábside XVIII: 4 (una carta dirigida a un desconocido, Sixto Osuna --1--, Amado Nervo --1--, Francisco González Guerrero --3-- y Alfonso Reyes --4--), pp. 496-519. Hemos dejado de lado las entregas asociadas al nombre de Reyes; todas ellas contienen exclusivamente documentos relacionados con este escritor. Al respecto, consúltense la nota 11 del capítulo 2 de este trabajo.

fondo”, prendas propias de “entendimientos maduros o de vigorosos temperamentos”; ya sea ante el “inefable tono franciscano”, una de las mayores virtudes que asigna al poeta Joaquín Antonio Peñaloza. Por lo demás, la serie de cartas comporta gestos de cortesía destinados a acusar recibo de las novedades editoriales de los interesados.²²

El resto de los comensales

El siguiente grupo de cartas es el conformado por las que Juan B. Delgado recibió de parte de González Martínez, desde Mocolito, con excepción de una de ellas, despachada desde la ciudad de México. La fecha de la mayor

²² [A. Méndez Plancarte, ed.], “Para el epistolario de González Martínez”, en *Ábside* XVI: 3, pp. 275-286. Esta entrega contiene seis cartas dirigidas a Alfonso Junco: 7 de agosto de 1917, 11 de julio de 1920, 24 de septiembre de 1923, 15 de octubre de 1935, 1 de enero de 1949 y 12 de noviembre de 1950; dos a José María González de Mendoza: 28 de abril de 1943 y [1944]; y una a Joaquín Antonio Peñalosa: 5 de noviembre de 1951. Los comentarios sobre A. Junco reproducidos en el pasaje que da pie a esta nota proceden de la carta del 7 de agosto de 1917 (pp. 278-279). En este documento, González Martínez comenta el primer libro publicado por el joven poeta, *Por la senda suave* (1917). Conviene citar el pasaje extensamente, dadas las convicciones estéticas que comporta: “Lo que más llama la atención en su libro es la indiscutible ascensión de arte que usted revela. Nació usted con el don del ritmo y con la intuición del verso sonoro; pero la emoción poética, apenas visible en sus primeros trabajos, va destacándose del fondo retórico primitivo, y sin perder la gallardía de la forma, antes cobrando en cada ocasión nueva gracia, la poesía se instala definitivamente en los poemas de los últimos años. [...]”

“Tiende usted a la sencillez de forma y a la pureza de fondo, y eso es propio de entendimientos maduros o de vigorosos temperamentos. En este asunto empieza usted por donde suelen acabar otros. Si continúa usted por ese camino, su segundo libro será una joya preciosa.”

parte de éstas (1903-1908) vuelve natural el hecho de que el poeta se muestre sumergido en los intereses literarios de la provincia, comprometido en una red de intercambios de bienes culturales caracterizada por figuras prominentes, árbitros del gusto y del prestigio literarios, y libros en circulación constante. González Martínez se empeña en difundir señales de su propia persona, en dar noticia de sus libros, obsequiarlos, recibir otros a cambio. Con la devoción que exige una de las figuras ya consagradas en las letras mexicanas de la época, González Martínez envió su primer libro, Preludios, a Juan B. Delgado, y le agradeció los comentarios favorables que había despertado en éste.

Mucho le agradezco, señor Delgado, los términos benevolentísimos en que se expresa de mi libro, y tanto más halagadores son para mí sus elogios cuanto que es U. autoridad indiscutible en la materia, como lo atestiguan las gallardas obras con que ha enriquecido U. la poesía mejicana y que siempre he leído con deleite.

El párrafo que sigue a este agradecimiento revela que el principiante había pedido al maestro las direcciones de algunas personalidades de la literatura con el propósito de comparecer ante ellos con su primer libro. Delgado envió la información requerida, avalando así la voluntad de González Martínez. Manuel José Othón, José Juan Tablada y Jesús Uructa son los nombres referidos en la correspondencia.²³ Además, la capital del

²³ El pasaje citado y la parte más sustancial de este pasaje provienen de la carta fechada el 5 de julio de 1903 por González Martínez, en Mocerito. [A. Méndez Plancarte, ed.], "Para el epistolario de González Martínez", en Ábside XVI: 4, pp. 403-404.

país también figura en estas líneas como una estación de las negociaciones emprendidas por González Martínez en beneficio de su propia imagen como escritor, sobre todo a la luz de su primera experiencia en la ciudad, y de su empeño por regresar con mejores augurios.²⁴

Entre las cartas que siguieron en los planes editoriales de Ábside, destaca una de las enviadas a Alfredo Cardona Peña, en junio de 1946, como aclaración y prolongación de la entrevista que éste le había hecho poco antes a González Martínez en el semanario La Hora, según una nota al pie de página escrita por Alfonso Méndez Plancarte.²⁵ Decimos que destaca porque en ella queda constancia de una de las tareas que más inquietó a González Martínez a la hora de señalar su propio lugar en la tradición de la poesía mexicana; tarea concomitante a los esfuerzos que habían desplegado el propio Reyes y Pedro Henríquez Ureña con el propósito de distanciarse de la generación modernista como miembros de un grupo, el Atenco de la Juventud, al que González Martínez terminaría por acercarse definitivamente. De modo que el esfuerzo de González Martínez por distanciarse de la norma lírica del modernismo metropolitano ocuparía un lugar en la “estela” de Ábside, lugar en el que tendría mayor relevancia el alegato que inscribe a ciertos rasgos de la tradición clásica en el canon de la poesía mexicana. En este documento, el poeta asienta que “la poesía

²⁴ Ibid., pp. 403-408. Esta entrega contiene cuatro cartas dirigidas a Juan B. Delgado: 5 de julio de 1903, 1 de agosto de 1906, 9 de noviembre de 1908 y 5 de abril de 1919. En lo que se refiere a las aspiraciones de González Martínez por radicarse definitivamente en la capital del país, consúltese la carta del 1 de agosto de 1906 (pp. 404-405).

²⁵ [A. Méndez Plancarte, ed.], “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVII: 2, pp. 206-207.

mexicana de hoy es digna de su vieja y gloriosa tradición [el subrayado es nuestro]”. Una tradición que, con ser gloriosa y vieja, se renovó con Gutiérrez Nájera y el modernismo. Desde su punto de vista, las modificaciones profundas sufridas por esa tradición pueden describirse así:

La primera, es el abandono del aspecto superficial y decorativo del modernismo por una actitud más espiritual y más honda. Otro hallazgo de la poesía mexicana de esta época fue el “mexicanismo”, no el puramente verbal y temático, ya ensayado infructuosamente en casi todos los países de Hispanoamérica, sino el que desentraña lo nuestro y le da forma expresiva “a la altura del arte”, para usar la expresión del poeta que, después de penetrar emocionado en el secreto de la provincia, descubrió tantos latidos del corazón de la “suave patria” [el subrayado es nuestro].²⁶

El editor de Ábside no sólo debió simpatizar con esta declaración en favor de una actitud introvertida, en consonancia con una disposición de la persona a la concentración y la profundidad; también debió interesarse en la profesión de fe “mexicanista”, dada una de las orientaciones que la revista confesaba acatar en su trabajo de crítica y divulgación de la cultura.

En las últimas dos series de documentos no hay indicio alguno que altere el retrato de González Martínez difundido por Ábside. Al contrario, viene a confirmarlo por medio de la abundancia de datos en torno de sus

²⁶ Loc. cit. Esta entrega contiene cuatro cartas dirigidas a Alfredo Cardona Peña: 22 de agosto de 1943, junio y 26 de julio de 1946, 13 de febrero de 1949; una a Francisco Giner de los Ríos: 23 de junio de 1948; y una a Andrés Henestrosa: 28 de abril de 1943 (pp. 203-210).

gustos líricos, insobornablemente inclinados en favor de la sencillez y la claridad en el estilo, la sinceridad y la profundidad en las emociones, la naturalidad en la dicción conseguida gracias al trabajo y la depuración del oficio, antes que a una facilidad tan engañosa como inconveniente.

Por ejemplo, desde Santiago de Chile, en los momentos iniciales de su primera escala como diplomático, califica a Rafael Alberto Arrieta como “un gran poeta, por su emoción noble y profunda, por su forma limpia, sobria y de acabada perfección, por su inquietud que tiembla sobre el temblor universal de la vida, por esa aristocracia del dolor contenido, que es patrimonio de las almas selectas”.²⁷ Ésta es la misma doctrina que entra en juego en la carta que dirigió a su viejo amigo Sixto Osuna, en 1918, en vísperas de reintegrarse a las actividades gubernamentales en el México de Carranza, luego de purgar su colaboración con el régimen de Victoriano Huerta. En ese documento, manifiesta su aprecio por el poeta Ricardo Arenales, dadas “la hondura de su pensamiento, la profundidad de su emoción y la limpieza sobria de sus versos”, que “revelan un interesante espíritu”. Por el contrario, recela de Leopoldo de la Rosa, a quien reprocha ser “abundante, rico, a veces con exceso que le daña”; un poeta que suele doblegarse ante la sobrecabundancia de sus facultades, aunque es “un poeta por los cuatro costados”. Llama la atención este juicio sobre Leopoldo: “un muchacho flaco y pálido, sin voluntad, sin ocupación, sin escrúpulos para vivir a costas de Arenales que lo admira y lo quiere mucho, sin pauta moral, sin preocupaciones sociales, y que, por una de tantas cosas raras, hace muy bellos versos”. De donde parece desprenderse la prueba de una asociación,

²⁷ [A. Méndez Plancarte, ed.], “Para el epistolario de González Martínez”, en *Ábside* XVIII: 3, pp. 361-362 (EGM/RAA, Santiago de Chile, 8 de noviembre de 1921).

en la cabeza de González Martínez, entre la dignidad moral y el decoro literario. Esta atribución de virtudes morales al talento no será ni la primera ni la última en las opiniones del poeta. Se trata de una postulación que ocupa un lugar prominente en la organización de sus convicciones sobre la poesía.²⁸

Quizá la carta destinada a Julio Torri sea la única que implique una nota discordante con respecto de la imagen coherente del poeta transmitida por Ábside. En ese mensaje, ocupado en celebrar la aparición de Ensayos y poemas, González Martínez hace gala de un dandismo afectado, quizá producto del tributo amistoso a un hombre que, como sabemos gracias a otros testimonios, convocaba el afecto de los suyos mediante la celebración de ciertos gestos y hábitos extravagantes, alimentados en la imaginación de todos por la referencia de estetas fin de siècle, a la manera de Gabriele D'Annunzio. Así, González Martínez prometía a Torri conservar el “sabor venenoso” que le había dejado la lectura del libro en cuestión, al lado de una taza de café y un “Gardenia blanco” encendido entre los dedos de la mano.²⁹ El resto de las cartas se concentra en la consignación cortés y el encomio de los libros recibidos. Artemio de Valle-Arizpe y Roberto Padilla Uribe, al lado de Torri y Arrieta, completan la primera serie de las dos a las cuales nos referimos en estos párrafos;³⁰ mientras que la carta de Osuna fue publicada

²⁸ [A. Méndez Plancarte, ed.], “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVIII: 4, pp. 499-502 (EGM/SO, México D. F., 19 de octubre de 1918).

²⁹ [A. Méndez Plancarte, ed.], “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVIII: 3, pp. 351-352 (EGM/JT, México D. F., 29 de agosto de 1917).

³⁰ Ibid., pp. 351-365. Esta entrega contiene una carta dirigida a Julio Torri: México, 29 de agosto de 1917; cuatro a Artemio de Valle-Arizpe: Santiago de Chile, 10 de abril de 1921; Buenos Aires, 28 de septiembre de 1922; Madrid, 5 de julio de 1930 y México, 21 de agosto de 1936; dos a Rafael Alberto Arrieta: Santiago de Chile, 8 de noviembre de

junto con los fragmentos de un papel dirigido a un desconocido en los que González Martínez recordaba al fallecido Julio Serratos, uno de sus amigos más cercanos en los tiempos de Guadalajara. Los fragmentos, publicados por una revista de la capital de Jalisco, Flor de Lis, en 1897, fueron proporcionados por Francisco González Guerrero a la redacción de Ábside, junto con la misiva de Osuna. Además, González Guerrero hizo reproducir en esta entrega las cartas que había dado a conocer en El Universal al principio de esta historia, y una más, inédita hasta entonces. Una carta de Amado Nervo y cuatro de Alfonso Reyes cierran el último paquete que la revista de Méndez Plancarte publicó en memoria de Enrique González Martínez.³¹

1921 y Buenos Aires, 31 de agosto de 1923; una a Roberto Padilla Uribe: México, 26 de enero de 1949.

³¹ [A. Méndez Plancarte, ed.], "Para el epistolario de González Martínez", en Ábside XVIII: 4, pp. 496-519. Esta entrega contiene una carta dirigida a un desconocido: [1897]; una a Sixto Osuna: México D. F., 19 de octubre de 1918; una a Amado Nervo: México D. F., 4 de julio de 1917; tres a Francisco González Guerrero: Puebla, 2 de diciembre de 1913; Madrid, 31 de marzo de 1931 y México, 2 de mayo de 1949; cuatro a Alfonso Reyes: Santiago de Chile, 29 de diciembre de 1920; Buenos Aires, 18 de enero de 1924; Madrid, 22 de julio de 1926 y Madrid, 11 de septiembre de 1926.

Capítulo quinto

El sentido social de las exequias

La divergencia de las normas literarias

El 19 de febrero de 1952 murió Enrique González Martínez. Inmediatamente, el medio periodístico reaccionó con un vigor que merecería algún comentario por parte de los estudiosos dada la atención pública que, en un momento de reorientación radical de la cultura mexicana, logró suscitar un poeta que había publicado su primer libro en 1903, Preludios, y cuyo poema más divulgado, “Tuércele el cuello al cisne...”, forma parte de un libro correspondiente a 1911, Los senderos ocultos.¹

Un largo tiempo había transcurrido entre la primera madurez literaria y el fallecimiento de González Martínez. Poco había en común entre el México de los últimos años del Porfiriato y el de los últimos meses del sexenio de Miguel Alemán; muy poco, como no sea un Estado extendido sobre casi todos los ámbitos de la vida pública, un gobierno fuerte y autoritario, una sociedad rigurosamente jerarquizada y, en última instancia, una buena parte del capital cultural organizado en torno del Estado y atendido

¹ Preludios fue publicado en Mazatlán, Imp. y Casa Editorial de M. Retes y Cía. Sucs.; Los senderos ocultos, en Mocorito, bajo el sello de la Imprenta Editora de “Voz del Norte”.

a la administración de sus instituciones. Este hecho nos dará una pauta para la explicación del relieve que cobraría una figura literaria aparentemente distante de los intereses de la sociedad en 1952.

La muerte consignada por los diarios de México el 20 de febrero correspondía a un poeta asociado comúnmente a la crisis que prolongó por casi tres décadas de nuestro siglo la vigencia del prestigio de la poesía modernista. Los epítetos que distinguieron al doctor González Martínez a lo largo de su vida indican el núcleo de los valores públicos asignados a su obra, así como la zona de los afectos sociales en que se depositaría su memoria. Nos referimos a las designaciones de González Martínez como el poeta que le torció el cuello al cisne y como el hombre seducido por la gravedad nocturna del búho. Sin embargo de esta vulgarización de sus prendas más epidérmicas, el elogio fúnebre en favor de don Enrique ocurrió en un momento en el que ya había corrido mucha agua bajo los puentes de la poesía mexicana del siglo XX.

En primer lugar, en ese cauce se había diluido el debate sobre la poesía pura, así como algunos intentos de asimilación de la poesía popular hispánica y la vanguardia poética europea y norteamericana por parte de los Contemporáneos; además, a estos poetas debemos la animación de una polémica en torno al nacionalismo de consecuencias notables en la postulación de un relato historiográfico sobre la poesía mexicana que pretendería actualizar y terminaría por sustituir el andamiaje correspondiente levantado por el modernismo. Los Contemporáneos también participaron en la reincorporación de la poesía y la poética de Sor Juana a los valores canónicos de la cultura mexicana, capítulo independiente pero complementario de la recuperación de Góngora por parte de los escritores españoles de la Generación de 1927. Ambas apropiaciones son los síntomas

más notables de un proceso social y estético que replantearía la filosofía literaria del periodo, corrigiendo la desconfianza casi instintiva que los escritores del siglo XIX profesaron ante las normas del Barroco, de acuerdo con su lectura de la tradición lírica de México. Esta lectura terminaría por prestar su concurso en la corrección, la contención y el decoro impuestos a la norma modernista luego del agotamiento de sus años, digámoslo así, químicamente puros.

Bajo el puente de la poesía mexicana también había cruzado Alfonso Reyes, lector de Mallarmé, consciente de la renovación que el maestro de Valvins operaría en el modo de comprender la poesía, y valedor de Góngora, tan eficaz en la filología --de la mano del hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc y por cuenta propia-- como en la crítica y el oficio de los versos. Hay que incluir en esta nómina apresurada a los poetas reunidos en torno de las revistas Taller y Tierra Nueva, y, en última instancia, a una comunidad de hombres de letras asociada a la revista El Hijo Pródigo, un documento periódico en el cual queda contenido el estado más pleno que a la sazón guardaban las nuevas orientaciones públicas de la literatura. Las ideas y los poemas de Octavio Paz deben ser tomados en cuenta por los investigadores como un síntoma del nuevo estado de cosas. Noción como poesía moderna, revelación, experiencia y comunión poéticas podrían ser el objeto de un proyecto de estudio orientado al examen de las condiciones del capital simbólico imperante en la poesía mexicana del medio siglo.²

² Para abundar en estos temas, véase A. Stanton, Inventores de tradición, FCE, 1998; A. Reyes/H. Pérez Martínez, A vuelta de correo, UNAM, 1988; M. Capistrán, "México, Alfonso Reyes y los Contemporáneos", en Los Contemporáneos por sí mismos, pp. 9-44; G. Sheridan, Los Contemporáneos ayer, FCE, 1985; A. Reyes, Culto a Mallarmé, en Obras completas de..., pp. 17-239; O. Paz, Itinerario, FCE, 1993; Primeras letras (1931-1943), Vuelta, 1988; E. M. Santí, El acto de las palabras, FCE, 1997; Stanton, Anthony,

En un momento en que los escritores mexicanos se empeñaban en la conquista de la “modernidad literaria”, la muerte de un poeta tan lejano de las pasiones dominantes del periodo, así como la consideración que despertó el hecho aquí y allá, muestran que esa institución literaria no compartía completamente el proyecto “modernizador” de la cultura, y persistían en ella algunos enclaves ajenos a los presupuestos y las consecuencias de dicho proyecto. Antes que un sistema organizado en torno a una sola norma de valores, estamos frente a un escenario en el cual convivían normas diferentes y hasta divergentes entre sí.

La resonancia periodística del deceso

La muerte de Enrique González Martínez desencadenó en la prensa diaria de México una cobertura informativa tan diligente como nutrida. El velorio, los funerales y los homenajes fueron atendidos por los periodistas en notas, crónicas y reportajes copiosos.³ Algunos articulistas también volvieron la

"La prehistoria estética de Octavio Paz: los escritos en prosa (1931-1943)", en Literatura Mexicana, II: 1, pp. 23-55; J. Cuesta, Antología de la poesía mexicana moderna, SEP/FCE, 1985; J. L. Martínez, Literatura Mexicana. Siglo XX, CNCA, 1990.

³ Destacamos, en primer lugar, los escritos publicados en el diario que “cubrió” el acontecimiento con mejores despliegues periodísticos, de acuerdo con el canon profesional de la época, El Universal. Aquí sólo la lista de los autores que podrá cotejarse en la bibliografía general: E. Carrasco Zanini, y algunas notas anónimas. Novedades hizo lo propio desde un punto de vista, si cabe decirlo así, más discursivo, en estrecha relación con lo que cabía esperar de un diario dirigido por una personalidad como Alejandro Quijano: R. Sansores, G. Chapela, F. Gaitán, y los consabidos trabajos anónimos; cabe destacar que este periódico dedicó a González Martínez uno de sus editoriales, reprodujo un poema en las páginas de opinión y publicó varios artículos en lugar destacado: E.

cara hacia el acontecimiento luctuoso y se pronunciaron al respecto hablando, ya se sabe, de cisnes ahorcados y búhos circunspectos.⁴ En honor del poeta llegó a recordarse una polémica que había terminado con la exoneración del doctor de andar matando patos en los estanques de la lírica iberoamericana, y le reconocía, en cambio, el haber fustigado a imitadores de Rubén Darío, ya no digamos sin genio, pero ni siquiera talento.⁵

González Martínez, "Sor Juana y su milagro", en Novedades, 20 de febrero de 1952, p. 5 [reproducción del poema publicado en la revista El Nicolaíta del día 16 de febrero]; Anónimo, "La eterna primavera de González Martínez", en Novedades, 21 de febrero de 1952, p. 4 [editorial]; A. Formoso de Obregón Santacilia, A. Quijano, A. Reyes, E. Luquín, A. E. Blanco; el periódico Excélsior no quedó al margen de estas manifestaciones, si bien es cierto que su cobertura periodística es un poco más modesta: varias notas anónimas, Freyre, caricatura conmemorativa (Excélsior, 21 de febrero de 1952, p. 20), Antoniorrobles, y M. E. Bermúdez.

⁴ En esta nota me dispense de la obligación de citar con precisión artículos que luego serán abordados en el curso de este capítulo. Tal es el caso de las páginas de Alfonso Junco, Francisco González Guerrero, Alfonso Méndez Plancarte, Nemesio García Naranjo, Carlos Chávez, Max Aub, Enrique González Rojo, hijo, Antonio Gómez Robledo, Luis Noyola, Celestino Herrera Frimont, José Luis Martínez, Agustín Yáñez, Miguel Prieto, Henrique González Casanova y Alfonso Reyes. Añado a la nómina: Salvador Azuela, "Evocación de González Martínez", en El Universal, 15 de marzo de 1952, pp. 3 y 14; F. González Guerrero, "Autores y libros. Un bohemio rezagado: 'Júbilo'. Las memorias de González Martínez", en El Universal, 1 de marzo de 1952, pp. 3 y 7.

⁵ Un ejemplo: Nemesio García Naranjo, "El hombre del búho", en Novedades, 27 de febrero de 1952, pp. 4 y 9. Para García Naranjo es claro que González Martínez nunca pretendió polemizar con Rubén Darío. En esto no hace sino repetir lo que el propio poeta mexicano se ocupó en explicar tantas veces. Sin embargo, añade un granito más a la explicación: la reacción antimodernista que caracteriza el hombre del búho no es obra de una personalidad sino de la sucesión de las generaciones: "La verdad es que la reacción

La prensa diaria se volcó sobre el busto público y la estela oficial del autor, subrayando los acontecimientos relacionados con instituciones tradicionales y conservadoras del patrimonio y el prestigio de una literatura nacional. Nos referimos a las zonas que un Estado moderno consagra a prácticas sociales que, tanto en lo institucional como en lo simbólico, el pasado reciente sancionó en las academias y todo tipo de claustros literarios; claustros y academias legalizados por la frecuentación no sólo de hombres

antimodernista de la segunda década del presente siglo, más que en los versos de González Martínez, se encontraba en la juventud literaria de aquel entonces.” (p. 4.)

Poco antes de morir, Enrique González Martínez todavía tuvo ocasión de explicar su llamado a torcer el cuello del cisne al margen del propósito de enarbolar una doctrina estética o de la intención de agitar la bandera de un manifiesto literario. “En realidad el poema no era, como definido propósito, ni una ni otra cosa, sino la expresión reactiva contra ciertos tópicos modernistas arrancados al opulento bagaje lírico de Rubén Darío, el Darío de Prosas profanas y no el de Cantos de vida y esperanza. Dejando a un lado lo esencial en la poesía del gran nicaragüense, se prolongaba en sus imitadores lo que podríamos llamar exterioridad y procedimiento. [...] Lo único que estaba a la mano de los imitadores era lo temático --cisnes, pajes, princesas--; la métrica --ya tomada de Francia o de la vieja poesía española--; la adjetivación, que a fuerza de repetida por ellos perdía eficacia y novedad; en general, la palabra, estéril para quien la hurta, y no el espíritu, fecundo y renovador.” En E. González Martínez, Tuérccele el cuello al cisne... Soneto, p. 8. Una postulación similar es la que González Martínez dio por respuesta al investigador José Manuel Topete; el cuestionario y las contestaciones fueron reproducidas por R. Heliodoro Valle en “El mundo poético de González Martínez”, p. 10: “Sobre mi soneto 'Tuérccele el cuello al cisne...' ya he declarado puntos esenciales. Dije en varias ocasiones que en el poema no hay en el menor intento de atacar a Darío [...]. Mi poema no va contra nadie, y el tono admonitivo que en él empleo y que usé por aquel tiempo en muchos poemas míos, no es sino un artificio retórico. No me dirijo a tal o cual lector, sino a mí mismo, asqueado como estaba yo de tanto oropel decorativo, de tanta frivolidad sin alma.”

de letras en vías de la culminación de su poder espiritual sobre la sociedad, sino por los hombres dedicados a los asuntos de gobierno.⁶

Así, en el caso de González Martínez, la prensa destacó el homenaje de la República rendido en el Palacio de las Bellas Artes y relató el traslado del féretro sobre los hombros del representante oficial del presidente de la República, el secretario de Educación, el enviado de la Universidad Nacional y el director del Instituto Nacional de Bellas Artes, entre otros, hacia la carroza que conduciría el cuerpo al cementerio del Estado, Dolores. En el panteón, se llevó al cabo una solemne ceremonia que los reporteros no dejaron de destacar en sus informes; allí, los representantes de El Colegio de México, la Academia Mexicana, la Universidad Nacional, el Comité Nacional de la Paz y el Seminario de Cultura Mexicana, entre otras corporaciones, pronunciaron los discursos fúnebres que les habían sido encargados, para luego dar paso a la inhumación de los restos del poeta entre los hombres ilustres del país.⁷ Eduardo Luquín juzgó de este modo la magnificencia del acto:

⁶ P. Benichou, La coronación del escritor, pp. 22-73; aunque este tema no sea su objeto de estudio, conviene revisar J. Ruedas de la Serna, coordinador, De la perfecta expresión, UNAM, 1998. Los trabajos reunidos en este libro ilustran el papel que las asociaciones literarias y los claustros académicos han desempeñado en el reclutamiento y formación de las élites políticas y culturales del México independiente, así como en la formulación de su capital cultural. Los manuales de retórica y poética, verdadera preocupación de la obra, ocupan un lugar preponderante en la formación de ese capital.

⁷ Rogerio de la Selva, secretario de la Presidencia, fue el encargado de representar oficialmente al presidente Miguel Alemán en las exequias; Manuel Gual Vidal era el secretario de Educación Pública; Raúl Carrancá Trujillo, Secretario General de la Universidad, fue el representante de esta institución, y Carlos Chávez el director del Instituto Nacional de Bellas Artes. José Vasconcelos asistió al entierro en representación de El Colegio de México, Alejandro Quijano, Francisco Castillo Nájera y Alberto María

Su sepelio tuvo, como el de Amado Nervo, las proporciones de una demostración nacional. [...] González Martínez nunca esperó seguramente que habrían de llegar hasta el borde de su tumba los valores más altos de la política y del pensamiento mexicanos.⁸

Los periodistas citaron los discursos de estos notables y reprodujeron el currículo de un poeta que fue diplomático y servidor público, y cuya trayectoria cruza la primera mitad del siglo XX de acuerdo con un discurso de continuidad, concordia y mejoramiento social.⁹ En fin, gestos y actitudes de Estado, enraizados en una filosofía política de corte clásico cuyas implicaciones simbólicas tienen su modelo más acabado en la Francia ilustrada y revolucionaria.¹⁰

Por su parte, el medio cultural reaccionó con discreción. La tendencia general fue de respeto. En su mayoría, estas manifestaciones reflejaron los actos de las exequias, tal y como veremos inmediatamente en el caso del

Carreño representaron a la Academia Mexicana, Wilberto Cantón a la UNAM, Efraín Huerta al Comité Nacional de la Paz y Carlos Graeff Fernández al Seminario de Cultura Mexicana.

⁸ E. Luquín, "La muerte del poeta González Martínez", p. 5.

⁹ Cfr. J. Pérez Moreno, "El doctor Enrique González Martínez, ilustre poeta, murió ayer", en El Universal, 20 de febrero de 1952, pp. 17, 23 y 28.

¹⁰ D. A., Brading, "El republicanismo clásico y el patriotismo criollo", artículo recogido en Mito y profecía en la historia de México, especialmente pp. 95-109.

periódico del Estado. El resto sigue una actitud contenida, prudente, reflejo de las tensiones en el campo literario que colocarían en un segundo plano el modelo de la poesía de González Martínez.

La Revista Mexicana de Cultura, suplemento de El Nacional, órgano del gobierno, estuvo a la cabeza del recordatorio fúnebre, quizá por la índole de la posición pública desde la cual se pronunciaba, necesariamente ligada a las zonas en que la cultura y el poder se intersectan; quizá por el temple generacional de quienes administraban sus páginas, hombres de la generación de 1929 y españoles republicanos. Por lo tanto, no será una sorpresa que el homenaje se haya iniciado con la reproducción de la oración pronunciada por Carlos Chávez, director del Instituto Nacional de Bellas Artes, en representación del Secretario de Educación Pública.¹¹

Este gesto tuvo como repercusión, en una entrega del suplemento inmediatamente posterior a la que contiene las palabras de Chávez, una elegía de Luis Noyola. Grave elegía redactada en tercetos endecasílabos de rima tradicional, cruzados de alusiones clásicas.¹² Se trata de una celebración de Enrique González Martínez escrita desde la perspectiva de la antigüedad clásica, no sólo en lo que se refiere a la elección de la forma y la profusión de recursos retóricos en tal sentido, sino también en lo que toca a los atributos que se confieren al escritor. Para explicar este aspecto, baste destacar la imagen del poeta que aun muerto vuelve a la vida en virtud de la buena simiente de la tradición clásica que ha alimentado su numen; tópico

¹¹ C. Chávez, "El poeta Enrique González Martínez. Oración fúnebre", en Revista Mexicana de Cultura de El Nacional, 2 de marzo de 1952, p. 1.

¹² L. Noyola, "En la muerte de don Enrique González Martínez", en Revista Mexicana de Cultura de El Nacional, 9 de marzo de 1952, p. 5.

postulado gracias a la proyección de un hecho de la vida agrícola en el campo de las creaciones del hombre.

Al morir el cantor del vial oculto,
el íntimo dolor, la interior fiesta,
por encima de raza, lengua y culto
sigue su voz cantando en la floresta
la vuelta de la vida en el renuevo.¹³

Desde una zona similar del discurso público tomó la palabra Universidad de México, entonces órgano oficial de la Universidad Nacional Autónoma de México que, aunque ya en el camino de su transformación editorial, todavía no era la revista literaria independiente que llegaría a ser bajo la dirección de Jaime García Terrés, y conservaba la orientación oficiosa que caracterizaba su razón de ser desde los años 30. Así que, obligada a dar cuenta de las actividades y los intereses de la burocracia universitaria, la revista publicó un breve artículo, a manera de esquila,

¹³ Loc. cit. Por otra parte, anoto al paso que Luis Noyola acababa de publicar en el mismo suplemento un artículo sobre las aficiones campestres de Manuel José Othón en lo que se refiere a sus recursos literarios. De acuerdo con su punto de vista, el origen de la vocación bucólica de Othón debe explorarse en su infancia provinciana, en lugar de influencias reconocidas y acreditadas años más tarde, como la de una observación crítica de Manuel Puga y Acal, y el ejemplo de la lírica de Joaquín Arcadio Pagaza. Además de este cauce proveniente de la experiencia de un niño avecindado en el centro de la república y seducido por el campo, Noyola sugiere que el trabajo de José Tomás de Cuéllar en San Luis Potosí debió ser una guía mucho más temprana y perdurable en el poeta Othón que las comentadas de Pagaza y de Puga y Acal. Consúltese L. Noyola, "Los cauces poéticos de Manuel José Othón", en Revista Mexicana de Cultura de El Nacional, 20 de enero de 1952, pp. 8-9.

firmado por uno de sus redactores, Agustín Yáñez.¹⁴ En las palabras de Yáñez vuelve a sonar una de las notas dominantes en la articulación de la imagen pública de González Martínez: en el poeta se reunían la calidad del artista y la bondad del hombre. Unión indisoluble que ni alcanza a distinguir, ni lo pretende, el ámbito de los atributos de la creación artística del dominio de las virtudes morales de la persona, según una norma que el propio González Martínez ejerció y difundió en su poesía y en sus ideas sobre la poesía. Yáñez también incurrió, como tantos otros, en el elogio de la juventud preservada admirablemente en el poeta octogenario. Sin embargo, en este artículo hay una idea que aunque sólo se atreviera a enunciarla un escritor como Yáñez, sensible y militante de los afluentes regionales de la

¹⁴ A. Yáñez, "En la tumba de Enrique González Martínez (20 febrero 1952)", en Universidad de México, marzo de 1952, p. 21. Esta colaboración del novelista Agustín Yáñez es el documento que leyó públicamente en el panteón civil de Dolores, ante la sepultura de González Martínez, con la representación del gobierno del estado de Jalisco, en una ocasión en que los representantes de diversas instituciones hicieron uso de la palabra con el mismo propósito. A este respecto, conviene leer un fragmento del relato de los acontecimientos que Yáñez le hiciera a Jesús González Gallo, mandatario jalisciense al que había representado: "Cumpliendo el honroso encargo que telegráficamente me confirió usted, asistí en representación del Estado de Jalisco a los funerales del esclarecido coterráneo, doctor Enrique González Martínez, en cuya casa expresé a sus familiares [...] las condolencias de usted y del pueblo jalisciense, en cuyo nombre envié una ofrenda floral y, con los señores doctor Mariano Azuela, licenciado Antonio Pérez Verdía y Salvador Gálvez, Francisco González Guerrero y J. Jesús Ibarra, montamos la penúltima guardia que se hizo al cadáver en el vestíbulo de Bellas Artes; adjunto a usted el texto de las palabras que dije con la propia representación, en la Rotonda de los Hombres Ilustres; finalmente expresé las condolencias de Jalisco a El Colegio Nacional, a la Academia Mexicana de la Lengua y al Seminario de Cultura Mexicana, instituciones de que fue miembro ilustre el doctor González Martínez." M. A. Yáñez y P. Morales Lara, "Cartas de y para Agustín Yáñez", en Literatura Mexicana VIII: 2, pp. 797-798 (AY/JGG, México D. F., 22 de febrero de 1952).

cultura nacional, opera en no pocos testimonios del periodo, sobre todo en los exhumados por Alfonso Junco y Alfonso Méndez Plancarte; testimonios que terminarían por convertirse, como veremos, en el centro de estos homenajes póstumos. Se trata de un elogio al particularismo de los objetos de la cultura, fundado en una estrecha y celosa relación con la tierra que le es propia. Un vínculo agrario que ni es ajeno a la tradición clásica ni lo es a la historia contemporánea de México. Agustín Yáñez recuerda a sus lectores que se ha entregado a la tierra a un hijo de Jalisco. Todos deberíamos tener presente, según esta pieza pronunciada al borde de la sepultura de González Martínez, que el servidor de la patria mediante el oficio de poeta ingresa en el panteón nacional como otros tantos descendientes distinguidos del estado de Jalisco.¹⁵

Un caso que exige comentario aparte es el de la participación, en esta jornada luctuosa, del suplemento dominical del diario Novedades, México en la Cultura, cuya política editorial, a diferencia de Universidad de México, ya había ganado en el periodo un buen terreno en favor de la autonomía artística, la preeminencia de los valores estéticos sobre cualquier otra consideración en el examen de la obra literaria y, en fin, un modo de ver el

¹⁵ En recuerdo de Enrique González Martínez, Universidad de México también publicaría, anónimo, un trabajo de Rafael Heliodoro Valle, entrevistador consuetudinario de la publicación, en la entrega correspondiente a junio de 1952, bajo el título "El mundo poético de González Martínez" (pp. 9-10). Se trata de un cuestionario que José Manuel Topete entregó a González Martínez con el propósito de recabar información para la elaboración de una monografía universitaria sobre el poeta. Las respuestas acompañan a las preguntas de Topete. Este documento no hace otra cosa que reincidir en aspectos bien conocidos de la obra del escritor y el modo en que su personalidad se ha proyectado públicamente. Rafael Heliodoro Valle, ahora sí con la constancia de su firma, reprodujo su colaboración periodística en Armas y Letras, de Monterrey, agosto de 1952, pp. 2 y 7.

arte presidido por los valores de la originalidad, la individualidad y la independencia. Hablamos de un escenario propicio para la formación y el crecimiento de la generación de Medio Siglo. De ese modo, en el número correspondiente al 24 de febrero de 1952, dos de los responsables del suplemento, Miguel Prieto y Enrique González Casanova, publicaron una brevísima nota en la que consignaron el fallecimiento del poeta. Además de esta consignación cortés y respetuosa, Prieto y González Casanova promulgaron el luto en las letras de México. No más. No mucho más en ese recuadro remitido al octavo inferior izquierdo de la página tres.¹⁶

Seis semanas más tarde, el suplemento publicó un artículo de Celestino Herrera Frimont y, en la entrega siguiente, uno de José Luis Martínez. El primero será un resumen de la imagen más difundida y aceptada de la poesía de González Martínez: versos depurados propios para la expresión de una emoción sincera y un pensamiento profundo; elegancia y decoro ajenos al recargamiento y al adorno inútil; una actitud reflexiva que confiere al proyecto del artista una dimensión ética.¹⁷ El segundo comprende un encomio del poeta longevo que siempre permanece vigente, en posesión de una juventud que proyecta sus beneficios a los demás por medio de

¹⁶ M[iguel] P[rieto] y H[enrique] G[onzález] C[asanova], “Las letras mexicanas de luto”, en México en la Cultura de Novedades, 24 de febrero de 1952, p. 3.

¹⁷ “Poesía finamente depurada es la suya, honda en la emoción, particularmente grata al oído en la expresión que se fuga de la retórica, en la que campea la sencillez y el pensamiento profundo. [...] Prevalece en su lírica, como lo señaló el gran dominicano Henríquez Ureña, lo ético sobre lo estético y tal vez debido a ello la eleve a las virtudes de la fuerza, la bondad y el ensueño [...] para llegar en ascensión perpetua a mayor serenidad y mayor sinceridad.” C. Herrera Frimont, “González Martínez, el poeta de la honda emoción”, en México en la Cultura de Novedades, [13] de abril de 1952, p. 7.

lecciones poéticas, intelectuales y amistosas; por otra parte, Martínez es uno más entre los que señaló en esa ocasión la dilatada trayectoria del poeta, sin menoscabo de coherencia a pesar de su paso entre muchas épocas y modos poéticos, “fiel a su propio estilo y a su propio mensaje profundo”.¹⁸ En ambos artículos publicados por Fernando Benítez --el periodista que se convertiría a poco en el tutor de una generación que replantearía los valores públicos del ejercicio literario--, quedarían plasmados los términos y las fronteras en que González Martínez sería incorporado al patrimonio activo de la institución literaria de México al mediar la centuria. Las fronteras y los términos que los escritores contemporáneos impondrían a una poesía de raigambre clásica y tradicional, normativa y con implicaciones morales. Así, para este núcleo de escritores e intelectuales en vías de convertirse en árbitros de la cultura mexicana, la poesía de Enrique González Martínez quedaría enmarcada como un dato de la civilización, un valor comprendido en el balance de cuentas del pasado, antes que una orientación actuante.¹⁹

¹⁸ “Era en verdad cosa inusitada esta permanencia de la siempre nueva y joven luz de poesía y humanidad que alentaba nuestro gran amigo [...]. Su ausencia deja vacío el más alto sitio de nuestra lírica contemporánea y nos priva de uno de los más nobles ejemplos de sabiduría humana y de reciedumbre intelectual y moral.” J. L. Martínez, “La vida literaria”, en México en la Cultura de Novedades, 20 de abril de 1952, p. 7.

¹⁹ Citamos a un representante especialmente agudo de esta actitud: Emilio Uranga, escritor y filósofo que cumplió con los designios de su generación, la de Medio Siglo, en el terreno de la especulación filosófica. Entendió como pocos entre sus coetáneos el sentido de la civilización clásica, aunque siempre como opuesto al de la creación romántica. Consúltense especialmente los ensayos “La filosofía como literatura” (1958) y “Fantasías sobre un personaje póstumo” (1967), recogidos en Ensayos, pp. 29-52, especialmente pp. 34-35 y 48-50.

Al margen de estos casos, imperaron la discreción y la cortesía.²⁰ A los amigos de la revista Ábside correspondería el comentario extenso de los valores literarios que el partido de las normas clásicas confería a la obra y a la personalidad de Enrique González Martínez.

Elogio del pasado arcádico

Apenas tres días habían pasado luego del deceso de González Martínez, cuando el escritor católico Alfonso Junco publicó en el diario Novedades el resumen y algunas citas de una carta que Enrique González Martínez había

²⁰ En los comentarios sobre la vida y la obra de Enrique González Martínez propiciados por su fallecimiento, también es notable un interés por el compromiso social del poeta. En su manifestación más pura, esta observación llega a postularse como una toma de conciencia del artista ante los padecimientos de los hombres, de acuerdo con una lectura imbuida de convicciones románticas y sociales. Es el caso de dos artículos publicados por don Jesús Silva Herzog en la revista que había fundado y a la sazón dirigía, Cuadernos Americanos. No es una sorpresa, dada la hospitalidad que este documento brindó a tales convicciones en su páginas. Se trata de Max Aub, "Enrique González Martínez y su tiempo", y de Enrique González Rojo, hijo, "Recuerdos de mi abuelo el doctor Enrique González Martínez", ambos en la entrega correspondiente al bimestre julio-agosto de 1952, pp. 226-236 y pp. 237-241, respectivamente. No sólo las convicciones propias de la época y la poesía que González Martínez ensayó en sus años finales estimularon esta "lectura social" del poeta, sino también un viejo tópico referido a la sinceridad y la profundidad de la emoción logradas por un artista genuinamente interesado, más aún, solidario, del drama de los hombres y de las cosas. Este elogio de la comunión casi religiosa del poeta con la agonía del mundo que se gestó, en el caso de nuestro escritor, a la hora en que González Martínez reorientó definitivamente su lenguaje literario hacia los valores de la austeridad, la prudencia y el decoro, en beneficio de la construcción lírica de una emoción más pura, profunda y perdurable, alimentó la lectura social de su obra.

enviado a su padre, el poeta Celedonio Junco de la Vega, radicado en Monterrey, el 21 de agosto de 1902.²¹ González Martínez escribe este documento en la víspera del día en que confiaría a la imprenta la suerte de Preludios, el primero de sus libros de poemas. “Como el librejo --escribió González Martínez a Junco de la Vega-- va a salir sin fines lucrativos, le voy a suplicar que me indique a qué personas de Monterrey --dando yo por escritos los nombres de usted y del doctor Garza Cantú-- puedo mandar el tomito.”²² Inmediatamente después, Alfonso Junco copió un párrafo que contiene información muy valiosa para comprender con exactitud el escenario social en que un médico de provincia como González Martínez cumplía con sus aficiones literarias, y el valor y los atributos que ese médico, al lado de sus amigos, conferían a la literatura. Así, González Martínez se entrega en la carta al recuerdo del círculo intelectual de Guadalajara que conoció en 1896: poetas, pintores, músicos y literatos reunidos mensualmente en sesión solemne con repercusiones no sólo en el ámbito de las personas ocupadas en los asuntos de la cultura, sino también en el terreno de las personalidades de la vida social. Un círculo en el cual González Martínez rememora personajes notables que merecen toda su consideración como “cultivadores entusiastas de las letras”, responsables de publicaciones periódicas como la República Literaria, “que honraba a Guadalajara y al país

²¹ Alfonso Méndez Plancarte hizo cumplida referencia de este hecho en su revista, citando una parte del artículo de Alfonso Junco. Hizo lo propio en el caso de Francisco González Guerrero quien, lo adelantamos, observaría una conducta similar a la de Junco, de la cual daremos noticia inmediatamente. Véase [A. Méndez Plancarte], “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 2, pp. 137-138.

²² A. Junco, “Don Enrique y don Cele”, en Novedades, 23 de febrero de 1952, p. 4. (EGM/CJV, 21 de agosto de 1902.)

entero”. Entre las prendas de esa reunión selecta, congreso local en el que han quedado representados los hombres más notables de la ciudad en virtud de sus merecimientos intelectuales y artísticos, evoca a José López Portillo y Rojas, a Victoriano Salado Álvarez, Rafael de Alba y Manuel Caballero, entre otros. Sin embargo, la representación imaginaria que González Martínez va construyendo ante los ojos de Celedonio Junco de la Vega se organiza según una nota dominante: el paso del tiempo. Los años han terminado por desarticular aquel pasado arcádico en que el poeta González Martínez fue feliz entre los suyos, en torno a los bienes de la poesía, y al margen de los asuntos enojosos del mundo de todos los días. La memoria fervorosa subraya la excepcionalidad de esta representación de la vida artística, tanto más extraordinaria por cuanto se ha perdido.²³

Alfonso Junco prometió hacer del conocimiento de sus lectores en Novedades el epistolario completo entre su padre y González Martínez. Semana tras semana, en el espacio de su columna periodística, Junco cumplió su promesa.²⁴ En esta serie de colaboraciones, nos parece que radica

²³ Ibid., pp. 4-5.

²⁴ Además de la entrega ya referida, A. Junco publicó seis artículos más: “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 1 de marzo de 1952, p. 4 (contiene la noticia de la carta EGM/CJV, Sinaloa, 3 de octubre de 1902); “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 8 de marzo de 1952, pp. 4 y 8 (contiene la noticia de la carta EGM/CJV, Sinaloa, 13 de noviembre de 1902); “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 15 de marzo de 1952, p. 4 (contiene la noticia de la carta EGM/CJV, Sinaloa, 24 de diciembre de 1902); “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 22 de marzo de 1952, pp. 4 y 7 (contiene la noticia de las cartas EGM/AJV, Elota, Sin., 4 de marzo de 1903 y EGM/AJV, Elota, Sin., 6 de abril de 1903); “El primer libro de González Martínez”, en Novedades, 29 de marzo de 1952, pp. 4 y 10 (contiene la noticia de la carta EGM/CJV, Mocorito, Sin., 9 de junio de 1903); “La

el primer gesto significativo entre quienes se sumaron al duelo por González Martínez más allá de la piedad y de la cortesía, y que terminarían reuniéndose en la revista Ábside. Gesto notable en virtud de la difusión de los recursos significativos y simbólicos de una representación como la proyectada por González Martínez en su primera carta a don Celedonio: el círculo de los artistas entendido como una sociedad restringida, autónoma, regida por una racionalidad que le es propia, y que otorga a sus miembros la oportunidad de un trato igualitario y solidario entre sí, así como el privilegio de una distancia protectora ante los demás.

Sin embargo, el hombre que sigue escribiendo a don Celedonio es un médico a salto de pueblos en el norte del país que alguna vez se vio obligado por el rigor de la peste bubónica a dejar para mejor momento “las literaturas”;²⁵ un médico que ha hecho, contra su voluntad, de su primer libro, un cajón de sastre en el que va a parar la acumulación de los años de sus aficiones líricas, y no un proyecto concebido, organizado y ejecutado de principio a fin; un profesional aficionado a las artes que debe tolerar atrasos y tropiezos en la edición de su libro.²⁶ De modo que en esta representación de la vida artística hay una cuota de desecho, una aspiración que también interviene en esta postulación ideal del escritor a principios de siglo. Nos

última carta”, en Novedades, 5 de abril de 1952, p. 4 (contiene la noticia de la carta EGM/CJV, Mocerito, Sin., 21 de julio de 1903).

²⁵ A. Junco, “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 22 de marzo de 1952, p. 4. (EGM/CJV, 4 de marzo de 1903.)

²⁶ A. Junco, “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 8 de marzo de 1952, p. 4.

referimos a la aspiración a regularizar y normalizar el ejercicio de la poesía, y sancionar en su favor un espacio social autónomo.

Para los años en que González Martínez escribe a Junco de la Vega, 1902 y 1903, el primero no sólo parece satisfacer sus deseos mediante la nostalgia, sino que también dirige su voluntad y su atención hacia la sólida referencia de la Revista Moderna, por cuyos escritores profesa una admiración apenas disimulada. En él, como en tantos otros escritores notables del periodo avecindados en la provincia de México, priva una imagen contradictoria de los escritores reunidos en torno de la revista de Jesús Valenzuela, la plana mayor del modernismo metropolitano. Por un lado, opera el consabido rechazo, alimentado por una reacción conservadora y tradicionalista ante el mundo físico y simbólico encarnado por la capital del país: el mundo del cambio y del progreso, las innovaciones, la suspensión y la crítica de las tradiciones en beneficio de asimilaciones extrañas. Algo tiene que ver en este rechazo el factor de la administración pública centralista de Porfirio Díaz, que inflige una y otra vez agravios a la autonomía y la identidad de diferentes regiones del país. En lo que se refiere a una zona de la representación pública de los escritores modernistas, éstos aparecen como beneficiarios de tal orden de cosas. No obstante, entre las élites culturales de la provincia y las de la capital hay una comunidad palmaria en materia de ciertas lecturas y, sobre todo, en las aspiraciones y los deseos propios de la representación ideal del artista que domina aquí y allá a los escritores de México en los años finales del Porfiriato. El deseo de una habitación propia en el edificio de la República. Enrique González Martínez sintió con todo su peso esta inquietud; en ella radica una parte sustancial de la explicación de su traslado a la ciudad de México y, un poco antes, la atención que dispensó a la Revista Moderna.

En cualquier caso, el aspirante a ocupar un escaño en la república literaria de la capital del país prueba en sus cartas a Celedonio Junco de la Vega la existencia y la eficacia de circuitos de producción y consumo de bienes culturales que trasladan de ciudad en ciudad revistas, periódicos y libros; noticias de diferentes asociaciones y círculos de escritores; colaboraciones periódicas y, prueba de la madurez de estos circuitos, el comentario de prestigios regionales que se convierten en la referencia no sólo de opiniones, sino de prácticas de lectura y de escritura. Se trata de circuitos regionales no sólo autónomos en el orden de la cultura, sino también recelosos, cuando no francamente hostiles, ante la institución literaria de la capital del país. Regiones agraviadas por el gobierno autoritario de Porfirio Díaz que habían conducido el cobro de las cuentas pendientes al ámbito de las tradiciones literarias.²⁷ En estas zonas, algunos aspectos de la tradición clásica se convirtieron en el eje de un espacio de resistencia ante la profunda revisión crítica del pasado lírico de México llevada al cabo por los poetas de la Revista Moderna.

Entiéndase que nos referimos a una resistencia específicamente cultural, profundamente enraizada en las matrices culturales que han articulado la vida social de comunidades enteras, poco dispuestas a negociar el prestigio simbólico de las imágenes en torno de las cuales se solidarizan y se reconocen. En la defensa de este orden, hay un ejemplo digno de atención en una de las cartas de González Martínez a Celedonio Junco de la Vega. El caso comienza con un elogio de Manuel José Othón, particularmente del

²⁷ Uno de los estudios que más incitaciones han hecho a este respecto es el de G. Sheridan, estudio introductorio a su edición de R. López Velarde, Correspondencia con Eduardo J. Correa, pp. 9-45.

modo en que Othón “siente” a la naturaleza. Un modo que se ha alejado un tanto de “la serenidad impasible del arte griego”, en beneficio de la naturalidad y la experiencia directa de la vida campestre. En virtud de esta capacidad de la emoción, en torno de los poemas de Manuel José Othón puede celebrarse un encuentro de hombres sólo señalados por la comunidad de la experiencia. Ante esta solidaridad de orden moral, González Martínez no puede comprender

la boga del refinamiento decadentista en el seno de aquellas sociedades enfermas de cultura, donde el espíritu busca algo nuevo, algo no comprendido en el verso desgarrador de Verlaine:

Ah! Tout est bu! Tout est mangé! Plus rien á dire!

pero no entre nosotros que, dígase lo que se quiera, todavía tenemos nuestra Arcadia y unos cuantos goces sanos y puros que saborear con juvenil deleite. Y obras como Poemas rústicos necesitamos para expulsar de entre nuestros literatos esa enfermedad que ha hecho ya desgraciadamente muchas víctimas entre la aristocracia intelectual de nuestra patria.²⁸

La culminación del ejemplo

El mismo día en que Alfonso Junco habló por vez primera de González Martínez, Francisco González Guerrero abrió el capítulo correspondiente al

²⁸ A. Junco, “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 1 de marzo de 1952, p. 4 (EGM/CJV, Sinaloa, 3 de octubre de 1902).

hombre del búho en sus archivos postales en favor de El Universal.²⁹ Se trata de dos cartas; una correspondiente al 2 de diciembre de 1913, en la que González Martínez responde a la invitación que González Guerrero le hizo llegar con el propósito de obtener su colaboración para la revista Nosotros, en lo que se refiere a un número especial de Navidad; la otra, fechada el 31 de marzo de 1931, sirve para dar acuse de recibo del libro Ad altare dei, de González Guerrero, volumen que González Martínez elogia como testimonio del “artista que se depura en forma y en emoción”. Poco hay comparable en estos documentos a la carga significativa que caracteriza las divulgadas por Alfonso Junco. En última instancia, estas cartas son testimonios del trato que el poeta, a la sazón en la Secretaría General del estado de Puebla, mantuvo con uno de los grupos que se disputaban el patrimonio disperso de la cultura mexicana luego de 1913, así como contribuciones a la bibliografía comentada de Francisco González Guerrero.

Al margen de la calificación de estos materiales divulgados por la prensa, el ejemplo estaba dado y cundiría en torno de la revista Ábside, escenario propicio para activar el contenido simbólico de la representación pública del escritor fallecido en 1952. En esas páginas, Alfonso Reyes no haría sino reivindicar la preeminencia que le estaba deparada al respecto, dada su identidad social y las orientaciones de su poesía. Apenas dos días habían transcurrido del deceso, y Reyes ya reclamaba para sí y defendía

²⁹ F. González Guerrero, “Autores y libros. Recuerdos del poeta Enrique González Martínez”, en El Universal, 23 de febrero de 1952, pp. 3 y 20. A la semana siguiente, González Guerrero reincide pero sin lograr despertar nuestro interés: se trata del comentario superficial de las memorias del poeta muerto cuya lectura sugiere al público de su columna. “Autores y libros. Un bohemio rezagado: 'Júbilo'. Las memorias de González Martínez”, en El Universal, 1 de marzo de 1952, pp. 3 y 7.

desde su retiro de Cuernavaca la herencia literaria de Enrique González Martínez:

Achaques de salud impidieronme comparecer funerales González Martínez y desde aquí acompaño el inmenso duelo de la patria. Nadie puede llorar con más amargura que yo la desaparición de mi hermano mayor, aunque él luce ya para siempre como astro de incomparable fulgor en el cielo mexicano; era el más grande y el más bueno, ¡ojalá nuestras juventudes aprovechen su ejemplo!³⁰

Nada más natural que “el hermano menor” se echara sobre sus espaldas la grata obligación de velar la memoria fraterna; vigilar y, en su caso, acrecentar los bienes de la familia. Así, Alfonso Reyes se convertiría en breve en el constructor más importante de la estela fúnebre de Enrique González Martínez. Sólo era cuestión de cobrar un poco de salud y de poner orden en los archivos familiares.

³⁰ [A. Reyes], “Mensaje de Alfonso Reyes con motivo de la muerte de González Martínez”, en Novedades, 22 de febrero de 1952, p. 5. Sobre los achaques sufridos por Reyes, y que según el diario Novedades habían sido la causa de que el enfermo se enterase de la muerte de su “hermano mayor” con cierto retraso, consúltese A. Reyes, Cuando creí morir, Obras completas de..., t. XXIV, pp. 125-136, particularmente.

Bibliohemerografía

ABELLÁN, José Luis, Juan MARICHAL et al

Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1998.

ACEVEDO, Jesús T.

"Diez cartas de...", en Contemporáneos III: 10 (marzo de 1929), pp. 221-238.

ANGENOT, Marc, Jean BESSIERE et al

Teoría literaria. México, Siglo Veintiuno Editores, 1993. Traducción de Isabel Vericat. (Lingüística y Teoría Literaria.)

ANÓNIMO

"El cadáver será inhumado hoy a las 16: 30 hs. en la Rotonda de los Hombres Ilustres", en El Universal, 20 de febrero de 1952, p. 17.

____ "Colofón", en Metáfora I: 1 (marzo-abril de 1955), pp. 43-44.

____ "Colofón", en Metáfora I: 2 (mayo-junio de 1955), pp. 43-44.

____ "Colofón", en Metáfora I: 6 (enero-febrero de 1956), pp. 42-43.

____ "Colofón", en Metáfora II: 7 (marzo-abril de 1956), pp. 44-47 [carta abierta de A. Silva Villalobos a Salvador Azuela].

___ “Colofón”, en Metáfora II: 12 (enero-febrero de 1957), pp. 41-42.

___ “Colofón”, en Metáfora III: 13 (marzo-abril de 1957), pp. 44-45.

___ “Descansan en la Rotonda los restos del lirida jalisciense”, en El Universal, 21 de febrero de 1952, pp. 17 y 25, 2a. parte, 1a. secc.

___ “La eterna primavera de González Martínez”, en Novedades, 21 de febrero de 1952, p. 4.

___ “Homenaje del Ecuador a Enrique González Martínez”, en Excélsior, 21 de febrero de 1952, p. 8.

___ “Lo más granado de la intelectualidad acompañó a los despojos del poeta”, en Excélsior, 21 de febrero de 1952, pp. 3 y 9.

___ “La muerte del poeta González Martínez causa consternación”, en Novedades, 21 de febrero de 1952, pp. 1 y 5.

___ “Obras en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Monumentos a Virginia Fábregas, Mariano Azuela y Enrique González Martínez”, en El Universal, 14 de marzo de 1952, p. 3.

___ “Repentinamente murió el poeta, Dr. González Martínez”, en Excélsior, 20 de febrero de 1952, pp. 1 y 15.

ANTONIORROBLES

___ “En la muerte del poeta. La juventud de don Enrique”, en Excélsior, 21 de febrero de 1952, pp. 6 y 15.

ARELLANO, Jesús

“El punto de una cuestión”, en Metáfora I: 6 (enero-febrero de 1956), pp. 6-9.

AUB, Max

“Enrique González Martínez y su tiempo”, en Cuadernos Americanos LXIV: 4 (julio-agosto de 1952), pp. 226-236.

AUERBACH, Erich

Introdução aos estudos literários. Sao Paulo, Ed. Cultrix, 1970. Tr. José Paulo Paes. (Citamos por una versión española de Jorge Ruedas de la Serna de uso escolar.)

AZUELA, Salvador

“Evocación de González Martínez”, en El Universal, 15 de marzo de 1952, pp. 3 y 14.

BÉNICHOU, Paul

La coronación del escritor. 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna. México, Fondo de Cultura Económica, 1981. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. (Sección de Lengua y Estudios Literarios.)

BERMÚDEZ, María Elena

“Enrique González Martínez”, en Excélsior, 22 de febrero de 1952, pp. 6 y 12.

BLANCO, Andrés Eloy

“Bella carta de D. Andrés Eloy Blanco por la muerte de González Martínez”, en Novedades, 22 de febrero de 1952, p. 5.

BLANCO, José Joaquín

“Reyes 22”, en La Jornada Semanal, suplemento cultural del diario La Jornada, 7 de enero de 1990, pp. 42-43.

BLECUA, Alberto

“El texto en el tiempo”, en F. Brioschi y C. Di Girolamo, Introducción al estudio de la literatura. Barcelona, Ariel, 1988.

____ Manual de crítica textual. Madrid, Editorial Castalia, 1983. (Literatura y Sociedad.)

BOCKUS APONTE, Barbara

The Spanish Friendships of Alfonso Reyes. Austin, University of Texas, 1964.

BOLGAR, R. R., edited by

Classical Influences on European Culture. London, Cambridge University Press, 1971.

BONIFAZ NUÑO, Rubén

“La Iliada y Alfonso Reyes”, en México en la Cultura núm. 158, suplemento cultural de Novedades, 17 de febrero de 1952, p. 3.

BOURDIEU, Pierre

Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire. Paris, Éditions du Seuil, 1992.

____ Sociología y cultura. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Editorial Grijalbo, 1990. Traducción de Martha Pou. (col. Los Noventa.)

BOWRA, C. M.

Historia de la literatura griega. México, Fondo de Cultura Económica, 1948. Traducción de Alfonso Reyes. (col. Breviarios, 1.)

BRADING, David

Mito y profecía en la historia de México. México, Editorial Vuelta, 1988. Traducción de Tomás Segovia. (La Reflexión.)

BRIOSO SÁNCHEZ, Máximo, editor

Bucólicos griegos. Madrid, Ediciones Akal, 1986. (col. Akal Clásica, 2.)

BURGUIÈRE, André

“Les rapports entre générations: un problème pour l'historien”, en Communications 59 (1994), pp. 15-27.

CALLES, Plutarco Elías

Correspondencia personal (1919-1945), t. I. Introducción, selección y notas de Carlos Macías. México, Gobierno del Estado de Sonora-Instituto Sonorense de Cultura-Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca-Fondo de Cultura Económica, 1991.

CAMP, Roderic Ai

Biografías de políticos mexicanos. 1935-1985. México, Fondo de Cultura Económica, 1992. Traducción de Roberto Ramón Reyes Mazzoni. (Sección de Obras de Política y Derecho.)

CAMPOS, Julieta

“¿Realismo mágico o realismo crítico?”, en Revista de la Universidad de México XV: 5 (enero de 1961), pp. 4-8.

CARBALLO, Emmanuel, Gustavo JIMÉNEZ et al

Escritores en la diplomacia mexicana. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

CARREÑO, Alberto María

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, t. VII. México, [Secretaría de Educación Pública], 1945.

CARDONA PEÑA, Alfredo

“Lectura de Alfonso Reyes”, en Ábside XVII: 1 (enero-marzo de 1953), pp. 31-34.

CARRASCO ZANINI, E.

“El doctor Enrique González Martínez, ilustre poeta, murió ayer”, en El Universal, 20 de febrero de 1952, pp. 17 y 23, 2a. parte, 1a. secc.

CASTELLANOS, Rosario

“De gustos no hay nada escrito”, en Metáfora I: 6 (enero-febrero de 1956), pp. 10-12.

CASTRO LEAL, Antonio

La poesía mexicana moderna. México, Academia Mexicana de la Lengua, 1953

CAVALLO, Guglielmo, cura di

Le strade del testo. [Roma], Adriatica Editrice, 1987.

_____ y Roger CHARTIER, directores. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid, Taurus, 1998. (col. Pensamiento.)

COSÍO VILLEGAS, Daniel

“La crisis de México”, en Cuadernos Americanos XXXII: 2 (marzo-abril de 1947), pp. 29-51.

CUESTA, Jorge

Antología de la poesía mexicana moderna. [4a. ed.] México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1985. (col. Lecturas Mexicanas, 99.)

CURIEL, Fernando

Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes. 1922-1959. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios-El Colegio Nacional, 1994. (Serie Literatura Mexicana. Cátedra Jaime Torres Bodet, III.)

— El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Humanidades-El Colegio Nacional, 1995.

— “Hincándole el diente al Atenco”, en El acto textual. Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995. (col. El Mono Gramático.)

— Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul. [Estudio introductorio, apéndice documental y edición facsimilar a cargo de...] México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1996.

CHAPELA, Gonzalo

“Ha fallecido el poeta don Enrique González Martínez. El mejor lírico de todos los tiempos”, en Novedades, 20 de febrero de 1952, pp. 1 y 14.

CHARTIER, Roger

Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen. México, Instituto Mora, 1994. Traducción de Paloma Villegas. (Cuadernos Secuencia.)

El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Barcelona, Gedisa Editorial, 1994. Traducción de Viviana Ackerman. (col. Lenguaje Escritura Alfabetización.)

Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero. México, Universidad Iberoamericana/Departamento de Historia, 1997. Traducción de Alejandro Pescador. (col. Historia Cultural.)

Sociedad y escritura en la Edad Moderna. México, Instituto Mora, 1995. Traducción de Paloma Villegas y Ana García Bergua. (col. Itinerarios.)

CHÁVEZ, Carlos

“El poeta Enrique González Martínez. Oración fúnebre”, en Revista Mexicana de Cultura núm. 257, suplemento cultural de El Nacional, 2 de marzo de 1952, p. 1.

CHEVALIER, Jean-Claude

“Philologues et linguistes dans leurs institutions”, en Communications 54 (1992), pp. 149-159.

FELL, Claude, [estudio preliminar], compilación y notas de

La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes. 1916-1959. México, El Colegio Nacional, 1995. [Primera edición: Ecrits oubliés. Correspondance entre José Vasconcelos et Alfonso Reyes. Mexico, Institut Français d'Amérique Latine, 1976.]

FLORES, Ángel

Índices de Cuadernos Americanos. 1942-1952. México, Cuadernos Americanos, 1953.

FOULCHIÉ-DELBOSC, Raymond y Alfonso REYES

“Correspondencia entre... I”, en Ábside XIX: 1 (enero-marzo de 1955), pp. 43-57.

— “Correspondencia entre... II”, en Ábside XIX: 3 (julio-septiembre de 1955), pp. 341-364.

— “Correspondencia entre... III”, en Ábside XIX: 4 (octubre-diciembre de 1955), pp. 453-475.

— “Correspondencia entre... IV”, en Ábside XX: 1 (enero-marzo de 1956), pp. 75-105.

— “Correspondencia entre... V”, en Ábside XX: 2 (abril-junio de 1956), pp. 203-230.

— “Correspondencia entre... VI”, en Ábside XX: 3 (julio-septiembre de 1956), pp. 336-363.

— “Correspondencia entre... VII”, en Ábside XXI: I (enero-marzo de 1957), pp. 92-119.

— “Correspondencia entre... VIII”, en Ábside XXI: 2 (abril-junio de 1957), pp. 223-241.

_____ “Correspondencia entre... IX”, en Ábside XXI: 3 (julio-septiembre de 1957), pp. 322-335.

_____ “Correspondencia entre... X y último”, en Ábside XXI: 4 (octubre-diciembre de 1957), pp. 469-480.

FORMOSO DE OBREGÓN SANTACILIA, Adela

“Adiós a don Enrique González Martínez”, en Novedades, 21 de febrero de 1952, p. 5.

FUENTES, Carlos

Tiempo Mexicano. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1971.
(Cuadernos de Joaquín Mortiz.)

GAITÁN, Fernando

“La intelectualidad rinde tributo a González Martínez, al descender su cuerpo a la última morada”, en Novedades, 21 de febrero de 1952, pp. 5 y 6, 2a. secc.

GARCÍA NARANJO, Nemesio

“El hombre del búho”, en Novedades, 27 de febrero de 1952, pp. 4 y 9.

GARCÍA PONCE, Juan

“Las huellas de la voz”, en Revista de la Universidad de México XXV: 5 (enero de 1971), suplemento en páginas centrales.

GARCÍA TERRÉS, Jaime

“Del fundamental helenismo de Reyes”, en NRFH XXXVII: 2 (1989), pp. 413-417.

GODOY, Armand

“Un gran poeta cristiano: Milosz (1887-1939)”, en Ábside III: 10 (octubre de 1939), pp. 34-38. Traducción de Alfonso Méndez Plancarte.

_____, traductor

Amado Nervo, “Tu”, en Ábside III: 8 (agosto de 1939), pp. 52-53.

GÓMEZ ROBLEDO, Antonio

“Evocación de González Martínez”, en Ábside XVI: 3 (julio-septiembre de 1952), pp. 255-273.

GONZÁLEZ GUERRERO, Francisco

“Autores y libros. Recuerdos del poeta Enrique González Martínez”, en El Universal, 23 de febrero de 1952, pp. 3 y 20.

“Autores y libros. Un bohemio rezagado: 'Júbilo'. Las memorias de González Martínez”, en El Universal, 1 de marzo de 1952, pp. 3 y 7.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique

“Algunos aspectos de la lírica mexicana”, en Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. (Discursos académicos.) t. XI. México, Editorial Jus, 1955, pp. 9-27. También publicado como “Algunos aspectos de la lírica mexicana. Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua”, en Obras completas. Edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal. México, El Colegio Nacional, 1971, pp. 815-835.

Misterio de una vocación: El hombre del búho y La apacible locura. 2 Tomos. Prólogo de Enrique González Rojo. México, EOSA, 1985.

Obras. Poesía I y Poesía II. México, El Colegio Nacional, 1995. Nota editorial de Armando Cámara.

_____ “Sor Juana y su milagro”, en Novedades, 20 de febrero de 1952, p. 5.
[Reproducción del poema publicado en la revista El Nicolaíta, 16 de febrero de 1952.]

_____ y Alfonso Reyes. “Correspondencia entre..., I: 1912-1922”, en Ábside, XVII: 3 (julio-septiembre de 1953), pp. 283-308.

_____ “Correspondencia entre..., II: 1923-1926”, en Ábside, XVII: 4 (octubre-diciembre de 1953), pp. 439-462.

_____ “Correspondencia entre..., III: 1926-1949”, en Ábside, XVIII: 1 (enero-marzo de 1954), pp. 89-108.

GONZÁLEZ ROJO, hijo, Enrique

“Recuerdos de mi abuelo el doctor Enrique González Martínez”, en Cuadernos Americanos LXIV: 4 (julio-agosto de 1952), pp. 237-241.

GOROSTIZA, José

Epistolario (1918-1940). Edición de Guillermo Sheridan. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1995. (col. Memorias Mexicanas.)

GUERRERO, Gustavo

Teorías de la lírica. México, Fondo de Cultura Económica, 1998. (col. Lengua y Estudios Literarios.)

GUZMÁN, Martín Luis y Alfonso Reyes

Medias palabras. Correspondencia. 1913-1959. Edición de Fernando Curiel. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991. (col. Nueva Biblioteca Mexicana, 104.)

[HELIODORO VALLE, Rafael]

“El mundo poético de González Martínez”, en Universidad de México VI: 66 (junio de 1952), pp. 9-10. Artículo reproducido en Armas y Letras IX: 8 (agosto de 1952), pp. 2 y 7.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro

Estudios mexicanos. Edición de José Luis Martínez. México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1984. (col. Lecturas Mexicanas, 65.)

_____. Obra crítica. Edición de Emma Susana Speratti Piñero. México, Fondo de Cultura Económica, 1960. (col. Biblioteca Americana. Serie de Literatura Moderna: Pensamiento y Acción.)

HERRERA FRIMONT, Celestino

“González Martínez, el poeta de la honda emoción”, en México en la Cultura núm. 165, suplemento cultural de Novedades, [13] de abril de 1952, p. 7.

HIGHET, Gilbert

La tradición clásica. 2 tomos. México, Fondo de Cultura Económica, 1954. Traducción de Antonio Alatorre. (Sección de Lengua y Estudios Literarios.)

INFANTES, Víctor.

“Cómo se edita un texto literario, seminario de crítica textual de la Universidad Complutense”, en Incipit V (1985), pp. 125-128.

JUNCO, Alfonso

“Don Enrique y don Cele”, en Novedades, 23 de febrero de 1952, pp. 4 y 5.

_____ “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 1 de marzo de 1952, p. 4.

_____ “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 8 de marzo de 1952, pp. 4 y 8.

_____ “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 15 de marzo de 1952, p. 4.

_____ “De González Martínez a Junco de la Vega”, en Novedades, 22 de marzo de 1952, pp. 4 y 7.

_____ “El primer libro de González Martínez”, en Novedades, 29 de marzo de 1952, pp. 4 y 10.

_____ “La última carta”, en Novedades, 5 de abril de 1952, p. 4.

_____ “Un poeta de casa”, en Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. (Discursos académicos). t. XIII. México, Editorial Jus, 1955, pp. 352-365.

KRAUZE, Enrique

“Los templos de la cultura”, en Camp, Roderic Ai, Charles A. Hale et al (editores). Los intelectuales y el poder en México. México, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications, 1991, pp. 583-605.

LAUFER, Roger.

Introduction à la textologie. Paris, Librairie Larousse, 1972.

LIDA, Clara E.

“Alfonso Reyes y El Colegio de México”, en NRFH XXXVII: 2 (1989), pp. 481-486.

_____ y José A. MATESANZ

El Colegio de México: una hazaña cultural. 1940-1962. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 1990. (col. Jornadas, 117.)

LIVINGSTONE, Richard, editor

El legado de Grecia. 3a. ed. Madrid, Ediciones Pegaso, 1956.

LÓPEZ VELARDE, Ramón

Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913). Edición de Guillermo Sheridan. México, Fondo de Cultura Económica, 1991. (col. Letras Mexicanas.)

LUQUÍN, Eduardo

“La muerte del poeta González Martínez”, en Novedades, 22 de febrero de 1952, p. 5.

MAAS, Paul

Textual Criticism. London, Oxford University Press, 1958. [4a. ed.]
Translated by Barbara Flower.

MAGDALENO, Mauricio

“Culminación de González Martínez”, en El Universal, 24 de febrero de 1952, p. 3.

MARTÍNEZ, José Luis

“Las memorias de Alfonso Reyes”, en NRFH XXXVII: 2 (1989), pp. 487-504.

_____ Literatura mexicana. Siglo XX. 1910-1949. México, Consejo Nacional para La Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1990. (col. Lecturas Mexicanas. Tercera serie, 29.)

_____ “La vida literaria”, en México en la Cultura núm. 166, suplemento cultural de Novedades, 20 de abril de 1952, p. 7.

MARTÍNEZ CARRIZALES, Leonardo

La cruzada periodística de Carlos Fuentes. Primera Jornada. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (tesis de licenciatura), 1990.

_____ “La gestión política y periodística de Medio Siglo. El principio”, en Universidad de México núm. 504-505 (enero-febrero de 1993), pp. 31-35.

_____ La lección del maestro y otros ensayos. Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1997. (col. Cuadernos de Malinalco, 32.)

_____ “La literatura mexicana en 1932: la modernidad discutida”, en La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, nueva época, núm. 347, noviembre de 1999, pp. 48-52.

_____ “Situación de Emilio Carballido”, en Entorno. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, nueva época, núm. 36-37, verano-otoño de 1995, pp. 53-57.

_____ selección, nota y estudio introductorio. Juan Rulfo, los caminos de la fama pública. Juan Rulfo ante la crítica literario-periodística de México. Una antología. México, Fondo de Cultura Económica, 1998. (col. Vida y Pensamiento de México.)

MARTÍNEZ LUNA, Esther

“Jesús T. Acevedo, primera baja ateneísta”, en Universidad de México núm. 564-565 (enero-febrero de 1998), pp. 7-11.

MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso

“‘Il bove’ de Carducci y su ‘divino silencio verde’”, en Ábside XVIII: 2 (abril-junio de 1954), pp. 231-272.

— “El prisma de Horacio de Octaviano Valdés”, en Ábside I: 11 (noviembre de 1937), pp. 11-20.

— estudio, versión rítmica y notas. XL odas de Horacio. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.)

[MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso, ed.]

“Enrique González Martínez. Guadalajara, 13 de abril de 1871; México, 19 de febrero de 1952”, en Ábside XVI: 2 (abril-junio de 1952), pp. 129-136.

— “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 2 (abril-junio de 1952), pp. 137-150.

— “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 3 (julio-septiembre de 1952), pp. 275-286.

— “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVI: 4 (octubre-diciembre de 1952), pp. 401-408.

— “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVII: 2 (abril-junio de 1953), pp. 203-210.

____ “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVIII: 3 (julio-septiembre de 1954), pp. 351-365.

____ “Para el epistolario de González Martínez”, en Ábside XVIII: 4 (octubre-diciembre de 1954), pp. 496-519.

MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel

“Ábside”, en Ábside I: 1 (enero de 1937), p. 5.

____ “En torno a El deslinde”, en Filosofía y Letras núm. 17 (enero-marzo de 1945), pp. 11-20.

____ Horacio en México. México, Ediciones de la Universidad Nacional, 1937.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino

Horacio en España. Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. 2a. ed. refundida. t. I. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1885. (Colección de Escritores Castellanos. Críticos.)

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, Werner JAEGER y Tomás NAVARRO TOMÁS

“Tres cartas a Alfonso Reyes”, en México en la Cultura núm. 158, suplemento cultural de Novedades, 17 de febrero de 1952, p. 3.

MEYER, Jean

La Cristiada, t. II. El conflicto entre la Iglesia y el Estado. 1926-1929. 5a. ed. México, Siglo XXI Editores, 1978. Traducción de Aurelio Garzón del Camino.

MONSIVÁIS, Carlos

“Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en COSÍO VILLEGAS, Daniel, coordinador. Historia General de México, Tomo 2. México, El Colegio de México/Editorial Harla, 1988, pp. 1375-1548.

MORENO VILLA, José

“Con la Iliada vertida por Reyes”, en México en la Cultura núm. 155, suplemento cultural de Novedades, 20 de enero de 1952, p. 5.

_____ “Con la Iliada de Alfonso Reyes”, en México en la Cultura núm. 156, suplemento cultural de Novedades, [27 de enero] de 1952, pp. 4 y 8.

MOROCHO GAYO, Gaspar

“Autoridad de autor y autoridad de editor”, en Incipit IV (1984), pp. 1-16.

NOYOLA VÁZQUEZ, Luis

“En la muerte de don Enrique González Martínez”, en Revista Mexicana de Cultura núm. 258, suplemento cultural de El Nacional, 9 de marzo de 1952, p. 5.

_____ “Los cauces poéticos de Manuel José Othón”, en Revista Mexicana de Cultura núm. 251, suplemento cultural de El Nacional, 20 de enero de 1952, pp. 8-9.

ORDUNA, Germán

“La edición crítica”, en Incipit X (1990), pp. 17-43.

[ORDUNA, Germán]

“Presentación”, en Incipit I (1981), p. 1.

PASQUALI, Giorgio

Storia della tradizione e critica del testo. 2a. ed. Firenze, Felice Le Monnier, 1971.

PATOOUT, Paulette

Alfonso Reyes y Francia. México, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990. Traducción de Isabel Vericat.

PAZ, Octavio

Itinerario. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. (col. Tierra Firme.)

____ Obras completas, t. 4. Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

____ “Poesía mexicana contemporánea”, en México en la Cultura núm. 271, suplemento cultural de Novedades, 30 de mayo de 1954, pp. 1-4.

____ Primeras letras (1931-1943). México, Editorial Vuelta, 1988, 425 pp. (La Reflexión.)

PELLICER, Carlos y Alfonso REYES

Correspondencia. 1925-1959. Serge I. Zaitzeff, editor. México, Ediciones del Equilibrista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

PEREIRA, Armando

La Generación de Medio Siglo: un momento de transición de la cultura mexicana. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997. (col. Cuadernillos, 9.)

PÉREZ MORENO, José

“El doctor Enrique González Martínez, ilustre poeta, murió ayer”, en El Universal, 20 de febrero de 1952, pp. 17, 23 y 28.

PERÚS, Françoise, compiladora

Historia y literatura. México, Instituto Mora, 1994. (col. Antologías Universitarias.)

P[RIETO], M[iguél] y H[enrique] G[ONZÁLEZ] C[ASANOVA]

“Las letras mexicanas de luto”, en México en la Cultura núm. 159, suplemento cultural de Novedades, 24 de febrero de 1952, p. 3.

QUIJANO, Alejandro

“Ante la tumba de don Enrique González Martínez”, en Novedades, 22 de febrero de 1952, p. 5.

RANGEL GUERRA, Alfonso, compilador

Páginas sobre Alfonso Reyes, vol. I, 2a. parte. México, El Colegio Nacional, 1996.

REYES, Alfonso

Albores, Obras completas, t. XXIV. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 491-581. (col. Letras Mexicanas.) [Primera edición: Crónica de Monterrey I. Albores. Segundo libro de recuerdos. México, El Cerro de la Silla, 1960.]

____ Constancia poética, Obras completas, t. X. México, Fondo de Cultura Económica, 1959. (col. Letras Mexicanas.)

____ Cuestiones estéticas, Obras Completas, t. I. México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 10-170. (col. Letras Mexicanas.)

- ____ Diario. 1911-1930. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969.
Prólogo de Alicia Reyes y nota de Alfonso Reyes Mota.
- ____ “El diccionario tecnológico mexicano”, en Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. (Discursos académicos), t. X. México, Editorial Jus, 1954, pp. 58-60.
- ____ “Elegía de mayo”, en Ábside XVIII: 3 (julio-septiembre de 1954), pp. 309-312.
- ____ “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, en La Gaceta del Fondo de Cultura Económica I: 3 (15 de noviembre de 1954), p. 1.
- ____ “Exhortación a los escritores”, en Cuadernos Americanos V: 5 (septiembre-octubre de 1942), pp. 7-13.
- ____ Historia documental de mis libros, Obras completas, t. XXIV. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 147-351. (col. Letras Mexicanas.)
- ____ “El hombre y su morada”, en Cuadernos Americanos XII: 6 (noviembre-diciembre de 1943), pp. 65-92.
- ____ “Homero en Cuernavaca. Recreo en varias voces”, en Ábside XII: 4 (octubre-diciembre de 1948), pp. 413-426.
- ____ “La liberación de París”, en Cuadernos Americanos XVII: 5 (septiembre-octubre de 1944), pp. 9-13.
- ____ “La lírica arcáica en Grecia”, en Cuadernos Americanos XIV: 2 (marzo-abril de 1944), pp. 209-224.

____ “Mensaje de Alfonso Reyes con motivo de la muerte de González Martínez”, en Novedades, 22 de febrero de 1952, p. 5.

____ “Nosotros”, en Nosotros núm. 9, marzo de 1914, pp. 216-221.

____ Oración del 9 de febrero, Obras completas, t. XXIV. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 23-39. (col. Letras Mexicanas.)

____ Parentalia. Primer capítulo de mis recuerdos. México, Los Presentes, 1954.

____ Parentalia, Obras completas, t. XXIV. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 353-480. (col. Letras Mexicanas.) [Primera edición: Parentalia. Primer libro de recuerdos. México, Tezontle, 1958.]

____ Pasado inmediato, Obras completas, t. XII. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 182-216. (col. Letras Mexicanas.)

____ “Posición de América”, en Cuadernos Americanos VIII: 2 (marzo-abril de 1943), pp. 7-23.

____ Simpatías y diferencias. Quinta serie. Reloj de sol, Obras completas, t. IV. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 355-482. (col. Letras Mexicanas.)

____ Tentativas y orientaciones, México, Editorial Nuevo Mundo, 1944.

- ____ Última Tule, Obras completas, t. XI. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 9-153. (col. Letras Mexicanas.)
- ____ / Genaro ESTRADA. Con leal franqueza. Correspondencia entre ... I. 1916-1927. Estudio preliminar, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff. México, El Colegio Nacional, 1992.
- ____ Con leal franqueza. Correspondencia entre ... II. 1927-1930. Compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff. México, El Colegio Nacional, 1993.
- ____ Con leal franqueza. Correspondencia entre ... III. 1930-1937. Compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff. México, El Colegio Nacional, 1994.
- ____ José GAOS, Juan LARREA et al.
“Mesa rodante. ¿Independencia? ¿Comunidad social?”, en Cuadernos Americanos XVII: 5 (septiembre-octubre de 1944), pp. 97-120.
- ____ y Pedro HENRÍQUEZ UREÑA.
Correspondencia I, 1907-1914. Edición de José Luis Martínez. México, Fondo de Cultura Económica, 1986. (col. Biblioteca Americana.)
- ____ / Octavio PAZ.
Correspondencia (1939-1959). Edición de Anthony Stanton. México, Fondo de Cultura Económica-Fundación Octavio Paz, 1998. (Tierra Firme.)
- ____ / Héctor PÉREZ MARTÍNEZ.
A vuelta de correo. Una polémica sobre literatura nacional. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Difusión

Cultural/Dirección de Literatura-Universidad de Colima, 1988. (col. La Crítica Literaria en México, 5.)

RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, coordinador

De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras/ División de Estudios de Posgrado, 1998.

SANSORES, Rosario

“Ha fallecido el poeta don Enrique González Martínez. Expiró en los brazos de su hija”, en Novedades, 20 de febrero de 1952, pp. 1 y 3.

SANTÍ, Enrico Mario

El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz. México, Fondo de Cultura Económica, 1997. (Vida y Pensamiento de México.)

SEGRE, Cesare

Crítica bajo control, 2a. ed., Barcelona, Planeta, 1970.

_____ “Les transcriptions en tant que diasystèmes”, en La pratique des ordinateurs dans la critique des textes. Paris, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, pp. 44-49.

_____ “Méthodes modernes et littérature ancienne”, en Actes du XVI Congrès International de Linguística Filologia Romàniques, pp. 325-329.

SHERIDAN, Guillermo

Los Contemporáneos ayer. México, Fondo de Cultura Económica, 1985. (Vida y Pensamiento de México.)

____ México en 1932: la polémica nacionalista. México, Fondo de Cultura Económica, 1999. (Vida y Pensamiento de México.)

____ Un corazón adicto: La vida de Ramón López Velarde. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. (Tezontle.)

SILVA HERZOG, Jesús

“La revolución mexicana en crisis”, en Cuadernos Americanos XI: 5 (septiembre-octubre de 1943), pp. 32-55.

____ “La revolución mexicana es ya un hecho histórico”, en Cuadernos Americanos XLVII: 5 (septiembre-octubre de 1949), pp. 7-16.

SILVA VILLALOBOS, A.

“Una obra poética”, en Metáfora I: 5 (noviembre-diciembre de 1955), pp. 6-9.

STANTON, Anthony

Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna. México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1998. (col. Vida y Pensamiento de México.)

____ “La prehistoria estética de Octavio Paz: los escritos en prosa (1931-1943)”, en Literatura Mexicana II: 1 (1991), pp. 23-55.

TORRI, Julio

Epistolarios. Serge Zaitzeff, editor. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. (col. Nueva Biblioteca Mexicana, 108.)

URANGA, Emilio

Ensayos. Guanajuato, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1991.
(Serie: Obras de Emilio Uranga.)

VALDÉS, Octaviano

“La idea de la muerte en Horacio”, en Ábside I: 1 (enero de 1937),
pp. 15-22.

— El prisma de Horacio. México, Universidad Nacional Autónoma de
México, 1937.

— Reseña a Alfonso Reyes, Vísperas de España, Buenos Aires, Editorial
Sur, 1937, en Ábside II: 1 (enero de 1938), pp. 59-60.

VASCONCELOS, José

“Respuesta al anterior discurso [académico de Alfonso Junco]”, en
Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.
(Discursos académicos). t. XIII. México, Editorial Jus, 1955, pp. 366-
372.

VITAL, Alberto

El arriero en el Danubio. México, Universidad Nacional Autónoma de
México/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios
Literarios, 1994. (col. Letras del Siglo XX.)

— La cama de Procusto. Vanguardias y polémicas, antologías y
manifiestos. México 1910-1980. México, Universidad Nacional
Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro
de Estudios Literarios, 1996. (col. Letras del Siglo XX.)

WILKIE, James W. y Edna MONZON DE WILKIE

México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral. México,
Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.

WILLIS ROBB, James

Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1974. (Serie Bibliografías II, 14.)

YÁÑEZ, Agustín

“En la tumba de Enrique González Martínez (20 de febrero de 1952)”, en Universidad de México VI: 63 (marzo de 1952), p. 21.

YÁÑEZ, María de los Ángeles y Pilar MORALES

“Cartas de y para Agustín Yáñez”, en Literatura Mexicana VIII: 2 (1997), pp. 793-805.

ZAID, Gabriel

Obras, Tomo 2. Ensayos sobre poesía. México, El Colegio Nacional, 1993.

ZAÏTZEFF, Serge I., [introducción], compilación y notas

Alfonsadas. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera, 1911-1938. México, El Colegio Nacional, 1994.

____ compilador, [introducción y notas.] Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas. México, El Colegio Nacional, 1998.

____ [introducción], compilación y notas. De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes. México, El Colegio Nacional, 1990.

____ editor. Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal. México, El Colegio Nacional, 1987.